

GRANADA LA BELLA

OBRAS COMPLETAS · 1



Angel Ganivet
1898/1998

ÁNGEL GANIVET

GRANADA LA BELLA

Edición de Fernando García Lara
Estudio preliminar y notas de Ángel Isac

© *de los textos*: los autores

© *de la primera edición*: Diputación de Granada
y Fundación Caja de Granada, 1996.

Primera reimpresión: Diputación de Granada, 2008

Cubierta: Juan Vida

Viñeta del colofón: Xilografía de Hermenegildo Lanz, por cortesía de
Enrique Lanz.

Imprime: Imprenta de la Diputación de Granada

I.S.B.N.: 84-7807-178-4

Depósito Legal: GR. 2271/2008

Printed in Spain - Impreso en España

ÍNDICE

<i>Ganivet y la crítica de la ciudad moderna</i> , por Ángel Isac	11
<i>Historia del texto</i> , por Fernando García Lara	53
GRANADA LA BELLA	
I Puntos de vista	61
II Lo viejo y lo nuevo	69
III ¡Agua!	78
IV Luz y sombra	86
V No hay que ensancharse	95
VI Nuestro carácter	103
VII Nuestro arte	113
VIII ¿Qué somos?	121
IX Parrafada filosófica ante una estación de ferrocarril	130
X El constructor espiritual	137
XI Monumentos	144
XII Lo eterno femenino	153

NOTA DEL EDITOR

Dos son hasta la fecha las colecciones de obras de Ángel Ganivet que han aparecido bajo el rótulo editorial de obras completas: la de diez volúmenes que se publicó por Beltrán y Suárez entre 1923 y 1930 y la que Melchor Fernández Almagro preparó para Aguilar en la primera posguerra. Pero ninguna de las dos, en realidad, son obras completas.

Próximo el centenario de la muerte del pensador granadino parece ineludible abordar la tarea de completar la recopilación de sus escritos y de fijar el texto de sus obras más editadas, a partir del examen y cotejo del mayor número de materiales disponibles. Tal labor es la que se proponen los libros que el lector tiene en sus manos.

La distribución en volúmenes de la obra parte de la constatación de tres estados anteriores distintos. En primer lugar, los libros publicados en vida por Ganivet, a cuya individualidad naturalmente nos atenemos; están después los que la crítica ha agrupado según una justificada lógica (*Cartas finlandesas* y *Hombres del Norte*); finalmente el resto de materiales se reorganiza con cambios y aportaciones, que afectarán sobre todo a la correspondencia, apartado donde el material inédito es más abundante.

Cada volumen incluye la correspondiente historia del texto, donde se expone el tratamiento específico a que nos obliga el estado de los materiales, y un aparato exhaustivo de variantes con las versiones manuscritas y anteriormente impresas; se ha encargado a un especialista la redacción de una introducción y

de unas notas explicativas de aspectos culturales y literarios. Además, en serie aparte, se ha abordado la publicación de monografías sobre Ganivet, rescatando algunas de las más valiosas e incluyendo las más recientes aportaciones de la crítica joven.

Quiero expresar mi agradecimiento a la Diputación Provincial de Granada y a la Fundación Caja de Granada, que han entendido que este empeño filológico y difusor era la mejor y más duradera contribución al anunciado 1998 por lo que a Ganivet respecta. Mi agradecimiento, también, para The Hispanic Society of America por su generosidad para facilitar cuantas consultas han sido necesarias de sus fondos ganivetianos y a José de Amo y María Dolores Sarmiento por su laboriosidad sin desmayo.

GANIVET Y LA CRÍTICA DE LA CIUDAD MODERNA

En 1933, José Fonseca, comentando en las páginas de la revista *Arquitectura*, órgano oficial de la Sociedad Central de Arquitectos, la publicación del libro de César Cort, *Murcia. Un ejemplo sencillo de trazado urbano* (Madrid, 1932), sorprende bruscamente al lector cuando, a propósito del ancho de las calles, recuerda a Ángel Ganivet y llega a decir que es el “...urbanista precursor de la ortodoxia urbanológica española”¹. Resulta muy significativo que desde las páginas de una revista profesional se proponga esta doble consideración de Ganivet como “urbanista” y además “precursor” de algo que resultaría en principio de difícil entendimiento, como es esa “ciencia urbanológica española”. Pero si nos detenemos a buscar una explicación, está claro que quien de ese modo considera a Ganivet acude a su prestigio intelectual, en los años posteriores a su consideración como ideólogo de la dictadura de Primo de Rivera, para validar la corriente que en el seno de la profesión no acepta sin más los principios de un urbanismo *funcional* que en aquellos años se intenta imponer. En 1933 se reúne por cuarta vez el Congreso Internacional de Arquitectura Moderna (CIAM) con el objetivo de establecer una doctrina de alcance *internacional*. La arquitectura europea del llamado Movimiento

1. José Fonseca, “César Cort. Murcia. Un ejemplo sencillo de trazado urbano”, *Arquitectura*, 1933, pág. 62.

Moderno se había presentado en Nueva York, un año antes, con el propósito de ser reconocida como el genuino *estilo internacional* de la sociedad contemporánea. De un modo u otro se estaba imponiendo, aun a costa de simplificar en extremo la riqueza de ideas arquitectónicas y urbanísticas de los años veinte, la línea más dogmática y aforística. Le Corbusier, coincidiendo con los textos más radicales de la vanguardia futurista, había llegado a afirmar que el centro de las ciudades tenía que ser derribado para reconstruirlo con la nueva tecnología urbana y arquitectónica. Ludwig Hilberseimer, a pesar de las diferencias que mantenía con el anterior, tampoco dudaba al afirmar que el principal deber de su generación “...no es conservar el pasado sino preservar los caminos del futuro”². No es extraño, pues, que ante tal avalancha haya quien tenga esa opinión del autor de *Granada la bella*, un texto que se sitúa en lo más opuesto a la consideración de la ciudad como un problema de funcionalidad, o a la concepción de la arquitectura como una *máquina* que puede ser construida con las mismas cualidades formales en cualquier parte del mundo.

No me corresponde enjuiciar en su conjunto la obra literaria o el pensamiento filosófico de Ángel Ganivet, aunque *Granada la bella* sea, como su autor dijo, un preludio o anticipo de las ideas que pensaba desarrollar más ampliamente en otra obra —el *Idearium español*—, pero sí me parece oportuno recordar que su figura intelectual ha sido objeto de muy diversas y no siempre coincidentes estimaciones. Mientras sus más directos colaboradores y amigos granadinos, agrupados en la Cofradía del Avellano, tuvieron siempre una admiración total hacia su persona y obra, otros destacados intelec-

2. Ludwig Hilberseimer, *La arquitectura de la gran ciudad* (1927), Barcelona, Gustavo Gili, 1979, pág. 8.

tales del primer tercio del siglo –pocos, es cierto– mostraron una actitud bastante más crítica. Además de la polémica mantenida con Unamuno, que da origen a *El porvenir de España*, quienes opusieron más objeciones al general entusiasmo que suscitaba Ganivet fueron Manuel Azaña, José Ortega y Gasset y Rafael Altamira³. No faltó tampoco quien quiso hacer de Ganivet un destacado ideólogo del carlismo⁴.

En cambio, *Granada la bella*, una pequeña obrita que su autor no parecía apreciar demasiado, por lo que se desprende de su correspondencia según veremos más adelante, ha merecido siempre grandes elogios, por no decir que muy encendidas alabanzas. Francisco Seco de Lucena, en la presentación de la edición de 1913, afirmó que era una obra “...brillante y tersa de estilo, cuajada de pensamientos felices”, y “...el más completo y fino análisis del carácter granadino”⁵. Antonio Gallego y Burín, en 1921, llegó a definir el libro como “...un devocionario de los granadinos y cada uno de sus capítulos, oración sencilla y ferviente que se debe rezar por el bien de la Ciudad”⁶. Miguel Olmedo, uno

3. Sobre este aspecto, véase Edward Inman Fox, “Introducción” a la edición del *Idearium español y El porvenir de España*, Madrid, Espasa Calpe, 1990, págs. 29-33; Raúl Fernández, *La novela modernista de Ángel Ganivet*, Granada, Diputación Provincial, 1995, págs. 25-37, y Nil Santiañez-Tió, *Ángel Ganivet, escritor modernista*, Madrid, Gredos, 1994, págs. 14-21; sobre el *Idearium*, Herbert Ramsden, *Angel Ganivet's Idearium español. A critical Study*, Manchester, Manchester University Press, 1967, y Joseph A. Agee, *Unamuno y Ganivet ante el problema de España* (1979), UMI, 1983.

4. Francisco Elías de Tejada Spínola, *Ideas políticas de Ángel Ganivet*, Madrid, Gráfica Universal, 1939.

5. Ángel Ganivet, *Granada la bella*, precedida de un estudio sobre Ganivet por Francisco Seco de Lucena y un prólogo de Rafael Gago, Granada, Imprenta de *El Defensor de Granada*, 1913, pág. 19.

6. Antonio Gallego y Burín, *Ganivet*, Lectura dada en el Centro Artístico de Granada la noche del 22 de marzo de 1921, Granada, Imp. Lit. Paulino Ventura, 1921, pág. 12.

de los mejores analistas que ha tenido la obra de Ganivet, señalaba acertadamente en la introducción de su libro, *El pensamiento de Ganivet*, que la explicación más satisfactoria de la obra del autor granadino no podía ser la que dieron sus contemporáneos, ni la que pudiera ofrecerse en el año 2000, pues lo más legítimo en su opinión sería intentar explicar a Ganivet con la visión crítica que otorga el presente⁷. Mi propósito, al cumplirse el centenario de la publicación de *Granada la bella*, no es otro que intentar el análisis crítico del texto, considerando tanto el contexto intelectual de la idea básica desarrollada en el mismo (el rechazo de las transformaciones que experimenta la ciudad moderna), como las opiniones vertidas en la serie de artículos escritos en Helsingfors, y finalmente la influencia del texto, es decir, el fenómeno del *ganivetismo* que, en una primera definición, tomada prestada de Nicolás M^a López —el “Antón del Sauce” de la Cofradía del Avellano—, “...no es sólo el estudio y admiración de Ganivet, sino una especie de doctrina social y política, deducida de sus obras”⁸. Un fenómeno que parece tener más consistencia que esa otra *ciencia urbanológica española* de la que hablaba Fonseca. Decía Melchor Fernández Almagro, cuya biografía de Ganivet es un sobrio equilibrio entre admiración y crítica, que el culto a Ganivet se había transformado en “rituario y formal”, lo que explicaría que fuera más admirado que conocido, por lo que se hacía nece-

7. Miguel Olmedo Moreno, *El pensamiento de Ganivet*, Madrid, Revista de Occidente, 1965, pág. 19.

8. *La Cofradía del Avellano. Cartas íntimas de Ángel Ganivet*, Granada, Tip. Luis F. Píñar, s.a., [1936], págs. 124-128. Nicolás M^a López precisa que el *ganivetismo* no puede confundirse con el *nacionalismo*, ni con la *hispanidad*, sino que debe entenderse como una doctrina cuyas “bases fundamentales” se encontrarían en el *Idearium español*, “...el precioso librito que sin duda su autor tenía en más aprecio que sus demás obras”.

saría la crítica y el estudio objetivo y sereno de su obra⁹. Esa es la finalidad de estas páginas.

EL RECHAZO ROMÁNTICO DE LA CIUDAD MODERNA

Las transformaciones urbanas y la renovación arquitectónica de las ciudades europeas a lo largo del siglo XIX no se produjo sin provocar las más duras reacciones y críticas. Una parte de estas correspondieron a quienes, ligados a la cultura romántica, contemplaban la ciudad como un objeto intocable por cuanto sentían que en sus calles y edificios más antiguos se encerraba todo el pasado de brillantes generaciones anteriores. La ciudad era un espejo en el que el tiempo había quedado retenido. Se podría decir, además, que bajo la influencia de la estética de la muerte del romanticismo, la ciudad es como un cadáver que no puede ser mancillado y ante la que sólo cabe –como en la *Ofelia* de Millais– la contemplación permanente y la meditación poética. La ciudad sugiere también, para la estética romántica, la imagen del espacio sagrado del cementerio en ruinas. Por estas razones, propias de una estética del sentimiento con una fuerte impregnación moral, los escritores románticos se alzaron contra todo lo que significaba la desaparición del pasado –lo que era sinónimo de Edad Media– y repudiaron la ciudad moderna de la burguesía industrial de muy diversas maneras. En cierto modo es un rechazo que tiene su equivalente en la actitud romántica que, por ejemplo en el caso de Granada, supone un no menor repudio de la ciudad

9. Melchor Fernández Almagro, *Vida y obra de Ángel Ganivet*, Madrid, Revista de Occidente, 1952 (1^o ed., 1925); interesa de modo especial el capítulo VIII, “Divagaciones estéticas en torno a la ciudad”.

surgida tras el declive del ideal *orientalista* representado en la ciudad nazarí (la versión más exótica y pintoresca del gusto romántico). Frente al ideal *orientalista*, fruto más bien del sueño poético que del conocimiento certero de la Historia, la ciudad del Emperador (en la que se destruye y construye) sólo podía ser vista como una sombra cruel del bello ideal perdido por la fuerza de las armas¹⁰.

El rechazo de la moderna ciudad industrial tiene una larga y profusa tradición, que desborda los límites, siempre imprecisos, de un movimiento artístico o literario. Podría decirse que vertebra una parte muy importante del pensamiento contemporáneo. Las propuestas que surgen se justifican, a pesar de la diversidad entre ellas, por el común juicio negativo que se vierte sobre la ciudad contemporánea. Es la ciudad que ha dejado de ser objeto de celebración, a diferencia de discursos encomiásticos anteriores. Ya no se cuentan las *excelencias* de la ciudad, como hicieron los autores del Antiguo Régimen, puesto que si alguna sobrevive, no se ve en medio del caótico paisaje de la ciudad industrializada. Incluso antes del siglo XIX, el pensamiento crítico ilustrado sienta un precedente al rechazar la ciudad del poder áulico, pero con un sentido opuesto a lo que será la actitud romántica. Los ilustrados piensan y saben cómo remediar los males de una ciudad que ya no puede construirse al servicio del monarca. Es un discurso propositivo y empírico; el romántico será nostálgico y evasivo, pero no por esto dejó de tener una profunda influencia, incluso muy posterior a la desaparición del romanticismo como movimiento cultural. Esa influencia afectará al modo de pensar

10. Véase el discurso académico de Melchor Fernández Almagro, *Granada en la literatura romántica española* (1951); edición con estudio preliminar de Cristina Viñes, Granada, Editorial Rueda, 1995.

los problemas de la ciudad. Un ejemplo puede ser, precisamente, la obra de Ángel Ganivet *Granada la bella*.

El problema es que frente a la visión romántica de la ciudad se desarrolla lo que con el tiempo llega a ser una moderna disciplina técnica que, inspirada en los ideales del racionalismo ilustrado, analiza la ciudad desde premisas muy distintas para reclamar intervenciones tan fuertes que permitan alcanzar los objetivos generales del higienismo, la salubridad pública, el ornato o la simple rentabilidad económica del suelo. Un cuerpo elaborado de teorías e instrumentos de intervención que, de la mano de nuevos técnicos especializados, analizarán el medio urbano y, aunque coincidan en muchos aspectos con el diagnóstico de la crítica romántica —en el sentido de comprobar la descomposición de la forma urbana— llevan al convencimiento de que es posible reestructurar la ciudad con nuevos procedimientos expeditivos.

Los críticos románticos, por su parte, miraban las reformas urbanas como un proceso de vandalismo dirigido contra los más venerables restos del pasado y contra su permanencia como elementos insustituibles del paisaje urbano. Los ideales del progreso industrial y del liberalismo político estaban liquidando el escenario de los grandes hechos monumentales y artísticos de la Historia, razón por la cual algunos destacados románticos iniciaron la campaña contra el *vandalisme* en la Francia posnapoleónica¹¹. La crítica romántica contribuyó de forma decisiva al nacimiento del concepto moderno de protección del patrimonio histórico, pero en muchos casos dio lugar a expresiones radicalizadas e intolerantes en extremo, acerca de las transformaciones urbanas que se estaban produciendo en la primera mitad del siglo XIX.

11. Jean Maillon, *Victor Hugo et l'Art Architectural*, París, PUF, 1962.

El rechazo romántico de la moderna ciudad industrial significa que desde ese momento una gran parte de los intelectuales europeos se van a sentir incómodos en ella. Ya no se confía en la *grandeza* o en la *excelencia* de la ciudad como espacio privilegiado de la cultura y del espíritu; por el contrario, se extiende un sentimiento de amargura y condena de la ciudad *reformada*. Es este un fenómeno casi sin precedentes en la historia de la civilización occidental, en la que el poder intelectual ha estado dispuesto a distinguirse precisamente por su capacidad para elogiar las transformaciones proyectadas o en curso. A diferencia del romanticismo, en la literatura encomiástica de la ciudad, de tradición humanista, el recurso al pasado servía para demostrar que el presente había llegado a igualar e incluso podía superar las glorias del pasado. Es una convicción que comparten, por encima de cualquier otro tipo de diferencias, autores como Leon Battista Alberti, Antonio Averlino *Filarete* o Leonardo Bruni. Pero tras el declive de la razón *ilustrada*, en la Europa de principios del siglo XIX, la relación entre ciudad y sociedad adquiere otra naturaleza cuando se invoca la razón *pasional*, como hizo Charles Fourier¹².

Los románticos niegan la ciudad contemporánea de muy diversas maneras. Y cuando esto se produce, la consecuencia es el aislamiento en el que queda la clase intelectual con respecto a las fuerzas que dirigen los procesos de cambio, que además alcanzan en esa época una escala territorial inédita. Shelley describió el infierno como una ciudad que se parecía a Londres, la misma comparación que después haría William Morris al decir que Londres era un “majestuoso infierno”; Heine había afirmado que Londres “...opreme la

12. Charles Fourier, *La armonía pasional del nuevo mundo*; prólogo de Eduardo Subirats y Menene Gras, Madrid, Taurus, 1973.

fantasía y destroza el corazón”. Es la ciudad de la primera etapa del capitalismo industrial en la que, junto a alarmantes síntomas de miseria urbana, los trabajos de John Nash, patrocinados por la Regencia, intentan dar dignidad estética y funcionalidad a un importante sector de la ciudad al resolver todos los problemas del proyectado eje de Regent Street. Augustus W. N. Pugin aseguraba que ese mismo Londres –alude directamente a Regent’s Park y Regent Street– no era más que una “vergüenza nacional” y unos “nidos de monstruosidades”; más aún, Pugin, ejemplo de intolerancia romántica, fustigó en su *Contrast* la imagen de una ciudad moderna en la que habían desaparecido los más sagrados testimonios de una vida urbana más estética y moral. En la moderna ciudad industrial, las casas se han transformado tan dramáticamente que ya “...no son prisiones para el cuerpo, sino sepulturas para el alma”, como escribió John Ruskin, y Morris no dudó en afirmar que “...la última casa construida es siempre la más vulgar y la más fea”.

En el fondo de todo esto subyace lo que Manfredo Tafuri denominó *utopía regresiva*, que los escritores románticos desarrollaron, pero que va más allá extendiéndose con amplitud en muchas formas del pensamiento europeo del último tercio del siglo XIX, como luego indicaré. Uno de los autores románticos de mayor difusión e influencia en toda Europa, Víctor Hugo, escribió, en su famosa novela *Notre-Dame de París* (1832), que la ciudad del siglo XI era superior a todo lo que, desde el siglo XVI, había pretendido embellecerla. He apuntado la influencia de la crítica romántica sobre Ganivet. Veamos, por ejemplo, cómo Víctor Hugo hablaba de Burdeos en los mismos términos que, algunos años más tarde, empleará el escritor granadino: “Ahora bien –escribía Víctor Hugo– no se puede ocultar que la manía de las calles ‘bien abiertas’, como dicen, y de las construcciones de ‘buen gusto’ gana terreno cada día y

va borrando del mapa la vieja ciudad histórica...; embelleced la ciudad nueva, conservad la ciudad vieja... nada hay más funesto y más empequeñecedor que las grandes demoliciones. El que echa abajo su casa, echa abajo su familia; el que echa abajo su morada, destruye su nombre. El viejo honor es el que está en estas viejas piedras... ¿Acaso todo eso no vale una calle tirada a cordel? Todo eso es el pasado; el pasado, cosa grande, venerable y fecunda. Lo he dicho en otro sitio, respetemos los edificios y los libros; sólo allí el pasado está vivo, en todas las demás partes está muerto”¹³. La declaración de Hugo define bien lo que fue la actitud romántica ante los primeros episodios de las reformas urbanas de la burguesía, y eso que todavía no habían comenzado los grandes trabajos napoleónicos del II Imperio. En los mismos o parecidos términos se pronunciaron otros muchos escritores románticos; en España, y sólo por poner algún ejemplo, bastaría recordar algunos textos significativos de José M^a Quadrado o Gustavo Adolfo Bécquer.

Creo que Ganivet, al redactar las páginas de *Granada la bella*, se siente profundamente influido por la crítica romántica de la ciudad moderna, aunque esto no significa –se comprenderá– que Ganivet tenga que ser considerado un escritor *romántico*, ni tan siquiera *tardo-romántico*; en todo caso, como dijo Melchor Fernández Almagro, sería un romántico “rezagado”. No es ésta, por otra parte, el tipo de cuestiones que me interesa dilucidar. Del mismo modo que para Víctor Hugo el París del siglo XI era *su* París, Ángel Ganivet llegaría a confesar: “Mi Granada no es la de hoy...”. La identidad de pensamiento no puede ponerse en duda. Era este un factor

13. Víctor Hugo, *Los Pirineos*, Barcelona, José J. de Olañeta editor, 1985, pág. 14. Se trata de la descripción del viaje realizado en 1843, que le llevó a varias ciudades y pueblos de ambos lados de la frontera pirenaica.

emocional –propio del alma romántica– que le conducirá a la angustia de no poder vivir la ciudad de su tiempo. En el capítulo XI de *Granada la bella*, “Monumentos”, cuando habla de los medios para embellecer Granada y evitar la “monotonía de la ciudad moderna”, alude a las ciudades europeas en las que “...la vida, que ya es de por sí bastante triste, se hace angustiosa, insoportable e infecunda”. Es el mismo sentimiento de angustia que se encuentra también en casi todas sus obras, erigiéndose, como señaló Javier Herrero, en uno de los rasgos de su personalidad de mayor impacto en su pensamiento filosófico y literario¹⁴. Poco antes de llegar a Helsingfors, Ganivet visita Berlín y Königsberg, y escribe que le disgusta la “grandeza artificiosa” de la primera; a pesar de lo “sucia”, la segunda es la que verdaderamente transmite el carácter alemán (“...se ha quedado parada y conserva todo el carácter antiguo”), por lo que preferiría quedarse a vivir en ella antes que en una gran ciudad moderna¹⁵. La sensación de malestar que provoca la ciudad moderna está presente en un escrito anterior a *Granada la bella*, titulado “El mundo soy yo, o el hombre de las dos caras”, en el que un joven Ganivet, recién llegado a la capital de España, siente deseos de huir “...a una soledad más grande que mi habitación”, y recorre las calles más solitarias de la ciudad en profunda “caquexia” del ánimo. Todo en su recorrido le despierta la más dura crítica en forma de severísimas interjecciones (“¡Todo se conjura contra mí!”, exclama). El edificio del Banco de España –proyectado por Eduardo de Adaro en 1883– le produce “asco”, y la estatua de la Plaza de Colón “...me hace daño” (“A Colón debemos nuestra despoblación, nuestra deca-

14. Sobre este particular, véase Javier Herrero, *Ángel Ganivet: un iluminado*, Madrid, Editorial Gredos, 1966.

15. Javier Herrero, *Correspondencia familiar de Ángel Ganivet. Cartas inéditas (1888-1897)*, Granada, Anel, 1967, págs. 268-269.

dencia, nuestra holgazanería...”). Es decir, Ganivet pasea por la ciudad y va experimentando una progresiva agitación, se siente mal y sólo recupera la tranquilidad de ánimo cuando sale de ella (“...la soledad en que aquellos lugares se iban quedando me producía un hondo bienestar”)¹⁶.

La componente romántica de la crítica ganivetiana se manifiesta también al expresar su opinión sobre las ruinas cuando, aludiendo a los trabajos de restauración de una iglesia de Bruselas –por lo que escribe se deduce que concluida con los principios y métodos de la escuela violletiana– no duda en afirmar que son “la esencia del verdadero arte” (cap. XI: “Monumentos”); o cuando, al finalizar el mismo capítulo, censura la frívola sensualidad de algunos visitantes de la Alhambra en lugar de sentir “...la profunda tristeza que emana de un palacio desierto, abandonado de sus moradores, aprisionado en los hilos impalpables que teje el espíritu de la destrucción, esa araña invisible cuyas patas son sueños”. El tema de las ruinas, como ha analizado Roland Mortier, es un campo predilecto del romanticismo, y sirvió para dar un valor fundamentalmente emocional a lo que antes había servido, en la tradición del clasicismo humanista, para comprobar la validez del lenguaje arquitectónico¹⁷. Ganivet no duda en identificarse con el “poeta de las ruinas” en su contribución al *Libro de Granada*, en un texto en el que la

16. Ángel Ganivet, “El mundo soy yo, o el hombre de las dos caras”. Publicado por vez primera en *La Gaceta Literaria* (15-XI-1928) es recogido posteriormente por Javier Herrero, *op. cit.*, págs. 284-290 y por Antonio Gallego Morell en sus *Estudios y textos ganivetianos*, Madrid, CSIC, 1971, págs. 13-17. Recientemente ha sido estudiado e interpretado por Raúl Fernández Sánchez-Alarcos, “Un paseo modernista por el Madrid de Fin de Siglo”, *Les Langues Néolatinnes*, nº 294 (1995), págs. 121-130.

17. Roland Mortier, *La poétique des ruines en France. Ses origines, ses variations de la Renaissance à Victor Hugo*, Genève, Librairie Droz, 1974.

visión poética que ofrece la “ciudad muerta” se contrapone satíricamente a la curiosidad científica del sabio arqueólogo que desea reconstruir el plano de la antigua ciudad¹⁸.

Con los artículos publicados en *El Defensor de Granada* en 1896, el intelectual granadino da forma a un discurso esencialista en el que la ciudad se ofrece impregnada de categorías que la califican como espacio de la cultura *moral* y de la *virtud* social; planteamiento que, en gran medida, le aproxima a las elaboraciones de la crítica urbana enunciada por los escritores románticos unas décadas antes, plenamente vigente al finalizar el siglo y, en general, al pensamiento europeo que produce la ensoñación de la ciudad precapitalista como un lugar armónico. Era el mito de la ciudad medieval entendida como un escenario vital que, a pesar de los tiempos barrocos y del poder áulico, se había mantenido pero estaba a punto de desaparecer con las intervenciones mucho más expeditivas de la urbanística decimonónica que ponían en peligro la subsistencia del *volksgeist*, ideal romántico que en la filosofía ganivetiana se transforma en “espíritu del territorio”. Frente a la supuesta unidad armónica de la ciudad del pasado, estaba ahora la ciudad desahogada, rota, falsa, estéril, *geométrica*, llena de miserias y de miserables, de la burguesía triunfante. Un modo de pensar que si bien puede ser apreciado por su temprana contribución a la búsqueda de un urbanismo distinto al de la mera apropiación del suelo por los agentes económicos, tenía en cambio muchas limitaciones para enfocar y resolver los grandes problemas de la sociedad urbana en la era industrial.

El malestar frente a la gran ciudad moderna no es una actitud exclusiva del romanticismo. Un individuo como

18. Ángel Ganivet, “Las ruinas de Granada. (Ensueño)”, en *Libro de Granada*, Granada, Imp. Lit. Vda. e hijos de P. V. Sabatel, 1899; existe edición facsímil de Editorial Comares, Granada, 1987.

Ganivet expresa perfectamente el desasosiego y la soledad que puede sentirse en la metrópoli en una de sus novelas, *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, al señalar que los habitantes de las ciudades “...viven como pájaros presos en la jaula” (Trabajo IV; discurso de Pío Cid en Seronete). Es este un problema que es objeto de intensa reflexión en la Europa de finales del siglo. En distintos ámbitos del pensamiento surge un fuerte temor ante los fenómenos característicos de las grandes urbes industriales. En 1887, Ferdinand Tönnies había publicado su libro *Comunidad y sociedad*, en el que explicaba la contraposición entre la vida en las grandes ciudades (*tierra extraña*) y el mundo *real y orgánico* de las pequeñas comunidades aldeanas. Entre los teóricos de la economía surge también una forma de pensamiento crítico respecto a la gran ciudad y el sistema económico que la sustenta; Henry George, al estudiar la formación de la renta del suelo en las grandes ciudades, terminó oponiéndose a lo que éstas significaban como causa de la distribución desigual de la riqueza social. En Alemania, Wilhelm H. Riehl es uno de los mejores exponentes del romanticismo agrario y del odio antimetropolitano; la gran ciudad es vista como lugar de conflictos sociales y, sobre todo, como la principal amenaza de destrucción de la civilización alemana¹⁹. Y finalmente, en el campo de la historiografía urbana, será Lewis Mumford quien más duramente critique el mundo *insensato* de la gran ciudad industrial moderna. Paradójicamente, existe un cierto reencuentro de los intelectuales con la ciudad reformada y en permanente crecimiento, que se produce, precisamente, en la ciudad que los pintores impresionis-

19. Marco de Michelis, “Nacimiento de la Siedlung”, en *Gestión urbanística europea, 1920-1940*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, págs. 89-107.

tas captan tras los violentos trabajos del II Imperio. Es la misma ciudad en la que Baudelaire se sobrepone al caos y a las *contradicciones* de las ciudades *monstruosas* para reconocer nuevos estímulos estéticos. Sobreponerse a la angustia que genera la vida en la metrópoli será el gran tema de reflexión de George Simmel²⁰.

El rechazo de la ciudad no es, pues, un fenómeno exclusivo de la literatura romántica. Ya indiqué que lo que hace el romanticismo es, ante todo, instaurar una línea de pensamiento enfrentado a la ciudad que no desaparece con la extinción del movimiento literario. Prueba de ello es la fácil constatación, como una característica muy notable del pensamiento europeo desde el pasado fin de siglo, de muchas maneras de repudiar la vida urbana. Entre los escritores más próximos en el tiempo a Galignani –Unamuno, Valle-Inclán, Azorín, Baroja, e incluso Maeztu– sobresale, aunque con matices, un mismo sentimiento de adversidad y condena de la ciudad moderna²¹. Litvak lo ha analizado bien en el caso de los escritores antes citados, pero creo oportuno señalar que la actitud de Galignani no es la misma, puesto que si los primeros confrontan la gran ciudad con un idílico retorno al mundo rural, a la pequeña aldea, lo que hace Galignani es recrear el sueño de la *polis* clásica como ideal urbano, cultural, social y político, frente a la ciudad

20. Además de los conocidos ensayos de W. Benjamin, puede verse el estudio de Massimo Cacciari, “Dialéctica de lo negativo en la época de la Metrópoli”, en M. Tafuri, *De la vanguardia a la Metrópoli. Crítica radical de la arquitectura*, Barcelona, Gustavo Gili, 1977; véase también la reciente edición de Charles Baudelaire, *El pintor de la vida moderna*, Murcia, Colegión Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos, 1995, con una interesante introducción de Antonio Pizarro, “Baudelaire, la ciudad y el arte”.

21. Lily Litvak, *Transformación industrial y literatura en España (1895-1905)*, Madrid, Taurus, 1980; en especial, págs. 71-106.

de las reformas burguesas que se hacen con *dinero* y no con *espíritu*²².

Al finalizar el siglo, cuando en Granada se está produciendo la demolición de una parte importante de la vieja medina para abrir en ella una moderna vía de circulación, Ángel Ganivet inicia un debate sobre las actuaciones del urbanismo positivista de la segunda mitad del diecinueve, que en muchos aspectos puede considerarse abierto todavía. Se trata, en el caso de Ganivet, de una contribución inserta en un amplio cuadro de teorizaciones historicistas sobre la utopía del pasado: el retorno nostálgico y la violenta negación de la fe en la idea de progreso que había inspirado todo el pensamiento positivista sobre el que se alzó la sociedad y la ciudad reformada por la burguesía. Es un sentimiento que en la Europa del fin de siglo se ha extendido a amplios sectores intelectuales, técnicos y políticos, que se prolongará todavía en las primeras décadas del siglo veinte, adquiriendo continuas reformulaciones. Algunas de ellas, como el movimiento de la *ciudad jardín*, llegarán a compromisos muy eficaces por su fuerte pragmatismo.

LA OPINIÓN DEL AUTOR Y EL PLAN DE LA OBRA

La serie de artículos que formaron *Granada la bella* fueron escritos, entre los días 14 y 27 de febrero de 1896, en Helsingfors, ciudad a la que Ganivet había llegado como cónsul de segunda clase el día 31 de enero de ese año²³. La

22. Véase M. Olmedo, *op. cit.*, págs. 114-124.

23. Ganivet había trazado un plan del contenido que habrían de tener los artículos, que en principio serían catorce. Cotejado el plan con el texto publicado finalmente, se advierte que en general siguió el esquema trazado, con algunas modificaciones que afectan sobre todo a la disposición y el

correspondencia de esos meses permite conocer algunos aspectos importantes relacionados con la opinión de su autor sobre el significado y alcance de los artículos que pensaba escribir o había finalizado ya. Ganivet solicitó a sus hermanos, en carta fechada el 7 de febrero de 1896, que le enviaran un plano de Granada “...para una cosilla que pienso escribir”²⁴. En fecha inmediata –el 17 de ese mismo mes– les explica que escribirá unos “articulillos” para *El Defensor* que “...no tratarán de viajes sino por encima, pues la idea es tratar de asuntos de Granada”²⁵. En carta de la misma fecha dirigida a Luis Seco de Lucena Escalada, director del periódico granadino, Ganivet le comunica su intención de “...escribir algunos artículos aprovechando mis impresiones de viaje; pero como no me gusta el género puramente descriptivo... mis impresiones han tomado la forma que Vd. verá por esos primeros artículos de la serie (que consta de 12 ó 14 y que irán yendo conforme tenga tiempo para escribirlos)”²⁶. Y añade: “...aunque toco asuntos de cierta actualidad, me mantengo en un terreno demasiado impersonal,

orden de algunas materias que pasan a ser tratadas en otro lugar distinto al previsto. Algunas de las materias que figuran en el borrador de la serie pasan a dar título a alguno de los artículos; así, el IV “Luz y sombra” (en el manuscrito: II), el VI “Nuestro carácter” (ms: VII), el VIII “¿Qué somos?” (ms: VI), el IX “Parrafada filosófica...” (ms: V), el X “El constructor espiritual” (ms: =), el XI “Monumentos” (ms: =), y el XII “Lo eterno femenino” (ms: XIII). Son pocos, en cambio, los temas que figuran en el manuscrito del plan y no desarrolla en los artículos. El manuscrito fue publicado por Antonio Gallego Morell, *Estudios y textos ganivetianos*, Madrid, CSIC, 1971, pág. 48.

24. Javier Herrero, *Correspondencia familiar ...*, carta nº 192 (7-2-1896).

25. *Ibidem*, carta nº 194 (17-2-1896).

26. Luis Seco de Lucena [Paredes], *Juicio de Ángel Ganivet sobre su obra literaria. Cartas inéditas*, Granada, Universidad de Granada, 1962; carta III (17-2-1896).

para que nadie pueda darse por aludido”. Se refiere a las obras de urbanización de la Gran Vía que habían comenzado en 1895. Al final de la carta, anota: “Los artículos están escritos de un tirón y repasados a la ligera...”.

El 24 de febrero recibe el plano solicitado, y en carta de ese mismo día dice a sus hermanos que “...me viene a punto, pues estoy escribiendo ya el artículo para el que me hacía falta, que es el XI. Resultarán en todo XIV, y tratan de todo lo notable. Pero aún no estoy seguro de que Seco los publique porque teme mucho perder una suscripción e indisponerse con nadie y yo digo algunas cosas algo duras, como ya veréis si llegáis a leerlas”²⁷. El capítulo XI es el que en la obra publicada titula “Monumentos”, donde advierte que “...cuando un negociante se disfraza con el manto de la piedad es más terrible que un cañón Krupp” y trata de los “pequeños medios” para el embellecimiento de Granada, que no parecen necesitar ningún plano para su explicación.

De toda la correspondencia de Ganivet en la que se hace alguna mención de los artículos que forman *Granada la bella*, es la carta dirigida a Luis Seco de Lucena Escalada, fechada el 9 de marzo de 1896, la que contiene observaciones de mayor interés para comprender la intención de Ganivet y el significado del texto. En primer lugar señala que su propósito no era más que “...hablar de Granada, vista a distancia y comparada con otras ciudades”, anunciando que su deseo sería escribir unos paseos o viajes por Europa que completarían lo ya iniciado. Pero lo más importante, para el análisis del texto, es lo que dice sobre los dos artículos que figuraban en el plan inicial de la serie, y que al final, por razones que él mismo explica, no llegó a enviar a Seco de Lucena. Los dos artículos que dice haber roto trataban, en

27. Javier Herrero, *Correspondencia...*, carta nº 195 (24-2-1896).

palabras de Ganivet, “...sobre el punto más importante de la cuestión: sobre un plan de transformación de Granada, según los principios que hoy aplican en otras grandes ciudades; pero la materia es demasiado técnica...”²⁸. Añade además que no quiere “...enmendar la plana a los de la Reformadora granadina”, quienes, en su opinión, “...van a hacer mucho mal con el sano propósito de dar de comer a muchos infelices”. El mal al que alude Ganivet no es otro que *desfigurar* la ciudad con el pretexto de dar jornales a los obreros. Está claro que Ganivet comprende la dificultad de opinar sobre “...el grave problema de la transformación de las ciudades”, y así lo declara en el primero de sus artículos, por lo que advierte que no dará la solución: “Me limitaré —añade—, si se me permite la llaneza del concepto, a pasarle la mano por encima” (cap. I. “Puntos de vista”).

Lo que tiene más interés en la carta que dirigió a Seco de Lucena es la mención de un plan de reformas de Bruselas, que Ganivet dice conocer, y que piensa que podría servir para aplicar en la transformación de Granada, dado que en ambas ciudades hay características urbanas parecidas, como su disposición topográfica en suaves laderas. En clara alusión al trazado de la Gran Vía de Colón, que luego desaparece en los artículos publicados, y como solución alternativa, Ganivet expone una sugerente idea de ordenación urbana en estos términos: “La idea de las grandes vías —escribe a Seco de Lucena— partiendo de los centros de una ciudad a la circunferencia, está hoy descartada por muchas y buenas razones y en su lugar se sigue un sistema más científico y al mismo tiempo más en armonía con los intereses de las poblaciones, los cuales no exigen que la centralización del movimiento sea completa, sino más

28. Luis Seco de Lucena [Paredes], *Juicio...*, carta IV (9-3-1896).

bien que los varios extremos sean accesibles, los unos a los otros, por diagonales descartadas del centro, de suerte que el plano de una ciudad no aparezca como un círculo en el que hay trazados numerosos radios, sino más bien como una circunferencia en la que hay inscritos muchos polígonos”²⁹.

El esquema sugerido supone un modelo de intervención en el centro de las ciudades que, a pesar de la afirmación de Ganivet, no era precisamente el que en esa época se seguía en las principales ciudades europeas. La confusión puede explicarse fácilmente: la construcción de grandes vías que penetrasen en el interior del casco antiguo (al modo en que se proponían los reformadores granadinos) seguía siendo una operación incontestada por la técnica urbanística y lo seguirá siendo más tarde, pero en aquellas ciudades en las que ya se había procedido de esta manera se estaban trazando nuevas vías que, en efecto, como escribe Ganivet, no cruzaban ya el centro urbano y servían de conexión entre otros puntos estratégicos de la estructura periférica de las ciudades. El error de Ganivet consiste en ver como modelo opuesto lo que en realidad no era más que un tipo de operación complementaria del concepto de reforma interior basada en grandes derribos y nuevas vías más anchas y rectas.

No puedo precisar con exactitud a qué plan de urbanismo para Bruselas alude Ganivet, pero desde luego, parece no conocer que Bruselas es, paradójicamente, una de las ciudades europeas que con más intensidad experimentaron en su centro histórico las intervenciones del modelo parisino representado por los grandes trabajos de reforma dirigidos por Haussmann, que como certeramente dijo Engels,

29. *Ibidem*.

era otro espíritu fantasmal que recorría Europa. Más aún –y esto confirmaría mi anterior apreciación–, aunque Ganivet dice en *Granada la bella* que no conoce ciudad en la que se hubiera cubierto el cauce de un río, es precisamente Bruselas un ejemplo de lo contrario, pues el Senne, a su paso por la ciudad, había sido desviado y cubierto en varios tramos para facilitar la realización de los grandes proyectos de reforma en los que llegaron a desaparecer más de 5.000 edificios³⁰. Es, en definitiva, la ciudad en la que Ganivet tendría que haber visto no una Gran Vía –como la que se proyectaba en Granada– sino varias, y en la que probablemente paseó por encima de un cauce transformado en calle.

Cuando ya los artículos habían aparecido en *El Defensor*, Ganivet se hace eco de numerosas felicitaciones de sus amigos, quienes le piden que publique un libro con la serie de los artículos “...para que no se pierdan del todo”, pero confiesa a sus hermanos que “...yo no estoy muy contento de lo que escribo. Otras cosas tengo acabadas que me parecen mucho mejores y que quizá se queden sin imprimir”³¹. No parece, pues, que el autor de esos artículos que habían sido escritos “de un tirón”, sin revisar, “blaguísticamente” (como le dijo a Navarro Ledesma), y que habían quedado incompletos al romper dos de ellos (lo que seguramente incrementaría su descontento personal) tuviera una opinión muy favorable sobre los mismos. Un año después de ser escritos, reconocerá –contestando a su amigo Ruiz de Almodóvar– que había cometido una “omisión imperdonable” al no explicar suficientemente cómo se podría “...con-

30. Véase Paolo Sica, *Historia del urbanismo. El siglo XIX*, Madrid, IEAL, 1981, págs. 327-337.

31. Javier Herrero, *Correspondencia...*, carta nº 205 (4-5-1896).

seguir que la vida social sea bella, noble y culta”³², pero le anunciaba, en su descargo, que encontraría las soluciones en otra obra que estaba concluyendo; esta obra es, como sabemos, su *Idearium español*, que se publicaría en 1897. Ganivet, que siente un profundo desprecio por los métodos del conocimiento empírico, y en particular por una de las ciencias instrumentales de mayor desarrollo en el siglo XIX, como es la estadística, no ocultó que sus artículos estaban escritos con los “viejos recursos”, es decir, con la confianza puesta en la percepción de los sentidos y en la intuición. Frente al método habitual de los pensadores racionalistas, Ganivet anteponía ciertas ideas que no necesitaban demostración científica, de ahí que su concepto de lo bello sea siempre más una intuición de orden moral que un principio formal determinado.

32. Ángel Ganivet, “Donde el corresponsal habla de una porción de cosas, que no hay medio de colocarlas debajo de ningún epígrafe”, manuscrito publicado por Antonio Gallego y Burín en su edición de *Granada la bella*, Granada, Editorial Padre Suárez, 1954, págs. 127-133. En el mismo escrito, fechado el 29 de enero de 1897, Ganivet se refiere a los “artículos” sobre Granada para decir que tuvo la ocurrencia de escribirlos por casualidad, y añade: “Yo no me propuse nada; yo no me propongo nunca nada; ni digo nada, ni aconsejo nada”. También aclara que su propósito fue escribir catorce artículos, dos de los cuales no envió a *El Defensor de Granada*: uno lo llegó a escribir y trataba sobre “La estética y la administración” (“...y lo suprimí por temor de mezclarme, sin querer, en las cuestiones políticas más o menos palpitantes”); el otro artículo, que ni siquiera llegó a redactar, estaría dedicado a los “artistas vivos” de Granada (“...y no nació porque un oráculo me profetizó que si tal engendro nacía daría muchos disgustos a su padre”). En carta anterior dirigida a Nicolás M^a López, fechada el 6 de mayo de 1896, Ganivet habla de tres artículos más, en lugar de dos; de ellos dice que había roto dos, y el que no llegó a escribir hubiera tratado de los artistas vivos granadinos; véase *La Cofradía del Avellano. Cartas ...*, pág. 66.

LOS CONCEPTOS DE LA CRÍTICA URBANA EN GRANADA LA BELLA

Para la mirada impotente de Ganivet, el *alma* de Granada se rompía ante el avance de los intereses ajenos al verdadero arte; y acudió a los artículos de *El Defensor* para descargarse de toda la disconformidad angustiosa que encerraba su espíritu. Quiso así, como él mismo dice, dar comienzo a una nueva ciencia del espíritu: “Esas ideas que, sin orden preconcebido, y pudiera decir con desorden sistemático, irán saliendo como buenamente puedan, tienen el mérito, que sospecho es el único, de no pertenecer a ninguna de las ciencias o artes conocidas hasta el día y clasificadas con mejor o peor acierto por los sabios de oficio” (cap. I: “Puntos de vista”). No puede ocultarse aquí el escritor que tanta desconfianza y desprecio siente por la ciencia positiva y sus métodos de conocimiento. En su intento de definir lo que puede ser esa nueva ciencia no positiva, Ganivet escribe: “Para entendernos, diré sólo que este arte nonato puede ser definido provisionalmente como un arte que se propone el embellecimiento de las ciudades por medio de la vida bella, culta y noble de los seres que las habitan” (cap. I). Como antes se ha indicado, es esto precisamente lo que no llegará a desarrollar. Pero Ganivet, que ha viajado por Europa, tiene que saber lo que representa en esa época la corriente de opinión que aboga por una forma *artística* de proyectar los ambientes urbanos. Cuando Ganivet escribe desde París, en octubre de 1895, un breve artículo comentando la aparición de dos libros dedicados a sendas ciudades (*Lourdes* de Zola, y *Jerusalén* de Pierre Loti), no sólo nos muestra claramente su interés por los textos literarios en los que la ciudad ocupa el papel protagonista (igual que *Brujas la muerta*, de Rodenbach, publicada en 1892), sino que también, al referirse a “...ese espíritu de progreso vulgar que se

extasía ante las calles tiradas a cordel”, coincide con el tipo de crítica urbana que estaba proponiendo el retorno a las formas de la ciudad antigua y el urbanismo *artístico*, en los escritos de Wilhelm H. Riehl, Camillo Sitte o Charles Buls³³.

Cuando Ganivet intenta fundar una ciencia o arte nuevo, cuyo objeto sería el embellecimiento de la ciudad con medios muy distintos a los de la ciencia urbana del positivismo burgués, se aproximaba a las ideas desarrolladas por Camillo Sitte, autor de *Construcción de ciudades según principios artísticos* (1889), o por Charles Buls –alcalde de la ciudad de Bruselas entre 1881 y 1899–, quien había publicado *Esthétique des villes* sólo dos años antes de que Ganivet diera comienzo a su *Granada la bella*. Sitte y Buls son dos de los autores más conocidos del amplio movimiento a favor del *arte urbano*, cuyas obras fácilmente pudo conocer Ganivet, pues sabemos que tenía un constante afán por la lectura. Ya he recordado que Ganivet, en carta a Luis

33. Véase George R. Collins y Christiane Crasemann, *Camillo Sitte and the Birth of Modern City Planning*, London, Phaidon Press, 1965; la traducción al castellano de este importante estudio apareció en la edición del libro de Camillo Sitte, *Construcción de ciudades según principios artísticos*, Barcelona, Gustavo Gili, 1980; para confrontar la crítica de Sitte a la Ringstrasse vienesa con la actitud de Ganivet, véase Carl E. Schorske, *Viena Fin-de-Siècle. Política y cultura*, Barcelona, Gustavo Gili, 1981, págs. 85 y ss. Sobre la influencia de Sitte en España, véase el interesante artículo de Víctor Pérez Escolano, “La recepción española de C. Sitte”, en *Cuadernos de Arte de la Universidad de Granada*, XXIII (1992), págs. 483-492. Sobre Brujas, ciudad a la que Ganivet llama la “Toledo flamenca”, y la novela de Rodenbach, véase su artículo “Arte gótico”, publicado por Antonio Gallego Morell, *Tres artículos de Ángel Ganivet desde Gante y Amberes*, Granada, Universidad de Granada, 1982, págs. 41-45. Sobre Rodenbach y Ganivet, véase el prólogo de Melchor Fernández Almagro a las *Obras Completas* de Ángel Ganivet, Madrid, Aguilar, 1951², págs. 28-29. Acerca de Buls, puede verse la interesante monografía de Marcel Smets, *Charles Buls. Les principes de l'art urbain*, Liège, Pierre Mardaga, 1995.

Seco de Lucena Escalada, aludía a un plan de Bruselas que dice conocer bien y que puede inspirar algunas ideas útiles para Granada. Sabemos además que tenía un gran interés por esta ciudad a la que pensaba ir con frecuencia desde su residencia en Amberes³⁴. Por algo Miguel Olmedo definió la estancia de Ganivet en Bélgica como el “acontecimiento decisivo de su vida”³⁵. Lo cierto es que el pensamiento de Ganivet sintoniza en muchos aspectos con el tipo de crítica urbana que se encuentra en los libros de Sitte y Buls –léase, por ejemplo, “El alma de las calles” en el *Libro de Granada* (1899)–, pero difiere al no superar el estado de meditación *provisional* que le impide precisar y concretar mejor sus ideas, echándose en falta los artículos que no llegó a publicar.

Se comprende que Ganivet quisiera, con su serie de artículos, dar comienzo a una “...obra espiritual, regeneradora y precursora”. Su deseo regeneracionista le aproxima a la tradición de una crítica intelectual, social y política que había madurado en España precisamente cuando comenzaron a acentuarse las diferencias que nos separaban cada vez más de los países de la Europa occidental. Cargado de contradicciones –téngase en cuenta la figura de Joaquín Costa–, aquella corriente regeneracionista marcará el tránsito al nuevo siglo. Pero el regeneracionismo de Ganivet es de otro tipo muy distinto al de Costa, Mallada o Picavea. El regeneracionismo ganivetiano no pertenece al ámbito del pensamiento positivista; por el contrario, aparece radicalmente enfrentado a los ideales y procedimientos de quienes pensaban en la regeneración de la Patria a través de, por ejemplo, el desarrollo material, el impulso de la actividad económi-

34. Antonio Gallego Morell, *Ganivet, Cónsul de España en Bélgica*, Granada, Universidad de Granada, 1982, pág. 11.

35. Miguel Olmedo, *op. cit.*, pág. 107.

ca, las reformas legislativas, la enseñanza obligatoria o el fomento de las reformas urbanas del tipo de las *grandes vías*³⁶. Todo esto es lo que desprecia Ganivet, por lo que resulta tan esclarecedor confrontar el Madrid *futuro* de Ángel Fernández de los Ríos con la Granada *bella* de Ganivet³⁷. En el primero hay una crítica no menos decidida de los males del ensanche madrileño, pero inmediatamente se ofrece una alternativa muy pensada y estructurada; Ganivet ofrece la *idea* de embellecer las ciudades con “...la vida bella, culta y noble de los seres que las habitan”, demasiado imprecisa como para deducir de ella un proyecto inequívoco de intervención en la ciudad. La regeneración ganivetiana se ciñe a ideas que son, o tan vagas que todos podemos suscribir o tan ambiguas que pueden conducir a interpretaciones muy extremas de lo que se dice en *Granada la bella*.

Se ha dicho que Ganivet sentía repugnancia por la civilización moderna, lo que se traducía en un indisimulado desprecio por la técnica, los inventos, el bienestar material, y en general por todos los ideales del reformismo *materiaalista*, trasladado todo ello a materia satírica de sus novelas y ensayos “literarios”, como los definiera Gallego Morell³⁸.

36. Véase, por ejemplo, Lucas Mallada, “Una Gran Vía barata”, en *Anales de la Construcción y la Industria*, XII (1887), págs. 149-152, así como sus otras colaboraciones en la misma revista.

37. Ángel Fernández de los Ríos, *El Futuro Madrid. Paseos mentales por la capital de España, tal cual es y tal cual debe dejarla transformada la revolución* (1868); edición con introducción de Antonio Bonet Correa, Madrid, Los Libros de la Frontera, 1975.

38. Antonio Gallego Morell, “Ganivet ensayista”, en *Ensayo. Reunión de Málaga*, Instituto de Cultura de la Diputación, 1977, págs. 159-170. Sobre el elemento satírico en las novelas de Ganivet, véase Natalia Milszyn, *La perspectiva filosófica y su proyección satírica en las novelas de Ángel Ganivet*, Ann Arbor, Michigan, UMI, 1987; Raúl Fernández, *op. cit.*, y Nil Santiáñez, *op. cit.*

Pero por encima de todo, Ganivet repudia el dinero como una posesión inmoral y antiestética. Por lo tanto, no puede extrañar que denunciara la estrategia de los reformadores, aludiendo directamente al programa inspirador de La Reformadora Granadina; entendió que, en algunas ciudades, la disposición de dinero era el mayor peligro para la conservación de la ciudad. Se refería a la prosperidad que había producido en Granada la industria azucarera cuyos principales promotores lo eran, también, del negocio inmobiliario que pretendía ser la Gran Vía de Colón, “...el orgullo de todo granadino que se precie de progresista”, como agudamente la definió Oscar Jürgens³⁹. Ganivet acusaba al capital de ser un factor especulativo que escondía su verdadera naturaleza tras las coartadas del fomento del trabajo o la creación de empleo, y del saneamiento urbano o la higiene pública. Ante todo ello, Ganivet piensa que los “intereses del arte” permanecían completamente ignorados. No está en condiciones de apreciar ese otro arte finisecular que la burguesía urbana implanta en Europa como otro de los *primeros* estilos internacionales, que bajo distintas denominaciones entendemos como *modernismo*, y que está construyendo el paisaje *artístico* de la ciudad. A diferencia de lo que piensa y sentencia Ganivet, la riqueza o la actividad especulativa no son, por sí mismas, elementos malignos condenables por definición, como cualquier conocedor de la historia de la arquitectura y de la ciudad podría comprobar.

39. Oscar Jürgens, *Ciudades españolas. Su desarrollo y configuración urbanística* (1926), edición con estudio preliminar de Antonio Bonet Correa, Madrid, IEAP, 1992, pág. 47. Sobre la Gran Vía de Colón, véase el fundamental libro de Manuel Martín Rodríguez, *La Gran Vía de Granada. Cambio económico y reforma interior urbana en la España de la Restauración*, Granada, Caja General de Ahorros de Granada, 1986.

Por otra parte, hay en *Granada la bella* de Ganivet un casi permanente repudio de la civilización moderna que, en algunos casos, recuerda al más intolerante Pugin de *Contrast*. Como hizo el escritor inglés, también Ganivet comparó los edificios monumentales de la ciudad antigua con los de la ciudad moderna: "...una iglesia, un convento, una casa comunal o una lúgubre prisión, donde se conservan piadosamente viejos instrumentos de tortura", han dejado su sitio en la ciudad moderna a "...un banco, una cárcel modelo, un cuartel o un tribunal de justicia" (cap. XI: "Monumentos"). Elementos singulares del progreso industrial, tales como la electricidad, eran rechazados por razones morales: "Poned un foco eléctrico y una estufa que iluminen y calienten toda una habitación por igual, y habéis dado el primer paso para la disolución de la familia" (cap. II: "Lo viejo y lo nuevo"). La canalización de aguas potables, uno de los proyectos y objetivos más definidores de la modernización urbana, era temida por cuanto implicaba la desaparición del aguador, personaje que infundía la nota pintoresca en el escenario urbano. Innesariamente, llegaba a poner en relación la limpieza urbana con la limpieza moral de sus habitantes, prefiriendo, lógicamente, la segunda a la primera: "A veces –escribió– la suciedad y el abandono de las calles sirven para hacer resaltar más vivamente la pulcritud de los ciudadanos" (cap. II).

Contra las dos principales empresas del urbanismo decimonónico, el embovedado y la Gran Vía, Ganivet descarga una dura crítica de la burguesía local que había iniciado la reforma de la ciudad, emulando los modelos de las transformaciones impuestas en otras capitales, para convertirla en el dispositivo espacial más adecuado a sus intereses de clase. A su favor contaba con los mismos argumentos que habían dirigido los grandes trabajos de reforma urbana en Europa, pero agravados por el hecho de que Granada era la ciudad

con la tasa de mortalidad más alta de España, circunstancia que fácilmente se relacionaba con la degradación de su caserío y las malas condiciones higiénicas de su estructura urbana. La idea de escribir los artículos de *Granada la bella* surge cuando comenzaban las obras de la Gran Vía de Colón. Aunque esta empresa fue, sin duda, la circunstancia que impulsó a Ganivet a escribir aquellos artículos –aunque como hemos visto no llegó a publicar el que se ocupaba de una solución alternativa inspirada en Bruselas–, su crítica de la modernización urbana no podía olvidar una realización que tuvo mucha importancia en Granada. Me refiero al embovedado del río Darro; ante esta obra, Ganivet expresa sin paliativos su rechazo de la ciudad moderna; no hay nada que compense la desaparición de los elementos naturales del pasado y el olvido de la historia ligada a ellos. Y en este caso, además, Ganivet sentencia que la calle resultante –Méndez Núñez– no dejaba de ser “...vulgar en sí y ridícula en relación con las calles tortuosas, oscuras, que hasta ella descenden” (cap. IV: “Luz y sombra”). El embovedado, para Ganivet, no tenía justificación alguna, pues –y en esto no le faltaba razón– los peligros de inundaciones no habían desaparecido con la cubrición del cauce del río. Para él significaba, por otra parte, una equivocada estrategia de “ensanche interior”; si ya la modalidad del ensanche, tal y como se venía practicando a lo largo del siglo, le parecía una forma segura de afear las ciudades, la idea de *ensanchar* el interior de la vieja pero buena ciudad le merecía la más absoluta condena.

En realidad no se trataba de un ensanche –en el sentido estrictamente técnico del término–, sino de una operación de reforma interior para el saneamiento de la zona, que pretendía eliminar del centro urbano aquellas actividades industriales asentadas en la ribera del Darro que vertían residuos al cauce; al mismo tiempo trataba de obtener

ganancias en el negocio inmobiliario que se crearía al modificar sustancialmente el parcelario y la propiedad del suelo, construyendo una nueva arquitectura residencial⁴⁰. Si para sus promotores el embovedado había permitido construir la primera calle comercial y moderna de la ciudad, para Ganivet sólo era una calle más de la ciudad moderna, “vulgar” y “ridícula”, que no podía admitir comparación con el modelo, naturalmente idealizado y mitificado, de la ciudad antigua.

Los juicios emitidos sobre arquitectura merecen también un rápido comentario. En *Granada la bella* hay varias ocasiones en las que se formula algún tipo de crítica arquitectónica, siendo posible extraer de ellas un mismo pensamiento muy extendido, por otra parte, en la época. Se trata de la crítica del eclecticismo entendido no sólo como una arbitraria reutilización de los estilos históricos, sino, sobre todo, como una inaceptable imposición internacionalista que barre las tradiciones de la arquitectura nacional o local. Ante esto, un importante sector de la crítica reclama, en todos los países europeos –y también en Norteamérica–, el estudio de los modelos nacionales para construir un nuevo, moderno y *propio* estilo arquitectónico⁴¹. Ganivet, en esta línea, censura el no haber desarrollado la tipología de las antiguas posadas españolas, y en su lugar haber adoptado el tipo de hotel de viajeros que se construía en otros países.

40. Sobre el embovedado, véase Ángel Isac, “La reforma burguesa de la ciudad, desde sus inicios hasta Gallego y Burín (1850-1951)”, en *Nuevos paseos por Granada y sus contornos*, Granada, Caja General de Ahorros de Granada, 1992, págs. 373-390, y “La ciudad de Granada y el Palacete de los Mártires a mediados del siglo XIX”, en *Cuadernos de Arte de la Universidad de Granada*, XXIV (1993), págs. 215-242.

41. Véase Ángel Isac, *Eclecticismo y pensamiento arquitectónico en España. Discursos. Revistas. Congresos. 1846-1919*, Granada, Diputación Provincial de Granada, 1987.

Aunque su más clara crítica del eclecticismo internacional (lo que la crítica posterior llamará *exotismo*) se encuentra en el capítulo IX de *Granada la bella*, “Parrafada filosófica ante una estación de ferrocarril”, al hablar de esas “misera- bles estaciones” que el viajero encuentra en todas partes porque han sido proyectadas en un mismo gabinete técnico de una empresa extranjera. “Si tuviéramos buen gusto –afirma Ganivet– no nos hubieran faltado medios para transformar esos engendros de la economía en algo que estuviese acorde con nuestro espíritu local”; para Ganivet, que como viajero conoce muchas estaciones europeas, no pasa desapercibido el hecho de que este tipo de edificio está considerado en su tiempo como una nueva catedral de la civilización maquinista. El ejemplo de las estaciones alemanas le permite afirmar: “Cada estación es una obra de arte en su género, y encaja tan admirablemente en la ciudad en que está enclavada, que se diría haber sido construida hace siglos, cuando fundaron la ciudad”. Queda clara, pues, la principal objeción de la crítica ganivetiana; una construcción característica de la civilización del progreso material, que tanto repugna a Ganivet, a la que califica como “engendro de la economía”, no puede imponer un estilo arquitectónico pero sí puede adquirir naturaleza de obra artística con la única condición de revestirse con algún estilo que contenga el “espíritu local”. En palabras de Ganivet, el edificio de la estación “...no tiene derecho a imponernos un nuevo tipo de arquitectura prosaica; debe someterse: si la ciudad es gótica, que la estación de ferrocarril sea gótica; y si es morisca, morisca”. No puede quedar mejor expresada –y en palabras del mismo Ganivet– la simple reducción del “espíritu local” a un mandato de obediencia estilística, tendente más a la copia que a la creación, y contrario a la incorporación de lo moderno en el paisaje arquitectónico de la ciudad.

Hay otra cuestión arquitectónica que no podemos olvi-

dar entre los juicios emitidos por Ganivet. Me refiero a sus observaciones sobre el valor de la arquitectura popular, lo que él llama construcciones “pobres... que nacen del natural sin violencia”. La violencia, en este caso, está representada por la otra arquitectura que, como desdeñosamente afirma Ganivet, es aquella en la que “...se combinan estilos estudiados en los libros y que nada nos dicen, porque hablan una lengua extraña que nosotros no comprendemos” (cap. X: “El constructor espiritual”). Su punto de partida es, sin duda, la concepción determinista de la relación entre la obra de arte y el medio natural, propagada por Taine, uno de los autores más leídos por Ganivet. Por esta razón, la crítica arquitectónica de Ganivet va dirigida contra los nuevos tipos y formas estilísticas implantadas en la ciudad como consecuencia directa de las reformas urbanas; en particular, contra el nuevo tipo de inmueble de renta: “...la casa de la ciudad, nuestra antigua casa –escribe Ganivet–, no era casa de apariencias, de mucha fachada y poco fondo: era casa de patio. El arranque decorativo más audaz que registran las historias es la reja, la ventana o el balcón adornados con tiestos de flores... hacen más por nuestro arte que el señorón adinerado que manda construir un palacio en que se combinan estilos estudiados en los libros y que nada nos dicen...” (cap. X). El dinero, los arquitectos –a los que llama simples “acomodadores”–, pero sobre todo las mujeres –por eso de lo que ocurrentemente denomina “pisamiento”–, tienen la culpa del olvido de la tradicional casa-patio a favor de la, ciertamente, más especulativa solución tipológica del edificio de renta. En todo caso se trata de un problema que, como hoy sabemos, requiere otro tipo de análisis; y lo del “pisamiento” sólo admitiría, como mucho, una muy condescendiente actitud ante su autor.

En resumen, el anatema lanzado contra la nueva arquitectura implantada en la ciudad viene a ser un prelude de la

controversia planteada, años después, por Vicente Lampérez, Manuel Vega o Luis M^a Cabello, entre *exotismo* y *tradicionalismo* arquitectónico; anticipa, con una argumentación de cariz determinista, el rechazo de los modelos exteriores a las tradiciones constructivas propias, es decir, la misma argumentación que se encuentra años más tarde en los autores citados, por lo que seguramente pueda pensarse en la influencia de Ganivet, además de la ya más conocida de Marcelino Menéndez y Pelayo, en la gestación ideológica del tradicionalismo arquitectónico de las primeras décadas del siglo⁴².

GRANADA LA BELLA Y EL GANIVETISMO

De las numerosas ediciones que ha tenido la obra, muy pocas han incluido un prólogo o estudio introductorio. Pero las que sí han dispuesto de tal presentación merecen algún comentario, porque, y aunque parezca extraño, la realidad es que no existe un estudio crítico del texto, libre de circunstancias emocionales de fácil comprensión pero que no son las mejores para llegar a un juicio objetivo sobre el significado y valor de una obra como *Granada la bella*. En la abundante bibliografía sobre Ganivet –que alcanza ya más de setecientos títulos– hay muchas alusiones dispersas en obras de conjunto. En algún caso se ha prestado mayor atención al análisis del texto, como hizo Melchor Fernández Almagro, Miguel Olmedo y, más recientemente, Nil Santiáñez-Tiό.

De las ediciones posteriores a la de Helsingfors de 1896, destacan especialmente la de 1904 –primera reedición del

42. A. Isac, *op. cit.*, en especial, págs. 333-354.

texto—, con un prólogo de Rafael Gago; la de 1913, en la que al mismo prólogo de Rafael Gago de la edición de 1904 precede un estudio de Francisco Seco de Lucena Escalada; y la de 1954, prologada por Antonio Gallego y Burín. En el breve pero muy apasionado prólogo de Rafael Gago, el elogio y la admiración están libres de toda crítica, por leve que pudiera ser. Para Gago, en *Granada la bella* los pensamientos de Ganivet “...chispean como una lluvia de estrellas; es un verdadero desbordamiento. Sus frases no son solamente felices; son frases de resorte, que hacen saltar el pensamiento a lo alto de un sistema filosófico”⁴³. En opinión del prologuista sobran en la ciudad los académicos y falta el “constructor espiritual” del que había hablado Ganivet en el capítulo X de *Granada la bella*. Lo más importante que quiero destacar, en relación con el desarrollo del *ganivetismo*, es la conclusión sentenciatoria a la que llega Gago: “Granada no será nunca una gran ciudad moderna; y el día que pierda sus rasgos fisiognomónicos será un ‘cul-de-sac’ sin el menor atractivo para el mundo civilizado”⁴⁴. Es esta idea, en extremo autolimitativa, la que mayor peligro corre de transformarse en un terror supersticioso por las actuaciones que transformen la ciudad, reduciendo el texto de Ganivet a la base ideológica y sentimental de una profunda incapacidad para analizar y entender los procesos de cambio que suceden en la ciudad histórica.

El estudio de Francisco Seco de Lucena Escalada, “Algo acerca de Ganivet”, es un buen testimonio de la admiración y orgullo que los amigos granadinos sentían por quien les

43. Ángel Ganivet, *Granada la bella*, Granada, Imp. de *El Defensor de Granada*, 1904 (2ªed.), precedida de un prólogo de Rafael Gago Palomo, pág. 41.

44. *Ibidem*, pág. 41.

cautivaba hablando de sus viajes por Europa, de sus impresiones sobre los más variados temas y de las opiniones que tenía sobre asuntos de literatura y arte, hasta el extremo de llegar a ser considerado como un verdadero “oráculo” para todos ellos. En opinión de Seco de Lucena no cabe duda que los libros de Ganivet “..hacen meditar mucho y hondo”, a pesar de que sus razonamientos, reconoce, puedan parecer extravagantes e incomprensibles (pero sólo “...para un lector frívolo”), si no se advierte que forman parte de un mismo pensamiento cuyo espíritu se deja traslucir en todas y cada una de sus obras. Seco –no puede ocultarse que movido por el sentimiento de profunda amistad– establece un modo de enjuiciar los escritos de Ganivet que tuvo inmediata y larga aceptación, y que además se ha visto corroborado por la más reciente crítica⁴⁵. Se admite que un mismo y muy estricto pensamiento recorre todas sus páginas publicadas –sin distinción de géneros literarios–, que en algún momento puede resultar confuso y hasta contradictorio, pero que siempre adquiere una forma brillante y seductora. Y aun cuando la forma de exponer su pensamiento pueda ser criticada por falta de sistemática, y por ser más intuitiva que argumentada, la valoración final siempre ha sido más elogiosa que crítica. Seco describe bien el fenómeno de un seductor de la palabra y de la letra impresa, que más pudiera actuar como hipnotizador que como analista riguroso de los acontecimientos u objetos que pasan por su pensamiento. Seco confiesa la “atracción irresistible” que ejerce Ganivet cuando despierta la curiosidad del lector con un torrente de ideas, pero “...no concluye el cuadro... y nos deja entre

45. Un ejemplo puede encontrarse en Cesare Armani, *Angelo Ganivet e la Rinascenza spagnola del '98*, Napoli, Francesco Perrella, 1987; en especial, págs. 84 y ss.

nieblas y vaguedades”⁴⁶. Valera, menos amigo de Ganivet, dirá sencillamente que no sabe lo que Ganivet quiere decir.

Es en el tipo de juicio que hace Seco de Lucena Escalada donde puede encontrarse una primera formulación del ganivetismo como corriente de admiración personal hacia la figura del amigo *cofrade*, en la que existe también un matiz importante sobre el futuro de la beneficiosa influencia que ha ejercido. Seco intuye que tras la muerte de Ganivet no puede sobrevivir el breve período –apenas tres años entre 1896 y 1898– en que sus colaboraciones periodísticas dieron un fuerte impulso a las letras granadinas. “De entonces acá –escribe Seco– hemos vuelto a la afición platónica, y los escritores que tanto se estimularon entonces, parece que cayeron a los profundos abismos del prosaismo cotidiano...”⁴⁷. Esta opinión será confirmada por Antonio Gallego y Burín cuando se refiera a la Cofradía del Avellano como una escuela “fugitiva e interrumpida”, de la que, desaparecido su principal y único maestro, sólo queda “...el ruido del aleteo de su alma, inquieta e inmortal”⁴⁸.

Seco de Lucena pensaba que *Granada la bella* era “...la más espontánea y más fresca de cuantas hacen imperecedero su nombre”, y “...el más completo y fino análisis del carácter granadino”⁴⁹. Como no podía esperarse otra cosa,

46. Ángel Ganivet, *Granada la bella*, precedida de un estudio sobre Ganivet por Francisco Seco de Lucena y un prólogo por Rafael Gago Palomo, Granada, Imp. de *El Defensor de Granada*, 1913, pág. 14.

Francisco Seco de Lucena Escalada era hermano del director de *El Defensor de Granada*, y muy amigo de Ganivet desde que fueran compañeros en el instituto. Falleció en 1904, poco después de concluir el estudio que acompaña la citada edición.

47. *Ibidem*, pág. 17.

48. Antonio Gallego y Burín, *Ganivet, op. cit.*, pág. 18.

49. Francisco Seco de Lucena, “Algo acerca de Ganivet”, ed. 1913, págs. 11 y 19.

alaba todo lo que se dice en ella, sin fisura alguna en cuanto a discrepar de las ideas expuestas en cada uno de los capítulos, salvo de nuevo un matizado reconocimiento de las limitaciones del texto (“...las cuestiones se encuentran sólo esbozadas a pincelada larga”); lo cual no era más que una ligera sombra que inmediatamente se despeja al celebrar que es una obra “...brillante y tersa de estilo, cuajada de pensamientos felices” que, en opinión de Seco, constituía sólo un anticipo de lo que en el futuro hubiera podido desarrollar más ampliamente Ganivet.

En 1954 se edita el texto de Ganivet con un prólogo de Antonio Gallego y Burín, quien durante su etapa como alcalde de la ciudad (1938-1951) había realizado una serie de reformas inspiradas, según sus propias palabras, en los “deseos” y “doctrina” de Ganivet⁵⁰. La contribución de Gallego y Burín ha de estimarse como el intento de restablecer el pensamiento ganivetiano en su mejor dimensión intelectual, sin temor a intervenir en la ciudad para modernizarla. Se ha destacado siempre la admiración de Gallego por el autor de *Granada la bella*, pero existen algunas cuestiones no suficientemente aclaradas, por lo que parece necesario considerar algunas diferencias esenciales entre ambos; es decir, hay que aclarar el papel desarrollado por Gallego y Burín en la evolución del ganivetismo. Está fuera de toda duda el interés de Gallego por el valor espiritual y la significación intelectual que otorgaba a las ideas ganivetianas.

50. Ángel Ganivet, *Granada la bella*, edición y prólogo de Antonio Gallego y Burín, Granada, Editorial Padre Suárez, 1954, pág. XL. Sobre las reformas durante su etapa como alcalde, véase el fundamental libro de Julio Juste, *La reforma de Granada de Gallego y Burín (1938-1951)*, Granada, Antonio Ubago, 1979; reeditado por la Diputación Provincial de Granada en 1995, junto con otros estudios de Juste, bajo el título *La Granada de Gallego y Burín, 1938-1951. Reformas urbanas y arquitectura*.

En fecha temprana expresa una total devoción por la figura, el pensamiento y el conjunto de la obra de Ángel Ganivet, tomándolo como modelo para el resurgir espiritual de la ciudad y reclamando vivamente la necesidad de difundir su pensamiento, porque Granada –alerta Gallego– “...va a desaparecer como valor ideal, como lírica emoción”. *Granada la bella* es, para Gallego, un “devocionario de los granadinos” y también “...un aliento de la emoción íntima, un grito de alarma, la interpretación de lo ininteligible”⁵¹.

Ahora bien, tras esta lírica admiración creo que en algún momento la opinión de Gallego se matiza, perdiendo tanta intensidad emocional y mostrándose más contenida, seguramente por oposición a aquello en que se estaba convirtiendo el ganivetismo en su versión más vulgar, que impedía desarrollar cualquier iniciativa no ya de vanguardia sino de simple modernidad. Lo cierto es que la actitud de Gallego respecto a Ganivet se ve condicionada por la necesidad de adaptar las ideas de éste a un campo de responsabilidades concretas derivadas del enfrentamiento con la realidad urbana sometida a reforma. Confrontación entre ideales y realidad que Ganivet, en cierto modo, terminó eludiendo al romper el artículo en el que se proponía hablar de un plan de reformas urbanas distinto al modelo de la Gran Vía que en aquellas fechas comenzaba a ejecutarse, como ya hemos visto. Más tarde, Gallego será objeto de críticas por sectores que guardan la esencia ganivetiana y acusan al alcalde de destructor. La evolución del ganivetismo local hacia posiciones más extremas reducen, casi hasta el absurdo, algunos postulados de Ganivet como la intocabilidad de la ciudad, el repudio del progreso contemporáneo o la interpretación trivial del espíritu artístico de la ciudad. Precisamente es Mel-

51. Antonio Gallego y Burín, *Ganivet, op. cit.*, págs. 12 y 43.

chor Fernández Almagro quien alude, en su biografía de Ganivet publicada en 1925, a ciertos “ganivetistas” que colaboran en crear la “...atmósfera ofuscante e indirecta en que flota, más espectral que real, la patética memoria del malogrado escritor”⁵². Creo que esto es lo que mueve a Gallego a pronunciarse contra los que él llama “granadinos típicos” y a afirmar, en 1932: “Tampoco, y como algunos piensan, es posible aceptar que una ciudad desarrolle íntegramente su vida y desenvuelva sus actividades presentes entre piedras de historia...Ni arqueología ni locura”⁵³.

Por todo esto creo que la relación entre el pensamiento de Ganivet, expuesto en *Granada la bella*, y el de Gallego Burín —especialmente su proyecto para transformar la ciudad— no ha sido todavía estudiada a fondo, y que es un problema que de ningún modo debe quedar zanjado con la declaración de Gallego cuando, al recordar los años de su alcaldía, afirmaba haber seguido el pensamiento de Ganivet. Me parece que la cuestión no es tan fácil. La influencia que ejerce Ganivet sobre Gallego Burín requiere muchas maticaciones. La principal es que si Ganivet representa la visión más anclada en el rechazo romántico de la ciudad moderna, cuyo origen se remonta a una línea de pensamiento que arranca con la percepción de los primeros efectos de la sociedad burguesa industrial sobre los recuerdos del pasado visibles en la ciudad, Gallego Burín, que siempre fue un hombre de acción, representa algo distinto: la voluntad de

52. Melchor Fernández Almagro, *op. cit.*, pág. 21.

53. Véase el “Informe que presenta D. Antonio Gallego y Burín, Delegado del Patronato Nacional de Turismo y Catedrático de Historia del Arte de esta Universidad de Granada” (1932), texto manuscrito que aparecerá en el próximo número de *Cuadernos de Arte de la Universidad de Granada*, vol. XXVII (1996), con presentación de Ángel Isac, “La reforma urbana de Granada en el pensamiento de Antonio Gallego y Burín. El ‘Informe’ de 1932”.

hacer y conformar el territorio de la urbe. La reforma de la ciudad, considerado como un problema que afecta tanto a sus barrios históricos como a lo que un día pueda ser el ensanche, se concibe libre de cualquier lastre romántico. Gallego Burín demuestra que entiende la ciudad como un conjunto orgánico afectado por males, algunos endémicos, que requieren intervenir decididamente en su cuerpo físico. Este pensamiento, conviene destacarlo, es extraño al *ganivetismo* local más estrictamente devoto de una interpretación vulgar de lo que podía leerse en las páginas de *Granada la bella*.

La relación entre Ganivet y Gallego Burín no puede plantearse de ningún modo como la mera reproducción acrítica de alguna de las mejores o más ocurrentes sentencias del primero. Por el contrario, su disposición ante el problema urbano y el reconocimiento de la necesidad de modernizar la ciudad es bien distinta a la del autor de *Granada la bella*. Si Ganivet permanece ensimismado, Gallego Burín es capaz de actuar y, llegado el caso, no duda en levantar la piqueta él mismo para concluir las obras de la Manigua, acabar el embovedado, proyectar la ampliación de la Gran Vía por el barrio de San Matías o planificar el ensanche de la ciudad por el territorio de la Vega. Gallego Burín supera el pesimismo ganivetiano al disponer de una idea muy exacta de lo que puede ser la reforma de la ciudad y su transformación de acuerdo a necesidades que comienzan con lo más básico de la existencia. Si a Ganivet le angustiaba la sola idea de ver desaparecer la figura del aguador de las calles de Granada, por ser una singular nota de pintoresquismo viviente, para Gallego Burín, en cambio, las aguas potables, su canalización y distribución por todos los barrios, es una de las primeras reformas que hay que concluir.

“Mi Granada no es la de hoy —escribía Ganivet en 1896—, es la que pudiera y debiera ser, la que ignoro si algún

día será”. Frente a esta actitud, Gallego Burín afirmará convencido, en 1943, cuando ya es alcalde de la ciudad y dispone de todo a su favor para dirigir personalmente los proyectos de reforma: “Y yo os digo hoy, al cabo de medio siglo de producirse aquella queja y aquel anhelo, que esa Granada lo será, en muy breve plazo”⁵⁴. Frente a esta actitud el alcalde se encontró a quienes, guardianes más celosos de las ideas ganivetianas, sospechaban que los derribos en el centro de la ciudad seguirían produciéndose para acometer obras de reforma como la Manigua.

El *ganivetismo*, en su versión más acrítica, terminaría siendo una prolongación del romanticismo nostálgico; con frecuencia, una modalidad de utopía regresiva, convirtiéndose en la coartada intelectual presente, desde principios de siglo, en todas las incursiones polémicas que afectaban a las transformaciones urbanas. A la modernización de la ciudad, entendida en términos de eficacia propios del pensamiento urbanístico decimonónico, se oponía la imagen ganivetiana de la ciudad poseída por “...un espíritu que todo lo baña, lo modela y lo dignifica”, del que habría de surgir la regeneración intelectual insistentemente reclamada por el autor granadino; incompatible, dadas las pautas del discurrir ganivetiano, con los expedientes del urbanismo positivista o del *modernismo* arquitectónico trasplantado a una ciudad cargada de seducción e intemporalidad. Aquí puede estar el error y el origen de una actitud crítica que se convierte en celosa guardiana de las *esencias granadinas*, permanentemente invocando a Ganivet, sin comprender que para defender los valores históricos de la ciudad o denunciar las agresiones a su *espíritu*, siempre estará el razonamiento científi-

54. Antonio Gallego y Burín, *La reforma de Granada*, Granada, 1943, pág. 14.

co. Como dijo Melchor Fernández Almagro: “En reliquia muerta pararía Granada si en el altar dudoso de lo típico sacrificásemos todo anhelo de desenvolvimiento futuro”⁵⁵.

Las recomendaciones ganivetianas para procurar el embellecimiento de la ciudad –demasiado imprecisas o etéreas, y en todo caso insuficientes para afrontar la solución de los problemas urbanos– sirvieron para fermentar un fuerte sentimiento de desconfianza y oposición hacia la modernidad arquitectónica y la reforma urbana. Si Ganivet no intervino en la administración de la ciudad, Ángel Barrios, durante la alcaldía del marqués de Casablanca, en los años de la Dictadura, representará un interesante aspecto del ganivetismo –no suficientemente estudiado todavía–, en tanto ideal inspirador de difíciles políticas municipales, antes de que Antonio Gallego y Burín, en los difíciles años de posguerra, lleve a cabo un proyecto que se confiesa inspirado en los ideales ganivetianos, pero al mismo tiempo enfrentado a la versión más extendida del *ganivetismo* en cuanto que se propone sin temor intervenir y transformar la ciudad con sentido moderno.

ÁNGEL ISAC

55. Melchor Fernández Almagro, *op. cit.*, pág. 156.

HISTORIA DEL TEXTO

En carta dirigida a sus hermanos desde Helsingfors con fecha 7 de febrero de 1896, escribe Ángel Ganivet: “En casa de Francisco López en la Puerta Real creo que es donde venden a dos o tres pesetas el plano de Granada. Compradme uno y mandádmelo, pues me hará falta para una cosilla que pienso escribir”. Y en una nueva carta fechada diez días después les advierte de que: “Quizá envíe algunos articullitos a *El Defensor*. Cuando los publiquen los guardáis todos juntos”¹. Se trata, sin duda, de los doce artículos que poco después formarían el volumen *Granada la bella*, y que vieron la luz previamente en forma de cartas en *El Defensor de Granada* entre el 29 de febrero y el 13 de abril de 1896².

1. Las cartas pueden leerse en la edición de Javier Herrero, *Ángel Ganivet. Correspondencia familiar (Cartas inéditas) (1888-1897)*, Granada, Anel, 1967, pp. 273 y 275 respectivamente.

2. He aquí las fechas en que aparecieron los doce artículos:

“Granada la bella, I. Puntos de vista” (29 de febrero de 1896)

“Granada la bella II. Lo viejo y lo nuevo” (10 de marzo de 1896)

“Granada la bella III. ¡Agua!” (12 de marzo de 1896)

“Granada la bella IV. Luz y sombra” (15 de marzo de 1896)

“Granada la bella, V. No hay que ensancharse” (25 de marzo de 1896)

“Granada la bella, VI. Nuestro carácter” (28 de marzo de 1896)

“Granada la bella, VII. Nuestro arte” (29 de marzo de 1896)

“Granada la bella, VIII. ¿Qué somos?” (5 de abril de 1896)

“Granada la bella, IX. Parrafada filosófica ante una estación de ferrocarril” (7 de abril de 1896)

La edición de *Granada la bella* que Antonio Gallego Burín prologa y publica en 1954³ recoge un artículo inédito de Ganivet, titulado “Donde el corresponsal habla de una porción de cosas, que no hay medio de colocarlas debajo de ningún epígrafe”, fechado en Helsingfors el 29 de enero de 1897, en donde, aparte de contar su llegada e instalación en la ciudad finlandesa, comenta algunos pormenores de la escritura⁴, así como la muy halagüeña recepción, la “buena suerte, contra lo que yo me figuraba”, que los artículos habían tenido entre sus paisanos.

Algunas inexactitudes o errores que Ganivet desliza en su escrito, explicables sin duda al haber sido redactado un año después de lo sucedido, fueron puestas de manifiesto en su edición de la correspondencia familiar de Ángel Ganivet por Javier Herrero, y a su indagación remito al lector⁵, pero

“Granada la bella, X. El constructor espiritual” (8 de abril de 1896)

“Granada la bella, XI. Monumentos” (10 de abril 1896)

“Granada la bella, XII. Lo eterno femenino” (13 de abril de 1896)

3. Editorial Padre Suárez. Colección de escritores y temas granadinos 1. Ha sido reimpresso con epílogo de A. Gallego Morell, Granada, Miguel Sánchez, Biblioteca de escritores y temas granadinos, 1993.

4. “En tan poco propicias circunstancias, tuve necesidad de hacer algo para matar el tiempo, los quince días de interinidad y fragüé mis catorce artículos. Uno por día, descontados los domingos, que aquí son celebrados y santificados con tanto rigor que se queda uno hasta sin comer si no ha tenido la precaución de comprar el sábado dobles provisiones.

De aquellas catorce crías una nació muerta y otra, a poco de nacer, dio las últimas boqueadas; así quedaron reducidas a doce. El artículo que vivió, aunque poco, se titulaba ‘La estética y la administración’ y lo suprimí por temor de mezclarme, sin querer, en las cuestiones políticas más o menos palpitantes; el artículo que no llegó a nacer estaba dedicado a los artistas vivos, mejor aún a los hombres que se esfuerzan, casi en vano, por crear ambiente espiritual en Granada; y no nació porque un oráculo me profetizó que si tal engendro nacía daría muchos disgustos a su padre.” Ed. cit., p. 151.

5. *Op. cit.*, p. 275-6. nota 99.

lo realmente importante para nuestro propósito es saber que los iniciales catorce artículos se vieron reducidos a doce y que, probablemente, el plano de la ciudad que reclamaba a sus hermanos tuviera que ver con alguno de los artículos desechados. Como les justificara en carta de 15 de marzo de 1896: “Al fin no envié más que doce artículos, en vez de catorce, los dos que trataban de reformas y para los que me sirvió el plano, no he querido enviarlos por no meterme a padre nuestro”⁶. Es más, pasado el cierto revuelo local que había provocado la serie de artículos que, por esas mismas fechas, iba tomando nueva apariencia de libro, escribe a su amigo Nicolás María López: “Y ya que tantas cosas me dices sobre *Granada la bella* [...] me espontanearé (*sic*) por segunda vez [...] y te diré que hubiera deseado escribir tres artículos más; dos estuvieron ya escritos y los rompí, el uno porque daba a la cosa un tono guasón demasiado fuerte, y el otro porque le daba un carácter demasiado grave, pues mi idea era hacer equilibrios en la cuerda floja.”⁷

En esa misma fecha y carta, y a propósito de su recién iniciada actividad como versificador en francés, declara Ganivet “...cuán lejos estoy de *Granada la bella*, idealmente hablando”. Sin embargo, la machacona insistencia con que reclama a su familia el envío del artículo de *El Defensor*, aparecido como número VII y titulado “Nuestro arte”, único de la colección que le falta para completar la serie, nos indica un gran interés y no menores prisas, ambos desvelados en la carta que remite a sus hermanos el 18 de mayo de 1896: “... en cuanto a la carta que traía el artículo se ha perdido. Yo he escrito a Seco para que me lo mande; pero si

6. *Ibidem*, p. 284.

7. En Nicolás María López, *La Cofradía del Avellano. Cartas de Ángel Ganivet*, Granada, Tip. Luis F. Píñar, (s. f.), pp. 65-6.

no lo recibo ya os encargará que lo compréis, pues deseo tenerlos todos, porque no guardé borrador y los originales los tiene Seco. Veremos si cuando vaya a Granada, si no cuesta mucho, hago imprimir 500 ejemplares para los amigos, pues no me gusta comerciar con los libros ni creo que ahí se vendan más de 10 ó 12 ejemplares.”⁸

Todavía el 1 de junio insistirá de nuevo ante sus hermanos, pues “... yo deseo tenerlo por si más adelante pensara imprimirlos.”⁹, hasta que, por fin, el 8 de ese mismo mes deja constancia de la llegada del artículo.

La alusión a demorar la impresión en volumen hasta su visita a Granada, se debe a una dificultad imprevista, que traslada a Nicolás María López —la imprenta finlandesa carecía de acentos—, pero que debió quedar pronto vencida, puesto que en los finales días del mes de julio despacha los primeros ejemplares de la *Granada la bella* impresa en Helsingfors, Imprenta de J. C. Frenckell e hijo¹⁰. Consta de 94 páginas y proclama su condición de edición privada.

La pronta desaparición de Ganivet imposibilitó la reedición de esta obra en vida del autor. Estamos, por tanto, ante los dos únicos textos sobre los que pudo intervenir, si bien, como cabe inferir por el párrafo de la carta a sus hermanos antes transcrito, se trata de un único manuscrito, hoy parece que definitivamente perdido. Las variantes que cabe anotar se deben, pues, a la relectura que el autor hace de los artículos de *El Defensor* en el momento de su impresión como libro, y en la casi totalidad de los casos su relevancia textual es de orden exclusivamente gramatical.

8. Ángel Ganivet. *Correspondencia familiar*, cit., p. 292.

9. *Ibid.*, p. 293.

10. Precisas noticias sobre la historia de esta imprenta pueden consultarse en el epílogo antes citado de A. Gallego Morell, pp. 157-160.

Aunque quizá hubiéramos podido detener aquí nuestro examen de variantes, el hecho de que algunas de las ediciones posteriores, de entre las muchas que la obra tiene¹¹, se hayan presentado con ribetes de edición canónica, nos ha obligado a nuevos y sucesivos cotejos cuya única aportación ha consistido en la constatación de la coincidencia con una u otra versión indistintamente. El lector podrá comprobar que algunas de estas variantes evidencian simples erratas o correcciones gramaticales, a pesar de lo cual hemos preferido anotarlas. Así pues, de todas las ediciones cotejadas hemos señalado las siguientes:

1. La versión periodística de *El Defensor de Granada*, y que conoceremos por D.

2. El volumen que vio la luz en las prensas de J. C. Frenckell e hijo, y que identificamos con la letra H, que es el texto que seguimos al considerar que es el último salido de manos del autor.

3. La que ocho años después, en 1904, se imprime como libro en la Imprenta de *El Defensor de Granada*, con prólogo de Rafael Gago Palomo, y que avisa de ser la segunda edición, teniendo reediciones en 1913 y 1923 con prefacio de Francisco Seco de Lucena, además del prólogo de Rafael Gago. Se trata de la G.

4. La edición de Ángel T. de Ganivet de 1905, publicada por la Librería General de Victoriano Suárez, por tratarse de la edición que figurará luego en la serie de *Obras Completas* de Ángel Ganivet. Se identifica por la letra V.

5. La incluida en las *Obras Completas* de la editorial Aguilar, al cuidado de Melchor Fernández Almagro, y que

11. Una información completa la encontrará el lector en *Ángel Ganivet: Una bibliografía anotada (1892-1995)*, que A. Santiáñez-Tió ha preparado para esta ocasión (Granada, Diputación Provincial, 1996).

desde el año de su publicación, 1943, se considera la más fiable. La letra A la identifica en nuestro estudio de variantes.

La puntuación, con el fin de ajustar los múltiples puntos y comas inoperantes en la actualidad, ha sido modernizada. Asimismo, los paréntesis explicativos se han sustituido por el más moderno uso de guiones, igual que se ha modernizado el uso de mayúsculas. Los subrayados, por lo general entre comillas, sólo se han respetado cuando tienen algún valor o carga ideológica, cosa en efecto corriente en la escritura de Ganivet. En cuanto a cambios ortográficos nada resulta destacable, si exceptuamos su adaptación a las más recientes normas de la Real Academia.

Indicar también, finalmente, que a pie de página se recogen tanto el registro de variantes, que se reconoce en el texto con letras minúsculas –a, b, c...–, como las notas explicativas, que se identifican por numeración consecutiva.

FERNANDO GARCÍA LARA

GRANADA LA BELLA

I

PUNTOS DE VISTA

Voy a hablar de Granada, o mejor dicho^a, voy a escribir sobre Granada unos cuantos^b artículos para exponer ideas viejas con espíritu nuevo, y acaso ideas nuevas con viejo espíritu; pero desde el comienzo dése por sentado que mi intención no es cantar bellezas reales, sino bellezas ideales, imaginarias. Mi Granada no es la de hoy, es la que pudiera y debiera ser, la que ignoro si algún día será. Que por grandes que sean nuestras esperanzas, nuestra fe en la fuerza inconsciente de las cosas, por tan torcidos caminos marchamos las personas, que cuanto atañe al porvenir se presta ahora menos que nunca a los arranques proféticos.

Esas ideas que, sin orden preconcebido, y pudiera decir con desorden sistemático, irán saliendo como buenamente puedan, tienen el mérito, que sospecho es el único, de no pertenecer a ninguna de las ciencias o artes conocidas hasta el día y clasificadas con mejor o peor acierto por los sabios de oficio; son, como si dijéramos, ideas sueltas, que están esperando su genio correspondiente que las ate o las lée con los lazos de la

^a D: "o para expresarme con más exactitud".

^b D: "una serie de".

lógica; las bautice con un nombre raro, extraído de algún lexicón latino o griego, y las lance a la publicidad con toques previos de bombo y platillo, según es de ritual en estos tiempos fatigados en que la gente no sabe ya lo que las cosas son mientras los interesados no se toman la molestia de colocarles un gran rótulo que lo declare. Para entendernos, diré sólo que este arte nonato puede ser definido provisionalmente como un arte que se propone el embellecimiento de las ciudades por medio de la vida bella, culta y noble de los seres que las habitan.

Los artistas de aguja y tijera saben perfectamente que la elegancia no está en el traje, sino en la persona que lo lleva; y el principal talento de una modista o de un sastre, más que en afinar el corte, está en recargar las cuentas, para desembarazarse de la gente de medio pelo. Así también una ciudad material –los edificios– es tanto más hermosa cuanto mayor es la nobleza y distinción de la ciudad viviente –los habitantes–. Para embellecer una ciudad no basta crear una comisión, estudiar reformas y formar presupuestos; hay que afinar al público, hay que tener criterio estético, hay que gastar ideas.

Si un campesino os pregunta qué medios debe emplear para llevar guantes sin que la gente se ría de él, le contestaréis: –Amigo, la naturaleza, en su alta sabiduría, valiéndose del aire libre de los campos, le ha endurecido a usted de tal manera el cutis, que el uso de guantes viene a ser, como quien dice, albarda sobre albarda. Pero si el empeño es irrevocable, no le queda a usted otro camino que venirse a vivir a la ciudad,

andar entre cristales, romperse las esquinas y redondearse los ángulos con el trato social, y esperar tranquilo que algún día los guantes le vayan como una^a seda. En una palabra: sea usted caballero antes de usar ése y otros atributos anejos a la moderna, pacífica y vulgar caballería.

Resulta, pues, de lo dicho que mi plan de campaña es baratísimo; mis reformas estarán muy en armonía con el “estado de nuestra Hacienda”. Nada de enarbolarse instrumentos destructores para echar abajo lo que no sabemos cuándo ni cómo ha de ser reconstruido, ni tampoco proponer nuevas construcciones, sabiendo, como sabemos todos, que no hay dinero, y lo que es peor, que no hay buen gusto. Quedémonos en la dulce interinidad en que vivimos y aprovechemos este reposo para ver claro, para orientarnos, para tantear nuestras fuerzas, para disponernos a esta obra espiritual, regeneradora y precursora.

Porque una ciudad está en constante evolución e insensiblemente va tomando el carácter de las generaciones que pasan. Sin contar las reformas artificiales y violentas, hay una reforma natural, lenta, invisible, que resulta de hechos que nadie inventa y que muy pocos perciben. Y ahí es donde la acción oculta de la sociedad entera determina las transformaciones trascendentales. Tal pueblo sin historia, sin personalidad, se cambia en ciudad artística y se erige en metrópoli intelectual; tal otro, de brillante abolengo, cargado de

^a A: “la”.

viejos pergaminos, degenera en poblachón^a vulgar y adocenado; y en aquello como en esto no interviene nadie, porque intervienen todos. ¿Cómo? Resolviendo asuntos de detalle, de esos que se resuelven todos los días en cualquier ciudad, en reunión de familia, en el café, en los centros administrativos.

Un hecho tan corriente como el cambio de trazado de una calle o la apertura de una nueva vía, pone en movimiento la atención de todo el mundo. –Hay que “dar trabajo a los obreros”, –dicen algunos que, con fervor filantrópico, serían capaces de echar abajo la catedral para repartir algunos jornales, sin parar mientes en el estado deplorable de las alcantarillas. –Lo primordial es la salud, –dicen los devotos de la higiene. –La estadística demográfica comparada –añaden con tono entre doctoral^b y compungido– pone los pelos de punta. Hay que adoptar “grandes medidas de saneamiento”, comenzando por el “pavoroso problema de las aguas potables”. –Señores, lo esencial es comer –replican los representantes de la industria–, y aquí lo que falta es actividad, medios fáciles de comunicación, abrir grandes arterias para el tráfico interior de la ciudad, “mover los capitales”, pensar, en fin, que somos una ciudad moderna y que debemos abrirnos de par en par a todos los “adelantos del progreso”. –Pero hay que tener en cuenta los “intereses creados” –agregan los comerciantes. Si la nueva calle cambia el

^a A: “población”.

^b A: “rectoral”.

rumbo de la circulación y nos perjudica; si con el nuevo trazado desaparece mi establecimiento, en el que desde hace un siglo o medio, de padres a hijos, vamos buscándonos la vida, ¿dónde está la justa indemnización de estos daños? —¿Y los “intereses del arte”, dónde los dejamos? —observa algún artista con timidez, como conociendo la flaqueza de su causa. ¿Porque tal o cual calle tenga una vara más de anchura o porque sea recta y no angulosa —cuestiones de detalle—, vamos a sacrificar aquella antigua y venerable iglesia, este rincón pintoresco, estotro monumento arqueológico? —¡Y las cuestiones técnicas! —exclaman los principales actores del sacrificio callejero. ¿En una “cuestión del orden arquitectónico”, a quién sino a los arquitectos toca decidir con arreglo a los principios de la ciencia (y, pudieran añadir, sin hacer caso de la tradición artística local)?

Y así, en esa jerga tan lindamente puesta en solfa por nuestro gran Pérez Galdós en muchos de sus tipos, empezando por el ilustre Torquemada¹, el mejor modelado de todos, continúa la discusión, en la que cada cual echa su cuarto a espadas, y que se termina casi siempre por el providencial “no hay dinero”, la tabla de salvación de nuestra patria en el siglo actual. Porque tengo para mí —y lo declaro en secreto— que en

1. Francisco Torquemada es el personaje central de la tetralogía de novelas de Benito Pérez Galdós (1844-1920), que representa la figura del avaro prestamista que consigue ascender en la escala social mediante el poder del dinero. Simboliza, pues, todo lo que Ganivet rechaza en la sociedad del moderno capitalismo burgués.

medio de esta oleada de vulgaridades que ha pasado y aún pasa sobre nosotros, si hubiéramos tenido dinero abundante para dar forma duradera a nuestras concepciones –para realizar nuestra esencia, que se dijo años atrás–, hubiéramos dejado a nuestros descendientes motivos sobrados para que nos despreciaran.

Pero a veces, ¡oh, dolor! hay dinero. Y entonces, sin preocuparse por conciliar los diversos puntos de vista suscitados por las ideas de reforma; sin examinar lo que debe hacerse, atendiendo a la conveniencia de la comunidad, formada no sólo por los que viven, sino también por los que murieron y por los que nacerán, el capital, guiado por un impulso momentáneo, se lanza a ciegas, a salga lo que saliere. Porque las ciudades donde falta el contrapeso de las ideas son como los desiertos: un día en silencio mortal y otro agitados por los más violentos huracanes. En España han arrancado muchos árboles y muchas ideas, y así estamos de continuo amenazados por las inundaciones; inundaciones de agua, que arrasan nuestros campos e inundaciones de... ¿cómo diré para ser suave...? de cosas nuevas que arrasan los sentimientos españoles, de quien aún los conserva.

Muchas veces, al volver a Granada después de largas ausencias, he notado en mí, al ponerme en contacto con el aire natal, cierta alegría espontánea, corpórea, que me ha hecho pensar que no era yo quien me alegraba, sino mis átomos al reconocerse; ellos, con su^a

^a A, V: “una”.

sensibilidad propia, aún no vista de los “hombres del microscopio”, en medio de sus antiguos amigos, de sus parientes más o menos cercanos. ¿Quién sabe si el amor patrio no será en el porvenir^a una fórmula química representada por la suma de los diversos grupos atómicos locales, que forman la personalidad en cada momento, y si no se llegará definitivamente a la fraternidad humana por medio de la insuflación de aires extranjeros? Por lo pronto yo me figuro que cuando viajo llevo conmigo mucho de mi ciudad natal, y algo de todas las que he ido conociendo, y que de ese al parecer monstruoso conjunto brotan sentimientos de armonía hasta cierto punto involuntarios². Hay quien recorre media Europa y vuelve a España decidido a “implantar” un tranvía de nuevo sistema, un nuevo aparato para regar las calles o alguna curiosidad burocrática con que perfeccionar nuestra complicada administración. A mí no me ocurre “eso”.

Admiro algunas^b cosas y las respeto todas en lo que tienen de respetable, pero jamás me da la idea de cambiarlas de sitio. Dos cosas diferentes o contrarias pueden ser buenas y bellas en diferentes lugares: mudémoslas de lugar y acaso pierdan su mérito. Lo que sí se debe hacer es compararlas mentalmente y ver cómo

^a A: “lo por venir”.

^b A, V: “muchas”.

2. Es interesante recordar que Ganivet, en esa fecha, ha tenido oportunidad de conocer varias ciudades europeas (París, Berlín, Königsberg, Bruselas, Amberes...), de las que siempre realiza algún comentario interesante en sus artículos o en la correspondencia personal.

la una puede ser completada por algo de la otra; de suerte que subsistiendo ambas para mayor variedad, agrado, distracción y goce de nuestros sentidos, se embellezcan con todas aquellas perfecciones que concuerdan con su modo de ser natural, y que por esto no se vea ni pueda decirse que son imitadas.

Con este modo de ver las cosas, voy a pasar revista a las encontradas aspiraciones que luchan en el grave problema de la transformación de las ciudades, refiriéndome en particular a Granada. El problema es heroico, y como yo^a no soy un héroe, claro está que no me prometo dar la solución. Me limitaré, si se me permite la llaneza del concepto, a pasarle la mano por encima.

^a A, G suprimen “yo”.

II

LO VIEJO Y LO NUEVO

En cualquier cambio que quiera introducirse en una ciudad o en una nación hay un pretexto para que se libren varias batallas, y la más recia la sostienen siempre los partidarios de lo viejo y los partidarios de lo nuevo. Los unos y los otros, desde sus puntos de vista, llevan la razón y ganan o pierden, según sopla el viento; y muchas veces pierden ambos y gana el grupo que no pelea, el de los zurcidores de voluntades, pasteleros, transigentes y contemporizadores. Es, pues, utilísimo saber a qué atenerse en tan grave cuestión; y no siendo posible dar reglas generales, decidir en cada asunto si hemos de ir hacia adelante o hacia atrás, ya que el estar-se quietos es cosa punto menos que imposible.

Empecemos por el alumbrado. Cómo es más bella una ciudad: ¿alumbrada con aceite, con gas o con luz eléctrica? La luz eléctrica se lleva hoy la palma, y todas las ciudades se aprestan gozosas a recibir la nueva luz. Cuando se inauguró el alumbrado de gas, los partidarios del aceite pusieron el grito en el cielo, y los muchachos apedreaban las farolas y perseguían gritando^a a los alumbradores. Hoy todo el mundo se

^a A suprime “gritando”.

inclina respetuoso ante la luz eléctrica y no se registra un desmán contra las lámparas incandescentes. ¿Qué ha pasado aquí? Lo que ha pasado es que hemos perdido ya la vergüenza, quiero decir, la timidez. A la primera oleada de luz reparamos en que nuestro estado exterior no era muy brillante, y nos afligimos de que nuestras miserias quedaran tan a la vista; pero pasado el primer bochorno, las oleadas sucesivas no nos hacen mella³.

El sol también alumbraba, quizá demasiado, pero el sol no depende de nosotros. Lo que él descubre lo descubre sin nuestro asentimiento. Mientras que la luz que nosotros creamos y pagamos nos hace responsables, y nos obliga a ver antes qué es lo que vamos a alumbrar. Por lo^a tanto, el criterio que me parece debía regir en esta materia es el de asearse y embellecerse en primer término, y elegir después aquel sistema de alumbrado que dé más luz por menos dinero. Y para no romper del todo con el aceite, creo también que se debía continuar utilizándolo^b en el interior de las casas. El candil y el velón han sido en España dos firmes sostenes de la vida familiar, que hoy se va rela-

^a A suprime “lo”.

^b D: “utilizando”.

3. Los nuevos sistemas de alumbrado público constituyen una de las novedades científico-técnicas de mayor trascendencia para la vida en la ciudad moderna. En Granada, la instalación del alumbrado por gas se acuerda en 1859, autorizándose en 1863 la construcción de la fábrica del gas a la Central Francesa de Alumbrado Público (Lebon); el alumbrado eléctrico se generaliza al finalizar el siglo.

jando por varias causas, entre las cuales no es la menor el abuso de la luz. El antiguo hogar no estaba constituido solamente por la familia, sino también por el brasero y el velón, que con su calor escaso y su luz débil obligaban a las personas a aproximarse y a formar un núcleo común. Poned un foco eléctrico y una estufa que iluminen y calienten toda una habitación por igual, y habéis dado el primer paso para la disolución de la familia.

Si se trata del sistema de regar las calles, me declaro neutral entre la cubeta, las mangas de riego y cualquier otro aparato que se invente, con o sin presión, siempre que no se arroje el agua sobre el público. Se debe elegir el más económico y considerar que la cosa no tiene importancia, y que una ciudad no da ningún paso en “la senda del progreso” porque se introduzcan innovaciones tan baladíes.

El servicio de limpieza es más importante. Ha inspirado la musa local, y aun ha amenazado turbar el orden público en algún momento “histórico”. En él intervienen las tradiciones, los intereses creados, el ornato, la higiene, la economía y la hacienda. Yo opino que debía empezarse por limpiar y purificar las costumbres, después^a limpiar los cuerpos, luego las casas y, por último, las calles. Hay ciudades muy limpias que encierran corrupciones más peligrosas que las de un estercolero; y hay hombres que se escandalizan delante de un montón de basura y no se han lavado el

^a A, V añaden “de”.

cuerpo desde sus más tiernos años. No se limpie sólo por cubrir las apariencias; límpiase con sinceridad, con energía. A veces la suciedad y el abandono de las calles sirven para hacer resaltar más vivamente la pulcritud de los ciudadanos.

Una de las ciudades de que yo guardo mejor recuerdo es precisamente una ciudad en que la basura no escaseaba: Königsberg⁴, la vieja capital de Prusia, hoy abandonada y en decadencia, donde he visto cosas viejas y cosas nuevas en combinación más sabia que la que nosotros usamos. Allí hay tranvías eléctricos y las calles están empedradas de gorriones que, insolentes, os bailan delante, confiados en que no ha de ocurrirles ningún daño; veis casas que por fuera parecen modernas y por dentro son como cortijos; un gimnasio moderno, flanqueado por sus torreoncillos señoriales, en cuyo jardín juegan los alumnos, entre casas viejísimas, y cerca de él varios mercados como nuestras eras empedradas, donde, en medio de carros de formas extravagantes, danzan en confusión, al aire libre, todos los reinos de la naturaleza. Plazas y mercados cuyas fachadas irregulares forman grandes polígonos, abiertos por un lado para que entre la luz o para gozar de la vista de los campos o del Pregel^a, cubierto de viejos

^a D: "Pregal". A: "Pretel".

4. Königsberg: ciudad alemana, importante plaza fuerte de Prusia Oriental, atravesada por el río Pregel, que la divide en dos formando una pequeña isla en el centro. Al finalizar el siglo XIX, la ciudad había perdido su valor estratégico de los siglos XVII y XVIII, y su importancia comercial había decaído. En Königsberg se encuentra la tumba de Kant.

barcos, ahora enclavados en el hielo. Llego a un hotel, que parece una venta española, y me desayuno con huevos pasados por agua, en los que estaban escritos con indelebles caracteres el día, mes y año en que los puso la gallina. Este detalle nos revela que estamos en la ciudad de Kant. Con gran contento de mi estómago vi que eran recién nacidos, y luego se me ocurrió pensar que nuestra gloriosa revolución, la setembrina⁵, al traernos el Registro Civil, dejó su obra incompleta por haber olvidado establecer, además de los varios registros que estableció, un registro de huevos para general regocijo de los españoles^a. Y mientras saboreaba aquellos huevos, un periódico local me ponía al corriente de cuanto ocurría en el mundo, con sorprendente lujo y precisión en los detalles. Los asuntos de Cuba, las opiniones del general Weyler, la necrología de Camacho⁶, venían tratados con notable exactitud.

Nosotros hemos tenido deseo de innovar y hemos empezado por construir los mercados, mientras dejába-

^a D: "ciudadanos".

5. Ganivet alude a la conocida como revolución *gloriosa* de septiembre de 1868, que había supuesto el derrocamiento de Isabel II y la proclamación de la I República en 1873. Es la revolución frustrada de los intelectuales regeneracionistas que intentaron el tipo de reforma que deja insatisfecho a Ganivet.

6. Valeriano Weyler y Laviña (1838-1930), general del ejército español, famoso por sus operaciones militares en Filipinas y Cuba durante las guerras coloniales que precedieron al *desastre* de 1898.

Juan Francisco Camacho (1817-1896), varias veces ministro de Hacienda y gobernador del Banco de España, fue un destacado economista a quien se debe la creación de la deuda exterior y diversas leyes económicas que causaron fuertes polémicas.

mos el Instituto en un caserón ruinoso y denunciado⁷. Si una catástrofe costara la vida a varias criaturas, nos quedaba la “triste satisfacción” de saber que los canastos de patatas y los capachos de pescado estaban en lugar seguro. Hemos querido tener escuelas Fröbel⁸, y en vez de establecerlas en una huerta o en una casería⁹ —que las hay sobradas cerca de la población— como las que yo he visto en Königsberg, las hemos colocado en casas cuyo jardín no era mucho mayor que un pañuelo. Para crear buenos hoteles hemos tomado el tipo en el extranjero, sin comprender que lo más fácil era transformar, civilizar nuestras posadas, conservándoles sus rasgos típicos, el principal de todos el zaguán, donde los hombres pueden entrar en coche o a caballo. En un hotel el viajero se apea a la puerta y entra como en casa extraña; en una posada se apea cuando está ya dentro, como en casa propia. Son unos cuantos pasos de más o de menos, y para el que sabe ver en ellos está representada la hospitalidad española.

7. La construcción de edificios específicamente proyectados para servir de mercados de distintas clases de productos perecederos, con el objetivo de mejorar el control higiénico y sanitario del consumo urbano, es otro de los objetivos característicos de los planes de reforma urbana en la ciudad del siglo XIX. En Granada, su construcción se inicia a mediados del siglo en los espacios liberados por la desamortización; en cambio, el Instituto no contaría con edificio adecuado hasta la construcción, entre 1904 y 1918, del actual Instituto Padre Suárez.

8. Federico Fröbel (1782-1852), famoso pedagogo alemán, creador del método educativo que lleva su nombre. En 1837 fundó el primer *kinder-garten*, jardín de infancia destinado a mejorar la educación de los niños desde su primera edad. Su método se propagó con éxito por toda Europa, incluida España, desde mediados del siglo XIX.

9. Edificio rural utilizado por quienes cuidan y mantienen una propiedad agrícola. Término muy utilizado en los municipios de la vega de Granada.

En cualquier^a innovación que se intente, todos los pareceres son oídos, menos el parecer de los ignorantes, de los que no saben leer y escribir, y la opinión seguida es casi siempre la de los más doctos. Cuando la educación es nacional, y el sentimiento de las gentes cultas, siendo más delicado, conserva la debida comunidad en el fondo con el sentimiento popular, el sistema no es malo; pero si los doctos no tienen otras ideas que las recogidas en libros de diversas procedencias, lo prudente y seguro es guiarse por el pueblo, que es más artista y más filósofo de lo que parece. Una de las impresiones artísticas más intensas que yo he gozado en mi vida la debo a la Grand Place de Bruselas¹⁰. La impresión que allí se recibe no es como la que produce un cuadro, una estatua, un monumento, recortados por un marco de realidades discordantes: es la de una inmersión en arte flamenco, que nos baña por los cuatro costados, destacándose de tan maravilloso conjunto arquitectónico la casa-ayuntamiento, en la que hay algo de catedral, algo de chancillería^b, algo de casa del pueblo, concepción felicísima para representar una antigua ciudad autónoma, en la que el burgomaestre era el rey y los consejeros municipales sus ministros.

Tan sorprendente cuadro toma aún más vida en las horas de mercado, al bullir por la plaza la gente popular

^a A: "cualquiera".

^b A: "cancillería".

10. Se alude al conjunto monumental que forman los edificios de la Gran Plaza de Bruselas, restaurada por Charles Buls.

con sus trajes anticuados, muchas viejas aún con su gran cofia blanca de hechura semejante al gorro frigio. Sólo desentonan, al pasar y cruzar, los hombres nuevos, las personas distinguidas, los que se visten a la moda del día. Yo me siento ridículo.

El pueblo debe comprender el arte cuando lo crea: no sabe expresar sus pensamientos, pero sabe amoldarse a todo lo que es grande y bello, y no desentona jamás. Cuando desentona la culpa no es suya, es de los que le someten a pruebas absurdas. Ese paleta que no sabe sentarse en una mecedora, entra en una catedral como en su casa, y esa mujer que no acierta a hablar “en sociedad”, canta como los ruiseñores. En el comienzo de este siglo, España ha atravesado días muy duros: ha tenido que hacer frente a una invasión¹¹, y los que dieron la cara no fueron en verdad los doctos. Esos pasaron todos el sarampión napoleónico, y en nombre de las ideas nuevas se hubieran dejado rapar como quintos e imponer el imperial uniforme. Los que salvaron a España fueron los ignorantes, los que no sabían leer ni escribir. ¿Quién dio pruebas de mayor robustez cerebral: el que, seducido por ideas brillantes, aún no digeridas, sintió vacilar su fe en su nación y se dejó invadir por la epidemia que entonces reinaba en toda Europa, o el que con cuatro ideas reci-

11. Ganivet alude a la invasión napoleónica, asumiendo la idea común de que fue el pueblo llano, inculto pero *español*, y no sus dirigentes, ilustrados pero *afrancesados*, los que consiguieron derrotar al ejército imperial. De esa interpretación histórica provienen antagonismos como español/europeo o popular/civilizado, tan importantes en el pensamiento de Ganivet.

bidas por tradición supo mantener su personalidad bien definida ante un poder tan absorbente y formidable? España pudo entrar en la confederación familiar planteada por Napoleón, gozar de un régimen más liberal y más noble que el que sufrió con Godoy y comparsas, tener nuevas y sabias leyes, mejor administración, muchos puentes y muchas carreteras; pero prefirió continuar siendo España y confiar al tiempo y a las fuerzas propias^a todo eso que se le hubiera dado a cambio de su independencia. Y esta concepción, tan legítimamente nacional, que contribuyó a cambiar los rumbos de la historia europea, fue obra exclusiva de la ignorancia.

Sabedlo, pues, pedagogos de tres al cuarto, propagandistas de la instrucción gratuita obligatoria, Jeremías de la estadística, que os sofocáis cuando veis en ella que el cincuenta por ciento de los españoles no saben leer ni escribir y pretendéis infundirles conocimientos artificiales por medio de caprichosos sistemas: el único papel decoroso que España ha representado en la política de Europa en lo que va de siglo no lo habéis representado vosotros o vuestros precursores, sino que lo ha representado ese pueblo ignorante, que un artista tan ignorante y genial como él, Goya, ha simbolizado en su cuadro del *Dos de Mayo* en aquel hombre o fiera que, con los brazos abiertos, el pecho salido, desafiando con los ojos, ruge delante de las balas que le asesinan.

^a A, V suprimen “propias”.

III

¡AGUA!

Alguien me dirá: —Puesto que es usted tan respetuoso con^a todo lo viejo que defiende, por ser vieja hasta la ignorancia, ¿será también defensor de las alcantarillas, de los cauchiles y de los cañeros?¹² La cuestión nada tiene que ver con la estética, pues se reduce a tener agua buena o mala. A esto contestaré yo que sí; que defendiendo todo eso y que defendiendo también el agua mala, no con la idea de matar a mis queridos conciudadanos, sino para que no puedan beberla, y se vean obligados a dar mayor impulso y vuelos más altos a una de sus genialidades más típicas. El asunto es estético en grado superlativo¹³.

Se pretende formar una empresa que se encargue del abastecimiento de aguas potables, que extienda una red de tubos por toda la población, que distribuya

^a A: “como”.

12. *Cauchiles*: pequeñas arquetas para la distribución del agua a las casas. Los cañeros eran los encargados del mantenimiento y uso del sistema de cañerías principales que conducían el agua a los distintos barrios de la ciudad.

13. La preocupante cuestión de las aguas potables en Granada había dado lugar, ya en esa fecha, a una notable literatura científico-técnica. Todavía tendrían que pasar varias décadas hasta que la ciudad viera resuelto tan grave problema de infraestructura urbana.

el agua a domicilio, que cobre un tanto por casa, familia o persona. Se discute largamente sobre si el agua ha de venir de éste o aquel manantial. No falta quien, “proteccionista convencido”, pida que, aunque cuesten más caros, los tubos sean españoles porque hay que proteger la producción patria. Y yo, que no he pedido nunca la palabra para decir nada a nadie, uso de ella por primera vez, y valiéndome de un exabrupto poco ciceroniano, pero muy en armonía con la situación, exclamo: —¿Pero es que los hombres de las garrafas que bajan el agua de la Alhambra, y los “tíos de los burros” que la traen del Avellano¹⁴, no son producción nacional?

Hay agua abundante para todos los usos de la vida, y sólo falta una poca pura y clara para beber, de la cual es costumbre bastante extendida proveerse comprándola a los aguadores. Procúrese generalizar más la costumbre: la cantidad que había de entregarse a una empresa, distribúyasela entre las muchas gentes que viven de esa ocupación; en vez de crear tuberías nuevas, refuércese y complétese esa tubería viva, semoviente, que nadie ve por lo mismo que está a la vista de todos. Antes de crear un órgano nuevo, conviene examinar si el que está prestando servicio no admite mejora; si el interés general exige realmente que se le sacrifique porque en toda transformación hay un peligro: el aumento de capital a expensas del trabajo de los obreros. La tendencia es esa y el progreso mecánico la

14. Las fuentes de la Alhambra, junto con la del Avellano, proporcionaban el agua más apreciada por los granadinos.

favorece, y sólo se debe afrontar el peligro cuando se sabe que la innovación ha de producir un aumento de consumo tal que acabe por restablecer el equilibrio. Así, en la fabricación de papel –y lo mismo en mil otras: tejidos, mercería, artículos metalúrgicos, etcétera– nada se pierde con las transformaciones: por muchos brazos que la maquinaria economice, más son los que exige el derroche febril de papel en que los hombres vivimos. Cuanto más barato mayor es la venta, se escribe más y se lee menos. Si con el amor que tenemos a la publicidad tuviéramos el papel tasado y anduviéramos con la estrechez y carestía de los tiempos clásicos, nuestro planeta sería un campo de perpetua batalla. Pero el asunto de las aguas potables es muy otro; no porque el agua venga por tuberías cerradas se ha de beber más: el consumo será siempre el mismo, a menos que no nos declaremos en estado de hidropesía permanente; el inmenso personal que vive y pudiera vivir del oficio –de un oficio que mirado a la ligera no lo es– se transformará en media docena de empleados “con gorra”; la población perderá uno de sus detalles más pintorescos y el progreso no parecerá por ninguna parte.

Al lado de la transformación económica viene siempre la transformación psicológica. Los ferrocarriles nos han cambiado nuestros venteros en jefes de estación, nuestros mayorales en maquinistas, nuestros zagales en revisores de billetes; eran cabezas y ahora son brazos, y la sociedad compensa el sacrificio tratándoles con mayor consideración. Aquí el sacrificio fue necesario. España o la mayoría de los españoles no

quisieron aislarse como Marruecos; juzgaron que ese adelanto lo podíamos digerir sin perder nuestra autonomía en las garras del capital, y lo aceptaron como se acepta todo instrumento que nos ayuda a dominar la naturaleza. Si en este caso hay algo censurable no es la evolución, sino el mal gusto de que hemos dado prueba al seguirla, según haré ver en otro lugar.

Una de las dificultades con que se ha tropezado en el problema del abastecimiento de aguas ha sido el armonizar la variedad de gustos. En cualquier ciudad se hubiera puesto el asunto en manos de los químicos, para que éstos decidieran, después de concienzudos análisis, cuál agua era la mejor. Nosotros acudimos a los químicos, pero es para no hacerles caso, porque por encima de la ciencia están nuestros paladares, que en materia de aguas no reconocen rival en el globo. Sólo un gran poeta épico sería capaz de describir cómo sabemos beber agua, según ritos tradicionales, con los requisitos de un arte original y propio, desconocido de todos los pueblos.

En Granada un aguador tiene que ser a su modo hombre de genio. ¿Veis ése que por la Carrera de Darro, por la Cuesta de Gómez o por la del Caidero^a baja gritando: —¡Agua! ¡Quién quiere agua! Ese es un albañil que busca un sobrejornal para “dar una vuelta de ropa a su gente”¹⁵, un bracero sin trabajo, un aguador de aluvión, que de seguro no sabe llevar la garra-

^a D: “Caldero”.

15. Locución granadina que significa renovar el vestuario por temporada, algo sólo al alcance, cuando escribe Ganivet, de las familias más adineradas.

fa, la cesta de los vasos y la anisera¹⁶. El verdadero aguador se compenetra con estos tres elementos hasta tal punto, que de él tanto puede decirse que es hombre como que es cesta o garrafa; huele dónde tienen sed y cuando ve que nadie tiene sed^a pregona, y con sus pregones despierta el apetito; porque entre nosotros la sed es apetito y hay quien bebe agua y se figura que come. —¡Acabaíca¹⁷ de bajar la traigo ahora! —¡Fresca como la nieve! ¿Quién quiere agua? —¡Nieve! ¡Nieve! —¡Qué frescuras de agua! —¡De la Alhambra, quién la quiere! —¡Buena del Avellano, buena! —¡Quién quiere más, que se va el tío! Y así por este estilo centenares de pregones incitantes, hiperbólicos, que concluyen por obligar a beber.

Abrís la mano y recibís una cucharadita de anises para hacer boca; mientras los paladeáis el aguador fre-gotea el vaso, que llena después de agua clara y algo espumosa, como escanciada desde cierta altura; después que consumís el vaso, os ofrecen más, y aceptáis “una poca” aunque no tengáis gana, y por todo el consumo pagáis un céntimo doble, salvo lo que disponga vuestra generosidad.

Antes de la recogida de la antigua moneda, “la ley” era un humildísimo ochavo¹⁸, y cuando acaeció la revo-

^a A supprime “y cuando ve que nadie tiene sed”.

16. Artilugios propios del aguador, que forman parte del ceremonial del agua -endulzada con anís- ofrecida a gritos por las calles, como describe Ganivet.

17. *Acabaíca*, por acabada, forma característica del habla granadina.

18. *Ochavo*: moneda de cobre con peso de un octavo de onza, que siguió acuñándose hasta mediados del siglo XIX.

lución monetaria, hubo largas y empeñadas discusiones entre los partidarios de que el “chavo” fuera sustituido por el céntimo y los que aspiraban a que lo fuera por el doble céntimo; y aún recuerdo con placer una acalorada disputa en que intervine yo, defendiendo la causa del céntimo doble, y en la que un amigo mío, alpujarreño por más señas, defendió un sistema ecléctico, que consistía en utilizar el céntimo para tomar agua sola, y el doble céntimo para tomar^a agua con anises. De tal suerte nos llega al alma todo cuanto al agua se refiere, que todos nuestros sentidos se avivan hablando de ella y que por ella somos pensadores sutiles.

Y hasta aquí sólo se ha hablado de la manera vulgar de beber, manera propia de gente nueva, que tiene en poco^b aprecio las tradiciones, y que desconoce el mar de fondo que hay en el asunto. Un hijo legítimo de Granada no se contenta con llamar al primer aguador que pasa: la^c busca él, yendo a donde sepa lo que bebe. Hay aficionados al agua de Alfacar, a la de las fuentes de la Salud o de la Culebra, a la del Carmen de la Fuente y hasta a la de los pozos del barrio de San Lázaro; pero los grandes grupos, como quien dice los partidos de gobierno, son alhambristas y avellanistas¹⁹. Las personas débiles, viejos prematuros y niñas cloróticas, así como los “enfermos de conveniencia”, beben

^a A, V suprimen “céntimo para tomar”.

^b A suprime “poco”.

^c A: “le”.

19. Véase nota 14.

el agua fortaleciente del Avellano. Refuerzan temporalmente este grupo los que beben después de comer y temen los recrudescimientos que suele producir el agua de la Alhambra; los melindrosos, en cuanto llega a sus oídos la noticia, falsa casi siempre, de que en los aljibes de la Alhambra se ha encontrado el cadáver de algún ser humano, canino o felino, y, por último, los aficionados a llevar la contraria. Por donde se viene a afirmar indirectamente, como es cierto con entera certeza, que la mayoría es partidaria del agua clara y fresca^a de la Alhambra. Y no dejaré de citar a los degenerados, a los que alteran la pureza del agua con “yelo”, con refinado o con licores, ni a los devotos de la sangría, ni a los más granadinos de todos, los que beben agua al fiado.

Casi todo lo que tenemos en casa se encuentra en cualquier punto de Europa. ¿Cómo no?, que dicen nuestros hermanos de la América del Sur, si mucho lo hemos copiado nosotros. Pero aún nos queda algo, que es nuestro sólo. Yo conozco a un granadino que, vaso tras vaso, ha hecho en un aguaducho “una caña”²⁰ de doscientos reales; ese hombre oceánico está pidiendo que le inmortalice una pluma como la que fijó para eterna memoria los rasgos del dómine Cabra. Alguien aconsejaría a tan aguanoso y desocupado personaje que se encaminara a la Fuente Nueva o a la del Avellano, a cualquier rico venero, para saciar su sed sin

^a A: “fresca y clara”.

20. *Hacer una caña*: en el habla granadina, contraer una deuda.

entramparse; pero alguien es un cualquiera que, si por acaso va a misa, sabe qué cura la dice más corta para perder menos tiempo, mientras que el deudor de los doscientos reales –que acaso sean ya cuatrocientos– y de los dos mil quinientos vasos –que en la segunda hipótesis serán cinco mil– es un borracho de ideal, que de fijo va a misa y prefiere la misa mayor; necesita echar un rato de palique con la limpia y guapa aguadora, y meditar delante de un vaso de agua: es la creación secular de una ciudad cruzada por dos ríos; es un río hecho hombre.

IV

LUZ Y SOMBRA

Si desde estas alturas en que vivo se tiende la vista hacia el Ecuador se observa que, conforme el calor y la luz van aumentando, las ciudades se van apiñando, y en cada ciudad las calles se van haciendo más estrechas; llega un momento en que ya no pueden estrecharse más y la ciudad se disuelve: estamos en el desierto solitario o en los bosques habitados por los salvajes en cabañas dispersas. Las ciudades del norte de Rusia, de Finlandia, de Suecia o de Noruega, necesitan antes que nada buscar sol, luz, porque son ciudades de invierno: por esto sus calles tienen que ser anchísimas, tanto más anchas cuanto los edificios son más altos, para que los unos no reciban sombra de los otros. A primera vista, parecería^a mejor acercarlos mucho para que estuvieran más abrigados, pero de hecho resulta que el mejor abrigo es el aire. Dentro de las casas el hombre se defiende contra el frío y vive como en una estufa; fuera de ellas, no pudiendo defenderse por completo, busca en el aire frío y en la nieve su defensa más segura, y no va en coches cerrados, sino en trineos. El día que yo llegué a San Petersburgo

^a G: "parecía".

la temperatura era de 15 grados bajo cero y la nieve caía con furia y, a pesar de mi falta de costumbre, pasé el día corriendo en trineo por toda la ciudad sin que el frío me molestara. Las bofetadas de aire y los azotazos de nieve me mantuvieron en constante reacción. Si hubiera ido en coche cerrado es probable que hubiera cogido una pulmonía.

Las ciudades de la costa, desde Noruega a las^a Flandes, sufren más de la lluvia que del frío. En algún punto de Noruega los caballos se espantan cuando ven a un hombre sin paraguas: lo toman, sin duda, por un ser monstruoso y maléfico. Desde que se llega a la Flandes francesa, yendo hacia el norte, empieza a notarse el cambio en la construcción de edificios: los techos cónicos, muy puntiagudos para que escurra el agua, los pisos habitables montados sobre uno o dos subterráneos para defenderse de la humedad, y las calles ensanchándose a medida que el sol alumbra menos.

En las ciudades meridionales las casas se acercan, se juntan, hasta besarse los aleros de sus tejados. Sobra luz, sobra sol, y el aire caliente agosta a las personas como a las plantas; hay, pues, que buscar sombra y frescura. Y si el calor es tan fuerte que no hay medio de luchar contra él, el hombre se coloca bajo la protección de la naturaleza; se defiende con los árboles, ya en la ciudad ya fuera de la ciudad.

Todos estos hechos son muy conocidos, pero se

^a A, V suprimen “las”.

los olvida en los momentos en que sería más oportuno recordarlos. Granada es una ciudad de sombra; a pesar de su exposición y de la proximidad de la Sierra Nevada, que producen grandes irregularidades climatológicas, su carácter es el de una ciudad meridional; su estructura antigua, que es la lógica, obedece a la necesidad de quebrar la fuerza excesiva del sol y de la luz, de detener las corrientes de viento cálido; por eso sus calles son estrechas e irregulares, no anchas ni rectas. Y, sin embargo, la aspiración constante es tener calles rectas y anchas, porque así las tienen “los otros”. Mucho que no se nos ocurra desear abrigos y gorros de pieles como los que llevan las gentes de por acá.

Hay días del año en que es peligroso cruzar la Carrera de Genil desde el Campillo a la Puerta Real; todo el mundo echa por las callejuelas de la espalda. Transformemos éstas en otra calle ancha y tendremos que ir por la calle de Navas; demos a esta calle la anchura de la plaza del Carmen hasta unir esta plaza con la de los Campos, y será preciso dar la vuelta por la calle de la Colcha. Habrá tres “grandes arterias” para incomunicar dos extremos de la población. No es esto decir que no podamos tener calles anchas y plazas anchísimas: ahí están el Salón, la Carrera y el Triunfo, sino que el ensanche de una calle o plaza exige un abundantísimo arbolado. Uno de los parajes más pintorescos de Granada es la parte descubierta del Darro; si para facilitar la circulación se continuara la bóveda hasta el extremo de la Carrera, se causarían muchos daños sin ninguna seria compensa-

ción²¹. El río suple allí con ventaja la falta de árboles, y siendo grande la distancia entre las casas, el efecto es como si la calle fuera estrecha. Con el embovedado la calle sería más ancha, perdería su frescura y su gracia, vendría a ser como una prolongación de la calle de Méndez Núñez, vulgar en sí y ridícula en relación con las calles tortuosas, oscuras, que hasta ella descienden²². Yo conozco muchas ciudades atravesadas por ríos grandes y pequeños: desde el Sena, el^a Támesis o el Sprée²³, hasta el humilde y sediento Manzanares; pero no he visto ríos cubiertos como nuestro aurífero Darro, y afirmo que el que concibió la idea de embovedarlo la concibió de noche, en una noche funesta para nuestra ciudad²⁴. El miedo fue siempre mal consejero y ese embovedado fue hijo del miedo a un peligro, que no nos hemos quitado aún de

^a G: “al”.

21. En 1896, la parte descubierta del Darro a la que se refiere Ganivet era la que transcurría cauce abajo desde el puente de Castañeda hasta su desembocadura en el Genil, que no sería embovedada hasta los años treinta de este siglo.

22. La entonces llamada calle de Méndez Núñez, en recuerdo del marino español muerto en 1869, correspondía al tramo de embovedado entre la plaza del Ayuntamiento y plaza Nueva, construido en dos fases, la primera, hasta el puente del Carbón, concluida en 1857, y la segunda, hasta plaza Nueva, realizada entre 1870 y 1880.

23. Sprée: río que atraviesa Berlín; su curso es navegable en cerca de doscientos kilómetros, formando una amplia cuenca de gran importancia comercial, económica y estratégica. A su paso por Berlín se divide en varios canales navegables.

24. A pesar de la afirmación de Ganivet, es precisamente en una ciudad que él conoce bien, Bruselas, donde se había efectuado el desvío y cubrición parcial de otro cauce de río, el Senne, a su paso por el centro urbano.

encima. En todas partes se mira como un don precioso la fortuna de tener un río a^a mano; se le aprovecha para romper la monotonía de una ciudad; si dificulta el tráfico, se construyen puentes de trecho en trecho cuyos pretilos son decorados gratuitamente por el comercio ambulante, en particular por las floristas; y si amenaza con sus inundaciones, se trabaja para regularizar su curso; pero la idea de tapan un río no se le ha ocurrido a nadie más que a nosotros, y se nos ha ocurrido, parecerá paradoja^b, por la manía de imitar, que nos consume desde hace una porción de años.

En el antiguo estado de guerra permanente, las ciudades vivían oprimidas dentro de sus murallas; en nuestro tiempo la guerra es un fenómeno pasajero, y el progreso del arte militar^c ha hecho inútiles esos medios de defensa, sustituidos hoy por fuertes estratégicos o por campos atrincherados; las ciudades derribaron sus viejas fortificaciones, como los guerreros soltaron sus pesadas armaduras, y nació la idea del ensanche impulsada con mayor o menor fuerza según el desarrollo de las poblaciones^d, según el grado de fecundidad de las mujeres. Las primeras ciudades que pusieron la idea en ejecución fueron las que más castigadas habían sido por la guerra. La planicie que más se presta en Europa para los ejercicios bélicos es la comprendida entre el Rhin y el Sena; apenas se da por

^a D añade “la”.

^b D suprime “parecerá paradoja”.

^c D suprime “militar”.

^d A suprime “según el desarrollo de las poblaciones”.

allí un paso sin tropezar con el recuerdo de una batalla; allí dimos nosotros, entre mil, las de San Quintín y Rocroy; Europa contra Napoleón, la de Waterloo; Alemania contra Francia, la de Sedán.

Mons fue en nuestro tiempo la llave de Europa; Namur nos lo tomó en persona Luis XIV, dando ocasión al buen Boileau para que compusiera una oda que los mismos franceses citan como ejemplo de ridiculez; en Amberes sostuvimos un sitio famoso en los fastos de la guerra. Brujas, cuna del arte gótico; Gante, patria de Carlos V; Iprés, foco del jansenismo, uno de los esfuerzos más vigorosos realizados en Francia para crear la Iglesia nacional; Dismude, famosa por su excelente manteca; Audenarde, un embrión de ciudad gótica, ahogado en flor; Malinas, corte y segunda patria de la insigne Margarita de Austria, la negociadora de la paz de Cambray, hoy ciudad sacerdotal, austera, donde recuerdo haber encontrado hombres del pueblo con cara de obispos: todas estas ciudades fueron centros de guerra y en todas ellas se nota ese primer movimiento de expansión, a veces no proseguido, para estirarse libremente después de años y siglos de postura violenta e incómoda.

Esta idea del ensanche pudo muy bien mantenerse en los límites del buen gusto con sólo acomodarse a las condiciones de cada una de las ciudades que se trataba de ensanchar; pero no tardó en complicarse con otra idea nueva, que para abreviar bautizaré con el nombre de americanismo. Los colonos que iban a América a establecerse podían instalarse allí sin atender a tradiciones que no existían; y como su deseo era

ir deprisa, fundaron la ciudad exclusivamente útil y prosaica. A veces, una compañía de ferrocarriles crea, a modo de estaciones, núcleos de población, que en unos cuantos años, como Chicago o Minneapolis, son capitales de un millón o medio de almas. Más bien que capitales son aglomeraciones de *buildings* o estaciones de ferrocarril^a prolongadas en todos sentidos.

Esta ramplonería arquitectónica vino a Europa de rechazo y fue del gusto de los hombres de negocios, de los mangoneadores de terrenos y solares, y de los fabricantes de casas baratas; cundió el amor a la línea recta, y llegó el momento de que los hombres no pudieran dormir tranquilos mientras su calle no estuviera tirada a cordel. Donde las condiciones de las ciudades exigían estos ensanches, la sacrificada fue la estética, y donde los ensanches no estaban justificados, se procuró al mismo tiempo afear las poblaciones y hacerlas inhabitables²⁵. En el momento actual existe en Europa una fuerte reacción contra el mal gusto, y todas las ciudades^b que tienen tradiciones artísticas^c se esfuerzan por mil medios para sostenerlas y no caer

^a D, G: “ferrocarriles”.

^b D: “capitales”.

^c D añade “locales”.

25. La teoría moderna del ensanche, considerada como modelo para el crecimiento ordenado de la ciudad desde mediados del siglo XIX, había sido formulada por Ildefonso Cerdá al tiempo que proyectó el plan de ensanche para Barcelona aprobado en 1860. Ganivet no advierte las importantes diferencias que existen entre lo que llama *americanismo* y la concepción teórica del ensanche urbano establecida por Cerdá.

en el montón anónimo²⁶. En España estamos aún con la piqueta al hombro, y si los municipios tuvieran fondos bastantes para pagar las expropiaciones, habría que dormir al raso. Madrid tuvo sus ensanches, y Barcelona el suyo, y Valencia y Bilbao...²⁷ ¿Quién no? Y lo curioso es la sinceridad con que muchos creen que la cosa es digna de admiración. Yo he ido a Málaga y un hijo de la ciudad me ha llevado, antes que a ninguna parte, a ver la calle de Larios. Cuando lo que es tan vulgar nos parece tan extraño, ¿qué prueba más clara de que no está en armonía con nuestro modo de ser?

A Granada llegó la epidemia del ensanche y como no había razón para que nos ensancháramos, porque teníamos nuestros ensanches naturales en el barrio de San Lázaro, Albaicín y Camino de Huétor²⁸, y más bien nos sobraba población, concebimos la idea famo-

26. Podemos pensar que Ganivet alude, aunque no de forma explícita, al conocido como movimiento a favor del Arte Público, conjunto de teorías sobre el embellecimiento urbano que se oponían al urbanismo de base exclusivamente técnica y científica desarrollado durante el siglo XIX. Entre los impulsores del movimiento figuraban Camillo Sitte y Charles Buls. El primer congreso internacional del Arte Público se celebraría precisamente en Bruselas en 1898.

27. Además de Barcelona y de Madrid, cuyos proyectos de ensanche fueron aprobados en 1860, otras ciudades españolas contaban en 1896 con un plan de ensanche aprobado o en ejecución: San Sebastián, Bilbao y Zaragoza.

28. Al hablar de los “ensanches naturales”, Ganivet se refiere a los barrios periféricos que concentraban un importante número de población y reunían condiciones óptimas para el crecimiento urbano. Frente a la destructiva reforma interior (“ensancharnos por el centro”, en el lenguaje de Ganivet) se contemplaba la posibilidad de crecer de forma *natural*.

sa^a de ensancharnos por el centro y el proyecto diabólico de destruir la ciudad, para que el núcleo ideal de ella tuviera que refugiarse en el Albaicín. Y con el pretexto de que al Darro se le habían “hinchado alguna vez las narices”, acordamos poner sobre él una gran vía. Y la pusimos.

^a A suprime “famosa”.

NO HAY QUE ENSANCHARSE

Conociendo la sutileza que el abuso del agua da al ingenio de los granadinos, no ha de extrañarme que alguno me diga que en realidad nuestras veraniegas ciudades han tenido algo y mucho que padecer a causa de los ensanches, pero que por fortuna existe un recurso eficaz contra el exceso de sol, de luz y de calor: el toldo. Ensanchémonos, pues, y entoldémonos. Contra un pueblo que renuncia a ver el agua que corre a sus pies y el cielo que tiene sobre sus cabezas, no queda más recurso que echarse a llorar. Y, sin embargo, yo voy a ver si le toco en la cuerda sensible.

La idea de agrandar una cosa no debe ser artificial, sino impuesta por la fuerza de los hechos. Un sastre os va agrandando vuestros trajes conforme vais creciendo o engordando; si se anticipa un año siquiera y os deja espacio para el buche antes de que lo^a tengáis, salís hechos unos payasos. Un pueblo moviéndose marca él mismo el trazado de una ciudad, y rompe él mismo cuando es preciso el trazado de una ciudad. Los arquitectos deben estudiar mucha psicología; si abren grandes calles y para unir estas calles una gran plaza,

^a A, V: "le".

y la gente no “va por allí”, en vez de embellecer una ciudad han metido en ella un cementerio, y han contribuido a que se arruinen muchos que creen que cuanto más ancha es la calle el negocio es mayor y más seguro²⁹. ¿Cuál ha sido el éxito de las varias tentativas que se hicieron para descentralizar el comercio de Granada, sacándolo de los diversos puntos en que está localizado y quitando al Zacatín su reconocida supremacía? ¿Por qué tenemos nosotros en muy buenos sitios “casas de mala suerte”?³⁰

La vida social de Granada es todavía muy moruna. Nuestra mujer no es mujer de lujo, de calle o de salón. Su colección de trajes no es muy complicada, ni tiene muchas ocasiones para lucirlos. En el ajuar de una novia de la clase media –no hablo de las señoritas modernizadas, porque el equipo de éstas no forma parte del ajuar, sino que se llama *trousseau*–, los vestidos se cuentan por los dedos de la mano y casi nunca se pasa del primer dedo, y las camisas y enaguas se cuentan por docenas, y no se acaba nunca. Nuestra mujer ama con amor entrañable la ropa blanca. Así es que cuando tiene que salir a compras, ya sea porque los trajes no abundan ya porque no tiene ganas de

29. Al transformar el cauce del río Darro en una *moderna y comercial* calle, el Zacatín había perdido su tradicional importancia como eje del comercio en el centro de la ciudad. Ahora, último tercio del siglo XIX, los nuevos comercios de la ciudad burguesa se instalaban en Méndez Núñez.

30. *Casas de mala suerte*: en el habla granadina, locución que indica un establecimiento que, a pesar de encontrarse en un buen sitio, no ha logrado el éxito comercial que podía esperarse.

emperejilarse, sale casi siempre de “trapillo” y huye de las tiendas de relumbrón.

Y luego esta mujer está amaestrada por su madre en la ciencia de darle cien vueltas a un duro y en el arte del regateo, y necesita antes de comprar una vara de cretona, ver todo el surtido de cretonas de muchas tiendas donde vendan cretonas para volver a casa con la conciencia tranquila. Por eso las tiendas de un mismo artículo o análogo^a deben estar reunidas en un “pie de pava”³¹, donde sea fácil recorrerlas en poco tiempo, y los que saben apreciar sus intereses no las abren en sitios que, aunque sean muy céntricos, estén apartados del foco de la guerra.

Hasta aquí resulta comprometido el interés individual; veamos el interés colectivo. No hace mucho tiempo los filántropos idearon con excelente intención algo nuevo: las ciudades obreras, y para construir casas baratas tuvieron que irse a las afueras de las poblaciones³². Hoy el movimiento se ha parado en firme, porque se ha visto que el único resultado conseguido era poner frente a frente dos centros de combate. El pobre se contenta con ser pobre, siempre que no

^a A: “análogos”.

31. *Pie de pava*: expresión que indica cercanía, distancia tan reducida como el pie de una pava.

32. Desde principios del siglo XIX, y en respuesta a las durísimas condiciones de vida en la ciudad industrial, algunos empresarios reformistas idearon las *company towns*, origen de la tendencia a construir barriadas de casas baratas para los obreros de las grandes ciudades industriales. Por su gran repercusión social, el problema del alojamiento obrero en las ciudades se estaba discutiendo con gran intensidad al finalizar el siglo.

se le eche fuera. Un hecho que noté el mismo día de mi llegada a la capital de Finlandia^a me hizo formar un juicio favorable, ampliamente confirmado después, del sentido político de los finlandeses, y me explica por qué aquí no hay ladrones ni asesinos. Vais a tal número de tal calle, y halláis que el mismo número está sobre dos puertas muy próximas de la misma casa, aun de casas muy suntuosas: una puerta da entrada, por lujosísima escalera, a habitaciones de gente rica; otra da acceso a un patio o corralón, con diversas escaleras, que conducen a cuartos pobres. En un mismo edificio, bajo el mismo techo, está el palacio junto a la casa de vecinos; no hay barrios ricos y barrios pobres³³: en cualquiera de los nueve de la población se puede vivir sin desentonar.

A una demostración más patente se llega si se pone en parangón las dos primeras ciudades de Europa: Londres y París. Londres es una ciudad irregular, confusa, en la que lo pequeño y lo feo anda revuelto con lo bello y lo monumental. Toda la fuerza de los ingleses reside en su respeto a lo que existe, malo o bueno; crean mucho y destruyen poco; zurcen mucho y fuer-

^a D: "Helsingfors".

33. Se alude al tipo de inmueble de renta en el que cada planta va configurándose, tanto en la distribución interior como en la ornamentación de fachada, para alojar a inquilinos de distinta posición social y capacidad económica; edificación muy extendida en las principales ciudades del siglo XIX, que muchos consideraron –entre ellos Ganivet– como la solución más *justa* para frenar el proceso de segregación social urbana que amenazaba con rodear los centros de las ciudades con "...un círculo cerrado de miseria que algún día nos ahogue", como escribió Ganivet al final de este mismo capítulo.

te; sus leyes y sus ciudades carecen de simetría pero no son artificiales. De donde resulta que en una aglomeración monstruosa de más de cinco millones y medio^a de habitantes, entre los que ha de haber muchos descontentos, no existe jamás un peligro serio para el orden, una turbulencia que haya de ser reprimida por la fuerza de las armas. En París la evolución ha obedecido a un criterio radical. La ciudad es armónica y véese flotar sobre^b toda ella un mismo espíritu, un espíritu absorbente, modelador, que cuanto coge en sus garras, personas y cosas, las transforma en breve tiempo en parisienses; pero las clases han quedado separadas, y las más pobres han ido corriéndose del centro a la periferia, hasta dar con sus huesos en los bulevares exteriores, centros^c de la pobreza y de la invisible hampa social, que en los momentos de peligro saca la cabeza y hace una de las suyas³⁴. Quizá esas guaridas de la miseria sean el factor más importante de la historia moderna de Francia.

La apertura de grandes calles en sustitución de calles pequeñas trae consigo un encarecimiento artificial de la vida, una penalidad más agregada a las

^a D: "5.657.000".

^b D: "en".

^c A: "centro".

34. Ganivet describe muy bien uno de los efectos de la reforma urbana de París emprendida por Napoleón III, dirigida por el prefecto Haussmann (1853-1869), que provocó el desplazamiento de la población con menor nivel de renta, del centro a los barrios periféricos, señalando la fuerte segregación social que las reformas burguesas introducían en la ciudad moderna.

muchas penalidades que, por nuestra desgracia, llevamos ya a cuestras. Si allí donde vivían dos mil pobres edificamos casas que éstos no pueden continuar habitando, dicho se está que se les obliga a huir de aquel centro; y si la operación se repite varias veces se llega, como si se le diera vueltas a la población dentro de un tamiz, a la separación de clases.

En cualquier ciudad esa separación es peligrosa, pero en Granada es asunto de vida o muerte. Porque nosotros no peleamos sólo por ideas, sino que peleamos también por pan, y contra esta clase de luchas no se conoce más recurso que impedirles a tiempo, pues cuando estallan todas las artes de la política son impotentes para dominarlas. Nuestros combates en pro de las ideas no son muy feroces: yo no he visto ninguno, y sólo recuerdo por referencia el famoso ataque del barro, que terminó en retirada angustiosísima por el mal estado de las carreteras. En trabajos de fortificación, el más audaz fue el emplazamiento en el Cerro Gordo, frente a San Cristóbal, del cañón *Barba Azul*, que no sólo no llegó a disparar, sino que ni siquiera lo cargaron, bien que este último punto no haya sido aún suficientemente aclarado por los cronistas. En cambio, una revolución de ¡pan a ocho! servía^a para la computación cronológica. Estas revoluciones han sido nuestras olimpiadas³⁵.

^a D añade “hasta”.

35. En efecto, los conflictos de subsistencia, la lucha por el pan antes que por los derechos y libertades políticas, habían dado origen a importantes revueltas populares durante el siglo XIX; especialmente grave fue la de 1867, al grito de “pan a ocho”.

Hoy, con el sistema decimal, el pueblo ha perdido la cuenta: sabe que come poco y caro, pero no acierta a formular su antiguo grito de guerra ¡pan a ocho! en el equivalente ¡kilo a veintiséis céntimos! En lo antiguo, el pan era caro en pasando de ocho cuartos la hogaza mejor o peor pesada; se sufría refunfuñando los nueve y diez cuartos; se insultaba al panadero al llegar a los once o doce y, en subiendo de ese punto, venía la revolución. De los barrios extremos y de los pueblos del llano, dos o tres leguas a la redonda, esas gentes que, cuando nos visitó Edmundo de Amicis³⁶, no se habían enterado de la llegada de Amadeo, y ahora quizá no sepan que se ha muerto Alfonso XII, caían sobre la ciudad pidiendo pan y tomando todo lo que encontraban. Todos armados: los unos con estacas, con tijeras de esquila, con hoces, hachas, rejonos, paletas de atizar la fragua, martillos, almocafrones, piquetas, calderas, sartenes, badilas y almireces, instrumentos de guerra y música; los otros, los peores, los de las armas más peligrosas, embozados en sus capotes, prendas de abrigo que en Granada son armas de combate, por lo mismo que no se va a matar, sino a recoger. A recoger digo, y no a robar, aunque esto parecería^a lo propio, porque el pueblo amotinado, al suprimir el principio de autoridad, cree de buena fe

^a A: “parecía”.

36. Edmondo de Amicis (1846-1908): escritor italiano autor de libros de viajes que le hicieron muy conocido en toda Europa. Recorrió España acompañando a Amadeo de Saboya. Su libro sobre nuestro país se publicó en 1873.

que funda un estado de derecho –estado fugaz, pero estado al fin– en el que todas las cosas se convierten en cosas *nullius*, como si volviéramos al sistema hebreo del año sabático. En tal situación todos recogen lo que pueden y los de los capotes son los que recogen más.

Este género de revolución^a, ¿ha desaparecido para siempre? Por lo pronto, bueno será ser prudentes y no reforzar más las hordas extranjeras; no creemos alrededor de Granada un círculo cerrado de miseria que algún día nos ahogue. El amor al pan sigue en pie, quizá más desordenado que nunca, y mientras la causa subsista no hay que cantar victoria.

^a G: “revoluciones”.

VI

NUESTRO CARÁCTER

Para que se vea lo que son las cosas de esta vida y cómo en ella lo chico está fundido y compenetrado con lo grande; una cuestión tan prosaica como la del alcantarillado me llevó a descubrir un rasgo típico nuestro, la devoción al agua; y un tema tan manoseado como el de los ensanches, me condujo a hablar de otro rasgo no menos granadino: el amor al pan; y el uno y el otro me llevan como de la mano al centro de nuestras almas, donde se encuentra el eje de nuestra vida secular y el secreto de nuestra historia. Un pueblo que concentra todo su entusiasmo en el pan y en el agua, debe de ser un pueblo de ayunantes, de ascetas, de místicos. Y así es, en efecto, lo místico es lo español y los granadinos somos los más místicos de^a todos los españoles, por nuestro abolengo cristiano y más aún por nuestro abolengo arábigo³⁷.

España fue cristiana quizá antes de Cristo, como lo

^a D añade “entre”.

37. El desarrollo de estas ideas sobre el carácter del pueblo español, y el sentido de su historia, se encuentra en el *Idearium español*, publicado en 1897, que el mismo autor consideraba como obra complementaria de *Granada la bella*.

atestigua nuestro gran Séneca³⁸. El cristianismo nos vino como anillo al dedo y nos tomó para no dejarnos jamás; después de muchos siglos hay aún en España cristianos primitivos y la mendicidad continúa siendo un modo permanente de vivir, una profesión de las más seguidas. Si la mitad de nuestra nación fuese muy rica y pudiese dar mucho, la otra mitad se dedicaría a pedir limosna. Así, en aquélla época de ventura en que nos venía “oro de América”, España fue simbolizada por un paisano nuestro, Hurtado de Mendoza, en dos tipos sorprendentes del *Lazarillo de Tormes*: el Lazarillo es la mendicidad plebeya y desvergonzada; y aquel hidalgo que se enorgullece del fino temple de su espada y de sus solares imaginados, que sueña grandezas y se nutre –como en broma– de los mendrugos que recoge su criado, es la noble mendicidad. Yo veo en esas creaciones los gérmenes de otras^a dos figuras más grandes, las mayores del arte patrio: Don Quijote y Sancho Panza.

Pero el cristianismo, al españolizarse, al tomar carta de naturaleza en nuestro suelo, quedó sometido a nuestros vaivenes históricos, y de su lucha con el árabe salió aún más acrisolado, más puro. En los países del norte degeneró en la concepción fría, razonada, seca, protestante: influencias del clima. En el sur, se adornó

^a A, V suprimen “los gérmenes de otras”.

38. Todos los biógrafos de Ganivet han destacado siempre la importancia de Séneca, junto con la concepción del misticismo, en el pensamiento del autor granadino; en *Granada la bella*, es en el capítulo VI donde más se deja notar esta influencia filosófica.

con las pompas brillantes de una liturgia deslumbradora; y en España, además de esto, se remontó hacia su verdadero centro: el misticismo. Y esto, parecerá atrevida la afirmación, se lo debemos a los árabes. Porque el misticismo no es más que la sensualidad refrenada por la virtud y por la miseria. Dadme un hombre sensual, apasionado, vicioso y corrompido; infundámosle el sentimiento doloroso, cristiano, de la vida, de tal suerte que la tome en desprecio y se aparte de ella: he aquí al místico hecho y derecho; no el místico de cartón que el vulgo concibe, sino el de carne y hueso, el que llega a genio y a santo. La gran fe acompaña a las grandes pasiones, y muchos grandes místicos han salido de jóvenes desordenados y calaveras. La rociada de sensualismo que los africanos arrojaron sobre España fue la primera materia que, como abejas, transformamos en misticismo con nuestro espíritu cristiano. Compárese con este delicadísimo trabajo de asimilación la copia grosera de cosas extrañas con que nos adornamos hoy, como se adornaba con sus reliquias el asno de la fábula.

Nuestro misticismo tiene tan hondas raíces que no damos paso en la vida sin que nos acompañe: cuantas particularidades nos caracterizan, arrancan de él; nuestras ideas sobre la familia, sobre las relaciones sociales, sobre la política y administración, sobre industria y comercio, se fundan en él. Se dice que somos refractarios a la asociación, y de hecho cuantas sociedades fundamos naufragan al poco tiempo y, sin embargo, somos el país de las comunidades religiosas. ¿Cómo explicar esta contradicción? Fijándonos en que esas

comunidades se proponen ligar a los hombres para libertarles de la esclavitud de la necesidad material. La asociación es el medio de ser libres y el capital el instrumento de la libertad. Ante el ideal la jerarquía es menos opresora; la autoridad no es pesada para el que se somete con humildad. Pero si la asociación es fundada con fines utilitarios, para conciliar encontrados apetitos, y los bienes materiales no son ya el medio, sino el centro de gravedad, el imán que atrae todas las miradas, notamos enseguida el roce del mecanismo autoritario, nuestro espíritu independiente se subleva y cada cual tira por su lado. Comprendemos y practicamos la comunidad de bienes con un fin ideal, pero no sabemos asociar capitales para hacerlos prosperar. Nos rebelamos contra toda autoridad y organización, y luego, voluntariamente, nos despojamos de nuestra personalidad civil y aceptamos la más dura esclavitud.

Voy a citar un hecho que patentiza cómo las sociedades que nosotros formamos con algún objeto útil se disuelven por asco recíproco de sus miembros. Estando yo en Madrid fue fundada una asociación de doctores y licenciados en filosofía y letras —una de tantas, pues han sido muchas— para defender los intereses de nuestra respetable clase, y con la secreta aspiración de dar el asalto al presupuesto por la puerta falsa para mayor comodidad. Aquellos hombres no eran cabezas ni corazones, eran bocas y estómagos; allí no había ideas, sino apetitos. Los que más alto pensaban, pensaban asegurar un sueldo de seis u ocho mil reales para contraer justas —y rápidas— nupcias. Aquella asociación duró una semana, porque quiso el azar que fuese

yo el designado para presidirla, y me di tal maña para disolverla que a los pocos días no quedaban ni los rabos. ¿Hay algo^a más triste que una reunión de sabios, impotentes para ganarse el sustento?

Hace algunos años se avivó en Granada la comezón de los negocios —que en tiempos normales no pasan de la categoría de fantásticas combinaciones—, y se llegó a dar vida a algunos de ellos. Nuestra tendencia constante es montarlos en pequeña escala para asegurar el pan de cada día, y esa tendencia quizá es la mejor, porque así, mal que bien, se deja hueco para que todos vivan; pero como no es posible que nos mantengamos aislados; como hay que hacer frente a la competencia de fuera, las empresas han de subir de punto, hay que “obrar en grande”, hay que salir de la rutina. Y, sin embargo, es tan insuperable la fuerza con que nuestro carácter rige todos nuestros propósitos que, en lo nuevo como en lo viejo, somos siempre los mismos^b. Antes hacíamos las cosas en pequeño y con ánimo de que duraran; ahora las hacemos en grande “para dar un buen golpe” y “endosarle a otro el muerto”. No concebiremos jamás el negocio en serio, a la manera inglesa, y cuanto hagamos será transitorio, de aluvión. Nuestra fuerza está en nuestro ideal con nuestra pobreza, no en la riqueza sin ideales. Hoy que los ideales andan dando tumbos, nos agarramos al negocio para agarrarnos a alguna parte; pero nuestro instinto nos

^a A, V: “cosa”.

^b A: “lo mismo”.

tira de los pies, y así “vamos naufragando”. Curiosa manera de ir.

¿Es que nos falta aptitud para la explotación de la riqueza? ¿Es que nos falta capacidad para el cultivo de las ciencias aplicadas? No nos falta; nos sobra, que viene a ser lo mismo que si nos faltara. No existe ciencia española, dice alguna eminencia oficial³⁹. Tenemos sabios sueltos, pero no hemos podido formar un cuerpo de doctrina. Por lo cual somos tributarios del extranjero en todos aquellos ramos que derivan de las ciencias de aplicación. No hemos inventado ninguna máquina notable, ni hemos tropezado con ningún astro nuevo, ni siquiera hemos descubierto ningún importante microbio, o al menos el virus para acabar con él. Es verdad; pero hemos tenido fe y valor, hemos descubierto y conquistado tierras, hemos peleado en todas las partes del globo; y para reposarnos en la paz hemos creado la alta sabiduría mística, y para distraernos un arte de elevada concepción, y para enardecernos las corridas de toros. Quien una vez se remontó a las regiones ideales, ¿cómo queréis que se entretenga después en examinar y clasificar las circunvoluciones del cerebro? Al que la sangre le pide pelea, ¿cómo le exigiréis el sacrificio de pasar las horas muertas mirando por un telescopio los cambios que ocurren en las man-

39. La polémica sobre la ciencia española, en tanto que parte de la discusión intelectual sobre el problema del *ser español*, había alcanzado toda su intensidad a finales del siglo XIX tras las formulaciones del joven Marcelino Menéndez Pelayo, en 1876, en respuesta a las afirmaciones de Gumersindo de Azcárate.

chas solares? Existe una ciencia española, precisamente porque no es como las demás. Nuestra ciencia está en nuestra mística hasta tal punto que cuando algún sabio español, como Servet o Raimundo Lulio⁴⁰, ha hecho un descubrimiento, lo^a ha hecho incidentalmente en una obra de discusión teológica o filosófica, porque nuestra naturaleza repugnó siempre la ciencia de segundo orden, que ahora ha venido a ocupar el primer lugar. Hoy mismo creo yo que los hombres de ciencia que en España la cultivan con un^b criterio moderno, lo hacen a disgusto, por punto de honor, cansados ya de ser desconocidos o menospreciados, siendo, como es, tan fácil conseguir nombradía con sólo tomar los rumbos que están a la moda. Pero quizá muchos de ellos emplean los nuevos procedimientos para engañar al público, y continúan pensando con su cabeza todo eso que después nos ofrecen como descubierto tras experimentos prolijos. Hay que precaverse contra ese y otros engaños. Yo he asistido a algunos congresos internacionales, y lo celebro, porque así podré dar un consejo a mis lectores: no crean en los progresos que se dice

^a A, V: "le".

^b A, V suprimen "un".

40. Miguel Servet (1511-1553), científico y teólogo español; describió la circulación pulmonar de la sangre en una de sus obras teológicas (*Christianismi Restitutio*, 1553). En su pensamiento se intenta conciliar la teología cristiana y el misticismo panteísta. Considerado heresiarca, su enfrentamiento con Calvino le llevó a la hoguera en 1553.

Ramon Llull (1235-1315), escritor, filósofo y misionero mallorquín autor del *Ars magna*. En su amplísima obra literaria y filosófica, de fuerte inspiración mística, se intenta demostrar que la fe y la razón son complementarias.

han de traer esos órganos de la ciencia. De cuatro sesiones que celebre un congreso, la primera se dedica a pelear por los puestos de las mesas. Yo he oído a un congresista español lamentarse de que a España, es decir, a él, no le hubiesen dado más representación que una cuarta secretaría; y lo digo para que conste que hay ya españoles que se descuernan por ser secretarios cuartos de una mesa. La segunda sesión se dedica a distribuirse el trabajo. La tercera a discutir el lugar donde se ha de celebrar la próxima reunión del congreso. Por fin, en la cuarta se habla algo del asunto; pero resulta que la mitad de los congresistas no saben nada de la materia y han tomado la reunión como pretexto para viajar de balde, y que la otra mitad se expresa en varias lenguas, pues no todos aceptan el francés, y no pueden entenderse; por lo cual se decide que el conocimiento del asunto quede pendiente hasta tanto que los trabajos sean impresos. Y como no se da el caso de que nadie los lea después, resulta, en resumidas cuentas, una pérdida considerable de tiempo y de dinero, que podrían ser mejor empleados.

Para entretener mis ocios estoy escribiendo un libro que trata de algo parecido a esto de que ahora hablo: de la constitución ideal de la raza española⁴¹. Al componerlo podría haber empleado el sistema moderno: me hubiera dirigido a todos y cada uno de los españo-

41. Ganivet hace mención expresa de la obra que estaba redactando, que no es otra que el *Idearium español*.

les, les hubiera tomado las medidas, los hubiera clasificado, como se clasifica a los criminales según Bertillon⁴², y hubiera deducido el tipo medio de nuestra raza. Algo me hubiera facilitado el trabajo dirigir una circular a todos los sastres y sombrereros de España, pidiéndoles las medidas de sus clientes. Después hubiera compuesto un formidable volumen, que nadie hubiera leído, pero que, como justa compensación, quizá fuera traducido a una o varias lenguas, y me abriera las puertas de alguna Academia. Yo renuncio tanto honor y empleo los viejos recursos: viajo por todas partes y pongo en ejercicio a la buena de Dios mis cinco sentidos. Ver, oír, oler, gustar y aun palpar, esto es, vivir, es mi exclusivo procedimiento; después esas sensaciones se arreglan entre sí ellas solas, y de ellas salen las ideas; luego con esas ideas compongo un libro pequeño que, sin gran molestia, puedan leer una docena de amigos; y de ahí no pasa la cosa.

En buen hora que se estudie y enseñe cuanto las necesidades vayan^a exigiendo. Necesitamos maquinistas, electricistas, obreros mecánicos; créense escuelas, y tengamos todos aquellos órganos útiles para la vida colectiva; pero que el organismo principal, con su viejo carácter, quede en pie; que la introducción de

^a D: “van”.

42. Alfonso Bertillon (1853-1914), médico francés que desarrolló el sistema que lleva su nombre para la identificación y clasificación de criminales, basado en la antropometría. El sistema Bertillon, dado a conocer en 1880, y muy pronto utilizado en muchos países, se adoptó en España en 1896.

una cosa nueva no lleve consigo la destrucción de una vieja. No hay que destruir nada; lo que no sirve ya se cae sin que le empujen. En España se han creado cátedras de gimnasia a expensas del latín; pronto se crearán escuelas de telefonistas a expensas de la Facultad de Filosofía. Si un maquinista llega a descubrir una nueva válvula de seguridad, cerramos la mitad de las universidades; y si cualquier desocupado por casualidad —que de otro modo no puede ser— descubre la dirección de los globos, nos dedicamos todos a volatineros, creamos una Escuela de Aeronautas en el Monasterio de El Escorial y escribimos de una vez el *Finis Hispaniae*.

VII

NUESTRO ARTE

Una cosa es tener artistas y otra tener arte. En Granada suele creerse, con la mejor intención, que son artistas granadinos cuantos artistas han nacido en nuestra ciudad o en su provincia. Una partida de nacimiento resuelve de plano la cuestión. Al contribuir una ciudad al desarrollo artístico de la nación de que forma parte hay, sin embargo, que ver si lo que da son hombres o artistas, porque hombres en todas partes se crían, mientras que entendimientos modelados ya y con el temple necesario para las altas concepciones, salen de muy pocas. La ciudad tiene funciones políticas y administrativas que todo el mundo conoce; pero tiene también otra misión, más importante porque toca a lo ideal, que es la de iniciar a sus hombres en el secreto de su propio espíritu, si es que tiene espíritu. Cuando yo hablo, pues, de arte granadino, no es para oponerlo ridículamente al arte español, ni para separarlo siquiera, sino para señalar el matiz que en éste representamos y para fijar mejor el carácter de nuestra ciudad. No tengo fe en un arte exclusivamente local, ni tampoco en los artistas que se forman en el aire. Un hombre, hasta cierto tiempo, necesita nutrirse “en su tierra” como las plantas; pero después no debe encerrarse en la

contemplación de la vida local, porque entonces cuanto cree quedará aprisionado en un círculo tan estrecho como su contemplación.

No es esto decir que un arte demasiado general y un arte exclusivamente local sean inútiles: inútil no hay nada en el mundo. El arte local sirve para formar núcleos: muchos grandes no serían grandes sin el calor que les prestaron los pequeños; si algún artista genial quisiera iniciarnos con franqueza en el misterio de la evolución de su espíritu, sabríamos que el primer arranque, la primera llamarada, los sintió viendo un cuadro, leyendo una poesía, oyendo una composición musical, que eran muy malos en el fondo o muy pobres por^a la forma, pero que contenían eso que yo he llamado el espíritu de una ciudad o de un país. Después de todo, nuestro espíritu es muy pequeño, y solos no podríamos casi nada. ¿Quién sabe si los genios no son más que grandes “ladrones de espíritu”, seres afortunados que por azar se han puesto en un sitio donde soplaban el alma invisible, y han servido de conductores de las corrientes espirituales que brotaban de ese alma, que es el alma común de los humildes? Así hay también genios de la guerra a costa de la sangre de los que pelean, y hombres cargados de millones a costa del sudor de los que trabajan.

Por el contrario, un arte demasiado general, esto es, un arte abstracto, de gabinete, formado entre libros y modelos, es un regulador sin el cual se caería bien

^a D: “en”.

pronto en el amaneramiento. Entre esas dos fuerzas, la una que empuja hacia arriba y la otra que abate los ánimos del que intenta ser demasiado original, queda espacio bastante para que los más grandes hombres se muevan con soltura; y si alguno es tan fuerte que rompe y agranda los moldes, tanto mejor.

Más bien que de arte, de lo que yo trato aquí es de tendencias artísticas. Ni es fácil ni viene a cuento sintetizar la historia de nuestro arte: para eso están los libros; pero es importante conocer cuál, entre varias direcciones, es la mejor, para economizar fuerzas. Así, por ejemplo, hemos tenido nuestro grupo de clásicos y nuestro grupo de románticos, y no falta quien haya creído estar en lo firme cultivando la poesía oriental. Entre esos tanteos se ha perdido gran parte de nuestra energía, sin llegar a nada grande y definitivo. Los que siguieron las corrientes venidas de fuera, tuvieron que violentar su natural para adaptarse; y los que se remontaron al orientalismo, en vez de dar un paso adelante dieron un salto atrás. Los que, afanosos de originalidad, se rebelan contra el espíritu que en su tiempo y en su medio domina, se cortan a sí mismos las alas, por lo ya dicho de que lo mejor no lo hacemos nosotros, sino que lo encontramos hecho ya.

El arte oriental no puede ser granadino, porque nosotros no somos orientales; lo arábigo se hizo místico, y un arte exclusivamente descriptivo, sensual, por muy brillante y suntuoso que sea, no nos satisface. El artista español que por su temperamento se acercó más a lo arábigo y sufrió con más intensidad la influencia

de nuestro ambiente, Fortuny⁴³, no se limitó a recoger formas exteriores, sino que las vivificó con un fondo psicológico que él con su arte personal les infundía. Zorrilla fue más lejos, y en su poema oriental de *Granada* concibió la estupenda idea, no realizada del todo, de la metamorfosis de Alhamar⁴⁴. A los que no ven en el gran poema más que un alarde de fantasía al modo árabe, les ruego que se fijen en el “pensamiento oculto” del poeta. A primera vista, resalta el intento de fundir en una sola las dos epopeyas cristiana y africana, y más adentro se encuentra la labor de fusión metafísica y religiosa de los tenaces y esforzados caballeros que tan bravamente lucharon siglo tras siglo. Y si llegamos a nuestro gran Alarcón, que ya no es un artista influido por nosotros, sino formado entre nosotros desde los pies hasta la cabeza, vemos en él creados por su esfuerzo personal exclusivo, los mismos modelos de lo que debe ser nuestro arte: *El sombrero de tres picos* es un estudio psicológico bordado en un cuadro de la naturaleza, y *La Alpujarra* es un poema natural y religioso, que será una epopeya en prosa cuando los

43. Mariano Fortuny (1838-1874), pintor español que había residido en Granada en 1870-71 realizando varios cuadros de la Alhambra. Desde su viaje a Marruecos en 1866 su obra se decantó hacia una fórmula de orientalismo colorista de notable factura que le permitió alcanzar un gran éxito en Europa, de la mano del marchante Goupil.

44. José Zorrilla y Moral (1817-1893), poeta y autor teatral cuyas obras, de fuerte inspiración romántica y nacionalista, le hicieron muy popular en su tiempo, hasta el extremo de llegar a ser coronado como *poeta nacional* en 1893, en el palacio de Carlos V de la Alhambra. Varias de sus obras tienen como tema central la recreación romántica de la historia de Granada.

españoles olviden escribir el castellano, esto es, muy pronto⁴⁵.

El mismo punto de vista nos descubre la diferencia que existe entre el arte granadino y nuestro arte general, el matiz que lo distingue dentro^a del arte español. El arte español es místico en sus inspiraciones más altas, y aun en aquellas formas del arte que menos se prestan al misticismo ha hallado medio de subir hasta él: en las cartas familiares, en el teatro —donde hay géneros puramente místicos, como los autos sacramentales—, en la novela. De la música, de la pintura, de la arquitectura, no hay siquiera que hablar; pero mientras ese misticismo es de ordinario seco, adusto, a veces abstruso y árido, excesivamente doctrinal, en nuestros escritores toma cierto aire de frescor y lozanía que lo rejuvenece. La entonación didáctica se la sustituye por la^b entonación oratoria; la cita de textos por el rasgo imaginativo, y la frase austera por el concepto vivo, apasionado, lleno de bravura, de que hay tantos ejemplos en nuestro padre Granada⁴⁶.

^a D suprime “dentro”.

^b A suprime “la”.

45. Pedro Antonio de Alarcón y Ariza (1833-1891), escritor granadino que en su juventud participó en las luchas por las reformas de inspiración liberal, evolucionando posteriormente hacia posiciones más conservadoras. Su obra literaria destaca por el realismo costumbrista y el efecto moralizador que persigue.

46. Fray Luis de Granada (1504-1588), destacado predicador y autor de obras que le valieron ser considerado como el primer ascético español. Entre sus libros destaca, por la calidad del lenguaje, la *Introducción al símbolo de la fe* (1583).

En nuestro arte propio hay siempre, pues, una idea mística en un cuadro de la naturaleza, y esa idea mística unas veces está directamente expresada y otras se deja traslucir en un soplo de amor, que vivifica hasta lo más pequeño y despreciable. Porque el misticismo no es el éxtasis; es mucho más y mejor: arranca del desprecio de todas las cosas de la vida y concluye en el amor de todas las cosas de la vida; el desprecio nos levanta hasta encontrar un ideal que nos reposa, y con la luz del ideal hallado, vemos lo que antes era grande y odioso mucho más pequeño y más amable; por donde venimos a dar en el arte puro y universal que idealiza al héroe y al mendigo, al santo y al bandolero, a los caballeros andantes y a los Rinconetes y Cortadillos.

Si alguna duda quedara acerca de la realidad de este concepto de nuestro arte, se desvanecería ante el espectáculo de nuestras costumbres. ¿Dónde hay un pueblo que festeje a san Juan bañándose a las doce de la noche, a san Pedro pasando las pasaderas del río “con objeto de caerse”, a san Antón yendo a los olivares a comer la cabeza del cerdo y a san Miguel subiendo a un cerro a merendar? Todos los pueblos tienen sus fiestas propias, y yo he concurrido a algunas, como las *kermesses* de Flandes^a, que tienen gran relación con las fiestas^b de nuestro país; pero allí el campo es un accesorio, y las diversiones degeneran^c en orgías saturnalescas: falta

^a D: “flamencas”.

^b D suprime “fiestas”.

^c D: “degeneraron”.

verdura y sobra sensualidad. Nosotros, para distraernos, necesitamos ante todo un santo y un olivo. Ved a ese hombre que a la puerta de un ventorrillo, al calor de una “maceta”⁴⁷, disparata contra Dios y los hombres y dice no creer en la camisa que lleva puesta: es probable que al entrar en la población, al pasar por las Angustias, entre en el templo a hacerle su visita a la “abuela”⁴⁸. No digamos que es un majadero, porque entonces nos insultaríamos a nosotros mismos. El poeta Zorrilla era “hombre de ideas avanzadas”, y fue nuestro cantor tradicional; Alarcón era un escéptico, y escribió como un creyente. Si se les hubiera preguntado por qué esta contradicción entre sus ideas y sus obras, hubieran dicho: –Nuestras ideas son negativas y no sirven para el arte, que es cosa de crear, no de destruir; si escribimos con^a nuestras ideas, compondremos folletos de propaganda, no obras de arte. Y además, cuando pensamos, pensamos con nuestra cabeza, mientras que cuando creamos, creamos con todo nuestro ser y nos sale lo que está en nuestra sangre. Hay algo que está por encima de las fuerzas humanas. Contestación que, no por ser inventada, deja de ser digna de que la tengan presente los audaces de nuestro tiempo.

La decadencia de nuestro arte local tiene su origen en la falta de equilibrio de esas dos fuerzas que lo sos-

^a D suprime “con”.

47. *Maceta*: fig. vaso grande para vino. Es granadinismo, según recoge el *Diccionario de uso del español* de María Moliner.

48. Alusión a la virgen de Nuestra Señora de las Angustias, patrona de Granada.

tienen: debilitadas las ideas, el “color local” se insubordina y creamos sólo obras para andar por casa. Nos sucede lo que a los toreros nuevos: mucho corazón para acercarse a las astas del toro, pero falta de maestría para salir de las suertes. Cuando lo esencial del arte no es entrar, sino salir con seguridad y elegancia. Y no se crea que hablo de aquellos artistas que, por cariño a su ciudad o por modestia, se conforman con ser artistas locales. Muchos artistas jóvenes de la región andaluza, algunos granadinos, han hecho sus primeras y aun segundas armas en Madrid: pintores, escritores, músicos. Y ninguno, a pesar de haberlos de méritos excepcionales, ha logrado imponerse todavía. Los críticos –los contados críticos que tenemos– y el espíritu crítico que no se ve, rechazan con razón un arte que tiene en lugar de alma resplandores de luz, y en vez de corazón, vejigas de sangre, y en el sitio donde están las ideas, manchas borrosas donde bailotea algo que aún no ha sido posible descifrar.

VIII

¿QUÉ SOMOS?

Somos lo que todos saben, lo que es todo en España: una interinidad. Pero hay mil modos de entender lo que es esta interinidad.

Los que tenemos la desgracia de hacer poco caso de la estadística, nos vemos obligados a recurrir a menudo a las pruebas psicológicas. Y entre varias, voy a sacar algunas para que se comprenda cómo entiendo yo eso de la interinidad. Cuando ocurre ir por los barrios bajos de Madrid y pasar por delante de alguno de los pocos palacios señoriales que allí quedan, y se nota que todo está cerrado, como si nadie lo habitara, se piensa que en aquel palacio ha ocurrido una desgracia o que sus dueños están ausentes. Si después se va a la Castellana y se pasa por delante de un gran hotel, que también está cerrado y deshabitado, se piensa que aquella casa se alquila, y hasta se desea tener dinero para alquilarla.

Si se pregunta a un obrero de la ciudad qué opinión tiene sobre los hombres y cosas de España; sobre partidos, grupos y banderías, contesta invariablemente que todos son lo mismo, y todos creen que es un escéptico, que está desengañado. ¡Grave error! Es que no se ha enterado todavía. Lo de los malos gobiernos es una vulgaridad cómoda para salir del paso. En todas

partes hay buenos y malos gobiernos, y en nuestra patria no están los peores. Si se hace la misma pregunta a un trabajador del campo, éste no contesta nada, y aquí ya se piensa que es que no se ha enterado de lo que pasa; pero tampoco esto es exacto: la verdad rigurosa es que ni se ha enterado ni quiere enterarse. Si os tomáis la molestia de leer en los ojos del campesino, veréis en ellos la soberbia frase del cínico Diógenes al emperador Alejandro: –Apártate, que me dé el sol⁴⁹.

Y es que el pueblo oye decir que hay constituciones y leyes, que no ha leído porque tiene la singular fortuna de no saber leer, y oye también decir que en esas constituciones y leyes se le han garantizado todos los derechos inherentes a la vida de los hombres libres, y después ve que en cuanto ocurre “algo gordo” se suspenden todas esas garantías, y dice: –¡Hola! ¿Conque todo eso no sirve más que cuando no sirve para nada? Sabe el pueblo que existe un parlamento, y ve que cuando llega un momento crítico se cierra ese parlamento para desembarazar la acción del poder ejecutivo, y dice: –¿Conque eso no sirve más que para las cosas menudas? Y continúa arraigada en el pueblo la convicción de que si llegamos a vernos enfrente de un

49. Diógenes de Sínope (ca. 413-327 a.C), filósofo griego de la escuela cínica, sostenía que para alcanzar la verdadera felicidad no eran necesarias las ciencias ni las convenciones sociales. Ganivet alude al célebre episodio de su encuentro con Alejandro Magno, cuando éste le dice que le pida cualquier cosa que desee, que él se la proporcionará, y Diógenes se limita a pedir que se aparte para que pueda recibir los rayos del sol.

verdadero peligro, habrá que derribarlo todo como una decoración de teatro y quedarnos “en pelo” como nos quedamos en 1808. Ese es el sentimiento popular y esa es la parte flaca de nuestro sistema político, no la torpeza de los gobiernos que, en justicia, proceden lealmente al suplir con su acción –que pudiera ser mucho más arbitraria– la inacción popular. Estamos en plena indigestión de leyes nuevas y, por lo tanto, el mayor absurdo que cabe concebir es dar nuevas leyes y traer nuevos cambios; para salir de nuestra interinidad necesitaríamos un siglo o dos de reposo, no nuevas y caprichosas orientaciones. Algunos creen que se resolvería el problema extendiendo la instrucción, porque se figuran que las leyes se aprenden leyendo: así las aprendemos los abogados para buscarnos^a la vida; pero el pueblo debe aprenderlas, sin leerlas, practicándolas y amándolas.

Hasta aquí la prueba psicológica. Sé que los que no estén conformes con la deducción, dirán que estos razonamientos son caprichosos, que les falta “base estadística”, como si todos no estuviéramos en el secreto de que con^b las estadísticas se demuestra lo que se quiere. Las observaciones menudas son las que descubren el alma de las naciones, porque en los grandes hechos rigen leyes que son aplicables a todos. Nada más difícil que conocer a un hombre viéndole trabajar en su oficio: los que ejercen la medicina o la

^a A, V: “ganarnos”.

^b A: “en”.

abogacía, los que se dedican a afeitarse o a hacer zapatos, tienen entre sí un aire particular que da la profesión y parecen^a iguales a primera vista; hay que estudiarlos en sus ratos de ocio. De dos médicos, el uno los entretiene jugando con sus hijos y el otro tocando el violín; de dos abogados, el uno redactando un nuevo Código civil y el otro haciendo juegos de prestidigitación; de dos zapateros, el uno leyendo periódicos exaltados y el otro emborrachándose; de dos barberos, el uno pegando a su mujer y el otro cuidando de sus canarios.

Cuando se nota con más vigor la fuerza del hecho pequeño, característico, como revelador de lo íntimo de las grandes cosas, es cuando mediante él se confirma un concepto ya admitido y demostrado. Inglaterra es una nación fuerte, rica, animada por un sentimiento de lo útil, tan universal como en Grecia lo fue el sentimiento de lo bello; es la nación del negocio serio, grande y solemne. Este juicio lo comprobáis al minuto de estar en Londres: ved a ese carnicero que gravemente corta los tajos de carne, puesto de sombrero de copa alta. Aquí la carne es cuestión de estado. Ved ese palacio cuya portada parece^b la de un templo griego; no penséis que es un museo o un tribunal: es la casa de un negociante en guanos artificiales.

Alemania es un imperio políticamente constituido, que aspira a su constitución interna, a la fusión de lo

^a A: "aparecen".

^b D: "se parece a".

que todavía no está más que yuxtapuesto, soldado. Y esto se nota al llegar a Berlín en mil rasgos de la vida común, el primero la adoración del káiser. En todas las tiendas grandes, pequeñas y más chicas, en los escaparates, entre tejidos, pieles, sombreros, drogas, botellas, pelucas o legumbres, surge indefectible, irremediable, el busto del emperador. ¿Es que este pueblo de románticos se ha convertido en un pueblo de aduladores del poder? No. Es que necesita un símbolo. Pasarán algunos años, y cuando ese pueblo se reconozca unido y fundido espiritualmente, el símbolo desaparecerá.

Rusia es un imperio embrionario, donde existe una clase directora que piensa y gobierna, y un pueblo que políticamente no cuenta para nada: los unos muy altos, quizá demasiado altos; los otros casi al ras del suelo; muchos eran siervos hace poco. Basta llegar a la frontera rusa para ver todo esto en un rasgo insignificante. En todas las aduanas hay un funcionario que en pocos minutos pasa revista a los equipajes; allí hay jefes que arrastran sus largos abrigos con majestad imperial y que van y vienen hora tras hora de un lado para otro; y junto a ellos los mozos, los *muyiques*^a, con su vestimenta medio femenina, que desatan y revuelven los equipajes, que se os ríen en las barbas sin motivo, que se limpian las narices con los dedos y los dedos en la pechera, sin hacerse antipáticos, porque se descubre en ellos un gran aire de candor que desde luego los reve-

^a D: “muyés”.

la como lo que son: como los hombres más sencillos^a, honrados y noblejones que hay en Europa.

Pero volviendo al punto de partida, a la interinidad y al siglo o los dos siglos de reposo legislativo que hacen falta para concluir con ella, completaré mi pensamiento afirmando que ese estado de calma no significa para mí inacción, sino principio de un combate empeñado y enérgico en defensa de las libertades municipales⁵⁰. Cuando en España se hundió el poder absoluto, debió tenerse presente que el poder real no se hizo absoluto por medio de un golpe de estado, suprimiendo de una plumada una constitución, sino que se hizo absoluto por^b la abolición sucesiva del régimen foral. Y lo legítimo era volver a las libertades municipales; algo más reales, tangibles y corpóreas que las libertades consignadas en las constituciones. No se hizo así y al reaparecer después la idea, ya no fue libertad comunal, fue federalismo; ya no fue régimen vario sino régimen simétrico. ¡Funesta simetría que todo lo ha invadido, desde el trazado de las calles hasta el trazado de las leyes!

La lucha por la libertad municipal tiene su sitio marcado: la ciudad misma, donde se aspira a esa liber-

^a G suprime “sencillos”.

^b A: “para”.

50. Ganivet, en su deseo de restablecer la ciudad como ideal de cultura, termina reflexionando sobre la importancia del régimen administrativo y político que permita a aquellas ser *libres*. De aquí sus opiniones a favor del régimen foral, lo que hizo que años más tarde su pensamiento político fuera considerado muy próximo al tradicionalismo carlista.

tad. Para explotar una mina no se echan discursos en ningún parlamento: hay que cavar hondo allí donde está el filón^a. Si una ley general concediera la autonomía a todos los municipios, muchos de ellos, por su ineptitud, desacreditarían el sistema y caeríamos en errores pasados. Así pues, la ciudad que pretenda vivir su vida propia, gozar de la libertad de sus movimientos, debe esforzarse por ser de hecho tal como desea ser considerada por las leyes. Hoy no es concebible que nuestras Cortes dieran leyes de excepción en favor de las ciudades que fuesen dignas de administrarse a sí mismas, pero es porque apenas existe alguna de esas ciudades; si hubiese muchas, la realidad se haría ver aun de los más ciegos. No hace mucho, España entera se ha inclinado ante una sola provincia representada a la antigua usanza. El gobierno atendió a Navarra, mientras a los demás no nos hacía caso, y el gobierno llevaba razón. Un niño no es un hombre⁵¹.

Para mí la clave de nuestra política debe de^b ser el ennoblecimiento de nuestra ciudad⁵². No hay nación seria donde no hay ciudades fuertes. Si queremos ser patriotas, no nos mezclemos mucho en los asuntos de

^a D: “pilón”.

^b A suprime “de”.

51. Ganivet alude a la aprobación del Código Civil, en 1889, que suponía el reconocimiento de los derechos forales en Navarra. La llamada *cuestión foral* había dado lugar a numerosos conflictos políticos y económicos a lo largo del siglo, retrasando la aprobación del Código Civil.

52. En afirmaciones como esta podemos encontrar la diferente concepción que Ganivet tiene sobre la ciudad y el medio rural, con respecto a otros escritores de su tiempo como Unamuno, Valle-Inclán, Azorín, Baroja o Maeztu.

política general. Aquella ciudad que realice un acto vigoroso, espontáneo, original; que la muestre como centro de ideas y de hombres que en la estrechez de la vida comunal obran como hombres de estado, tenga entendido que presta a su nación^a un servicio más grande y duradero que si enviara al parlamento una docena de Justinianos y otra docena de Cicerones. Acaso pequeyo de iluso en esta materia; pero he vivido en antiguas ciudades libres, que hoy conservan aún gran parte de su libertad, y me enamora su plenitud de fuerzas, su concepción familiar de todo cuanto está dentro de los muros, como si éstos fueran los de una sola casa, la fe y confianza del ciudadano en su ciudad. Granada puede acometer empresas que, además de ser en bien de todos, sean productivas; pero ¿qué ha de hacer más que implorar al gobierno, si carece de recursos? Si se dirigiera a sus mismos habitantes, ¿a quién inspiraría confianza? Poca se tiene en el estado; pero en la ciudad, ninguna. En cambio, hay muchas ciudades libres donde es un peligro el exceso de confianza. El ciudadano tiene fe en la nación; pero mucha más en su ciudad, porque a ésta no pueden desmembrarla. Cuando tiene ahorros los entrega antes al municipio que al estado, sin ventaja ninguna para sus intereses, sólo porque así le parece que todo queda dentro de casa. Hay divisiones y luchas, pero son siempre como certámenes para ver quién lo hace mejor; nuestros combates son riñas de gallos en que se va a ver quién hace más daño a quién.

^a A, V suprimen “a su nación”.

Si Granada consagrara^a todas sus fuerzas a la restauración de la vida comunal, no sólo prestaría un servicio al país y obtendría bienes materiales, sino que al calor de esa nueva vida brotaría su renacimiento artístico. Una ciudad que tiene vida propia tiene arte propio, como lo tuvieron las ciudades de Grecia, Italia o los Países Bajos; y si nuestras municipalidades no conocieron un grado tal de florecimiento, fue porque España se constituyó en nacionalidad, mientras Italia y los Países Bajos continuaban en agrupaciones diversas, dominadas hoy por unos, mañana por otros, y siendo^b en realidad más libres que sus dominadores. El verdadero progreso político está en conservar las nacionalidades, y dentro de ellas las ciudades libres, como focos de fuerza material e ideal. Y luego los resultados no pararían ahí. Esas regiones que se pretende formar artificialmente con funciones políticas innecesarias se formarían de hecho cuando una ciudad ejerciera su natural atracción sobre otras que reconocieran voluntariamente su supremacía, y nuestra ciudad podría ser un gran centro intelectual ya que no conviene que sea un pequeño centro político.

^a A: "consagra".

^b D suprime "siendo".

IX

PARRAFADA FILOSÓFICA ANTE UNA ESTACIÓN DE FERROCARRIL

Cuando vemos pasar en larga formación muchos niños vestidos pobremente, con trajes de la misma tela y del mismo corte, iguales las gorritas, las corbatas y los zapatos, decimos: —Ahí van los niños del Hospicio. Cuando atravesamos España de norte a sur, desde San Sebastián a Granada, y vamos viendo una tras otra nuestras miserables estaciones de ferrocarril, cortadas todas por el mismo patrón, ocurre también decir: —¿Esto es una nación o un hospicio?⁵³ Y se nos presenta en su entera desnudez el desamparo de ideas en que vivimos.

Porque no cabe decir que eso nos ocurre por ser pobres, por habernos visto obligados a recurrir al capital extranjero, por haber tenido que aceptar esas estaciones tales como fueron ideadas en un gabinete de París o Londres, por un ingeniero o arquitecto a quien

53. La estación del ferrocarril de Granada se construyó en 1862. Su emplazamiento, alejado del centro urbano, creó la necesidad de mejorar su conexión con la ciudad mediante sucesivos proyectos que no llegaron a realizarse. Al finalizar el siglo fue uno de los factores determinantes del proyecto de la Gran Vía.

esta o aquella empresa encargó los planos de tantas a cinco mil pesetas, tantas a diez mil y tantas a veinte mil. Si tuviéramos buen gusto, no nos hubieran faltado medios para transformar esos engendros de la economía en algo que estuviese acorde con nuestro espíritu local. En Francia y en Bélgica, donde también cayeron en el mismo error por falta de sentido estético, hoy han cambiado de tal modo, que al construir o reedificar una estación, confían la obra a artistas de renombre, como si se tratara, más que de una obra de utilidad, de una obra de arte. Las estaciones de ferrocarril son la entrada forzosa de las ciudades y dan la primera impresión de ellas, y una primera impresión suele ser el núcleo alrededor del cual se agrupan las impresiones sucesivas. El viajero que llega a Granada y lo primero que descubre es una estación, como otras muchas que ha visto, sin la menor huella de nuestro carácter o de lo que él se figura que debe ser nuestro carácter, piensa en el acto que está en un pueblo donde por casualidad se encuentra la Alhambra; y como después en el interior no recibirá otras impresiones capaces de destruir esta primera, nos abandonará convencido de que somos pueblo por todos los cuatro costados. La diferencia entre pueblo y ciudad está precisamente en que la ciudad tiene espíritu, un espíritu que todo lo baña, lo modela y lo dignifica.

Los que estudian en nuestras universidades Literatura general y ven desfilar ante sus ojos los nombres de tantos^a autores alemanes como han ilustrado la

^a D: "todos o la mayor parte de los".

ciencia y el arte estéticos, desde que esta rama del saber formó un cuerpo de doctrina independiente, han pensado quizá que son demasiados tratadistas para un asunto de tan vago interés, en que a primera vista todo parece generalidad sin consistencia, discusión de carácter académico fuera de los usos corrientes de la vida.

Para salir de este error y para convencerse de que las ideas no sirven sólo para componer libros, sino también para transformar las cosas reales que vemos y tocamos, basta hacer un viaje por Alemania y ver sus admirables estaciones de ferrocarril. Cada estación es una obra de arte en su género, y encaja tan admirablemente en la ciudad en que está enclavada, que se diría haber sido construida hace siglos, cuando fundaron la ciudad. La idea de estas construcciones no ha salido de un cerebro solo, sino que es la obra común de una nación. Y mientras en otros países el ferrocarril es algo, aquí no es nada. ¿Qué valor ideal tiene un tren para que se lo considere como algo independiente del resto de las cosas, para que se lo mire como un elemento extraño en nuestras costumbres? Es un coche grande que anda deprisa; no tiene derecho a imponernos un nuevo tipo de arquitectura prosaica; debe someterse: si la ciudad es gótica, que la estación de ferrocarril sea gótica; y si es morisca, morisca⁵⁴.

54. Quien al finalizar el siglo XIX ha viajado bastante por Europa, como Ganivet, puede fácilmente advertir la importancia de las estaciones del ferrocarril como nuevos edificios monumentales. Fruto de la cultura arquitectónica del eclecticismo, es lo que observa Ganivet a propósito del *carácter* estilístico de las estaciones en países como Alemania o Bélgica, reclamando para Granada un edificio que responda al *espíritu artístico local*.

De las estaciones alemanas, las mejores son las más pequeñas, aquellas en que ha sido más fácil dominar los materiales de construcción; pero aun en las estaciones monumentales, como las de Colonia, Hannover o Berlín, en las que el hierro es el material dominante, hay siempre rasgos de buen gusto que las apartan de caer en lo exclusivamente utilitario. En el centro de Berlín, a dos pasos de la grandiosa y a la vez pintoresca avenida Unter den Linden, está la estación de Friedrichstrasse, que lejos de ser una mancha que desentone del conjunto, como suelen serlo muchas estaciones intraurbanas^a, es una “nota de color”, si se me permite emplear el modernismo. Entremos en una de las *stubes*⁵⁵ de la Cervecería de los Franciscanos —una galería larga y achata-da, con cristalería de colores—, y mientras pasan retemblando sobre nuestras cabezas un sinfín de trenes, tomemos un jarro de cerveza según las reglas del arte alemán, con la calma que inspira una decoración de viejo carácter. Nos invaden sentimientos conciliadores.

Ningún pueblo es más acreedor que el nuestro a que le doren la píldora, esto es, a que le doren el ferrocarril. Carecemos del genio mecánico y se nos hace muy cuesta arriba tragar los adelantos materiales. No se olvide que si hay muchos que piden ferrocarriles, porque ya no pueden pasar sin ellos teniéndolos los demás, hay aún algunos que se complacen en apedrear los trenes; y aunque a éstos les llamamos cafres, sabemos que

^a D: “interurbanas”.

55. *Stube*: cuarto, habitación, pieza o compartimento.

son nuestros compatriotas. Pero dudo mucho que a ninguno de los que están llamados a entender en el asunto se le haya ocurrido la idea de intervenir; hemos tomado el ferrocarril como nos lo han traído, sin hacer la más ligera observación, y lo tenemos en la misma forma en que lo podrían tener al otro lado del Estrecho.

No es la pobreza la causa de este y otros muchos abandonos. Sin dinero, debiéndolo todo en las tiendas, hay mujeres y hombres que salen a la calle hechos unos pimpollos. La causa, ya antigua, de nuestros males, es la falta de cabeza allí donde debe de^a estar la cabeza. Con la mejor compañía de cómicos se representa muy mal una comedia si no se distribuyen bien los papeles. Un tipo de los más perniciosos que pueden existir en una sociedad es “el hombre de conocimientos generales”, eufemismo con que se encubren la osadía y la ignorancia, y a ese tipo están confiados en España todos los negocios públicos. Un buen médico, un excelente farmacéutico, un notable matemático, hasta un abogado que estudie a conciencia las leyes, están incapacitados de hecho: son especialistas, hombres técnicos, que no pueden “abrazar en su totalidad los arduos y complejos problemas de la política y de la administración”. Para abrazarlos se necesita tener una cultura más general. Y a falta de hombres que posean realmente esta cultura –contados son en España los gobernantes que la poseen–, vienen a ocupar el hueco los que tienen traza de listos y parecen capaces

^a A, V suprimen “de”.

de dominar toda clase de cuestiones, aunque por el momento las desconozcan.

Este tipo lo encuentro yo por primera vez en nuestro período de decadencia, en las postrimerías de la casa de Austria. Un historiador que nos ha juzgado con justicia severa e imparcial, lord Macaulay⁵⁶, le retrata con exactitud: ignorante y vano, indolente y orgulloso, viendo hundirse su nación y creyendo detener el derrumbamiento con una mirada despreciativa y altanera. Nuestra decadencia era irremediable porque habíamos abarcado mucho más de lo que nuestras fuerzas nos permitían; pero no hubiera sido tan completa si, en vez de hombres decorativos, hubiéramos puesto al frente de los negocios hombres de valor real, que, a no dudarlo, los teníamos. Con nuestro torpe sistema conseguimos, es verdad, que pasara a la historia la altanería castellana, de que tanto se ha abusado después; pero esa altanería era ya la contrahecha, sinónima de hinchazón, no la legítima, la altivez noble, brava y audaz de los conquistadores.

Y parece que estamos condenados a padecer eternamente bajo el poder de los hombres decorativos: era natural que al quedarnos arruinados desapareciera la especie; pero, según hemos visto, no ha hecho más que transformarse: ahora es el que, no pudiendo pasar de aprendiz en^a ningún oficio, se declara maestro en el

^a A: "de".

56. Lord Macaulay, Thomas Batington (1800-1859), historiador y político inglés perteneciente al partido de los *whigs*. Autor de la *Historia de Inglaterra* (1848-1855).

arte de gobernar; es el que demasiado ignorante para desempeñar cargos pequeños, “está indicado por la opinión” para los altos cargos; es el alto funcionario que, con la frente preñada de conceptos brillantes, se encierra en su gabinete para resolver los “arduos problemas”; y si le vemos por el ojo de la cerradura, está entretenido en hacer pajaritas de papel.

La conclusión de esta plática: ¿es que debemos empuñar la trompa épica y tocar un himno revolucionario? De ningún modo. El hombre de las ideas generales se multiplica en el agua turbia. Cuando un labrador ve sus campos llenos de mala hierba no la quita a cañonazos, lo que hace es llamar a los escardadores.

La estación de ferrocarril es el símbolo de nuestra incapacidad política y administrativa, pero en esa y otras muchas cosas debe consolarnos la idea de que están hechas para que duren poco: tienen su plazo de vida marcado por los constructores, y cuando hay error aún salimos gananciosos. Hay muchas estaciones que no podrán tirar hasta el día en que los ferrocarriles pasen a manos del Estado, aunque el propósito fuera^a que tiraran. Lo interesante, pues, es tener ideas y colocarlas en donde deben estar, en los sitios más altos; que la inteligencia no viva subyugada por la petulancia de los audaces, y pueda lentamente transformar las cosas a medida que las cosas lo vayan permitiendo.

^a D: “era”.

X

EL CONSTRUCTOR ESPIRITUAL

Sin contar los estilos importados de fuera y modificados según las exigencias locales, cada país tiene un estilo arquitectónico propio que se descubre en las construcciones pobres, en que lo natural está poco transformado por el arte. Para penetrar en el pensamiento íntimo de una ciudad, no hay camino mejor que la observación de sus creaciones espontáneas; porque en las adaptaciones de lo extraño a lo local, el espíritu trabaja sobre un tema forzado y no puede levantar el vuelo. Y la creación más espontánea he notado constantemente que es la más económica. Lo costoso es^a enemigo de lo bello, porque lo costoso es lo artificial de la vida: en un país donde abundan los naranjos, una casita blanca en medio de un naranjal, sirviendo de contraste, es una obra artística; trasláde-mos este cuadro a un clima del norte, y hagámosle vivir dentro de una inmensa estufa, y lo bello se transformará en caprichoso ante la idea de que no es ya la naturaleza la que obra, sino el bolsillo. Una obra que a primera vista revela lo excesivo de su coste, nos produce una sensación penosa, porque nos parece que se

^a A añade "lo".

ha querido comprar nuestra admiración, sobornarnos. El esfuerzo material debe quedar siempre anulado por la concepción artística, y para conseguirlo en las obras de mucho aliento, es necesario que éstas estén espiritualmente emparentadas con las pobres y humildes que nacen del natural sin violencia, y que por esto son en cada pueblo las más típicas.

Lo típico es lo primitivo, es lo primero que los hombres crean al posesionarse del medio en que viven; y lo primero debe ser y es lo que exige menos gasto de fuerzas. En un país llano y lluvioso como Flandes, nada más sencillo para disfrutar de medios fáciles de comunicación que cubrirlo todo con una espesa red de canales; y surge la ciudad acuática, no al modo de Venecia, sino descolorida y melancólica, como envuelta en gasas de tenue neblina. Esa misma llanura del suelo les permite tener caminos más cómodos para andar por ellos que nuestras mejores calles; y como el transporte no exige el empleo de grandes fuerzas, viene otro rasgo típico: el carricoche o carretón tirado por perros. El tráfico menudo dentro de las ciudades y entre éstas y los campos corre a cargo de los utilísimos perros, que con el hábito llegan a adquirir energías sorprendentes. ¡Cuántas veces he visto tres o cuatro perros uncidos tirando de una familia numerosa y tan repleta de carnes, que de ella sacaríamos en España dos familias de buen ver! Si de las planicies lluviosas pasamos a las planicies nevadas del norte de Rusia, ya no hay que hacer caminos: todo es camino; y aparece el trineo, que en sustancia se reduce a una banqueta colocada sobre dos largos patines: aquí no

sirve el perro; pero está el caballito tártaro, que no corre, sino que vuela, sin que lo fustiguen jamás. Todo es trineo: el que ha de transportar algo no lo lleva a cuestas; lo coloca en un trineo de mano, y en cuanto llega a una pendiente, se monta encima y se deja ir: la montaña rusa. En cuanto a las construcciones arquitectónicas, como lo que más se cría es madera, lo característico es, desde luego, la casita de madera, encaramada sobre la roca viva o sobre muros hechos imitándola.

La naturaleza dotó nuestro suelo con espléndida vegetación, y nuestro primer movimiento fue aprovecharla, y nació lo que es típico en nuestra arquitectura: el enlace de las construcciones con las flores y las plantas. Muchos pensarán que una huerta, un ventorriello, una casería o un carmen, no contienen en sí los elementos de un estilo arquitectónico bien definido, puesto que en cuanto construcciones son casas que poco o nada difieren de las demás; que lo esencial en ellas no es un rasgo artístico, sino algo que crea el ambiente y que no tiene nada que ver con la arquitectura. Sin embargo, es tan decisiva la influencia de la construcción, que si en una huerta o un carmen se edificara un palacio, todos estarían conformes en decir que aquello era un palacio, que ya no era una huerta ni^a un carmen. Porque idealmente concebimos la relación permanente que, según nuestro carácter, debe guardar la obra del hombre con el medio; y esta relación es la clave de nuestro arte arquitectónico y de nuestro arte general.

^a D, G: "o".

Nosotros, en arquitectura, comenzamos por reconocer que no es posible luchar contra la realidad; que por muy alto que llegemos, nos quedaremos siempre muy por bajo de lo que nuestro suelo y nuestro cielo nos ofrecen. Artistas de más imaginación que nosotros, los árabes, no lucharon tampoco frente a frente, sino que lucharon escondidos en sus casas y crearon una arquitectura de interior. Así pues nos sometemos^a, y en este acto de sumisión está el alma de nuestro arte. Nuestra huerta es la huerta humilde; nuestra casería es tan sobria y adusta como los cigarrales de Toledo; nuestro carmen es una paloma escondida en un bosque, para emplear la frase consagrada por los poetas; y la casa de la ciudad, nuestra antigua casa, no era casa de apariencias, de mucha fachada y poco fondo: era casa de patio. El arranque decorativo más audaz que registran las historias es la reja, la ventana o el balcón adornados con tiestos de flores. Esa mujer que riega sus macetas a la ventana, ese hombre que arroja brochazos de cal a las paredes de su casuca, hacen más por nuestro arte que el señorón adinerado que manda construir un palacio en que se combinan estilos estudiados en los libros y que nada nos dicen, porque hablan una lengua extraña que nosotros no comprendemos.

En muchas exposiciones extranjeras he encontrado cuadros que me han hecho pensar sin vacilación: esto es de Granada. No porque reconociera el lugar representado por el artista, pues a veces los artistas descu-

^a A: "sometimos".

bren rincones ignorados o ven las cosas desde puntos de observación originales que las transforman, sino porque en aquellos cuadros leía yo de corrido, como en un libro nuevo de un autor de quien ya conociera todas las obras publicadas. Y, en efecto, he buscado los catálogos y he visto que eran cosas de Granada; y lo que he encontrado con más frecuencia –aparte de las reproducciones de la Alhambra, a las que aquí no me refiero– son calles estrechas, quebradas; las casas de planta baja con parral a la puerta, con enredaderas en la ventana, con tiestos en el balcón, y entre ellas, blancos tapiales por los que rebosa la verdura. Un extranjero descubre el carácter de los países que visita, y da lecciones de buen gusto a las gentes del país; un extranjero que fije su residencia en Granada habitará en un carmen o en una casa que tenga algo de carmen.

Yo no comprendo cómo la casa de pisos ha podido sentar sus reales en nuestra ciudad; cómo la portería ha matado el patio andaluz; cómo las salas bajas se han transformado en portales de comercio menudo, obligando a los ciudadanos a pasar los meses de calor en los pisos altos, en ropas menores. La culpa no es de los arquitectos que, en nuestra época, más que hombres de ciencia o de arte, son acomodadores. El problema que se les obliga a resolver no es estético, ni siquiera higiénico; se les pide que construyan casas que cuesten poco y que den mucha renta, y para ello no hay otro recurso que encasillar muchas personas en muy poco terreno. Y lo peor no es lo que se ve, sino lo que se prevé que ha de ocurrir; porque, marchando contra la evidencia, nuestra sociedad ha condenado ya al des-

precio la casa antigua, libre y autónoma, y ha decidido que lo elegante sea el piso a la moderna. Y este resultado se percibe a las claras que es debido a la lima sorda de las mujeres.

Nuestras mujeres piensan demasiado en casarse, y creen que para simplificar el casamiento hay que prescindir de la casa y atenerse al piso: una casa exige muchos trastos, es cosa formal; y hoy todo debe hacerse a la ligera, provisionalmente. Bello es, sin duda, que una mujer se resigne por amor a vivir en una buhardilla; pero la belleza está en la resignación, en que su idea es más alta que la realidad; mientras que ahora no ocurre eso, sino que la mujer, perdiendo su antigua concepción de la vida familiar, recortándose como la figurita de un cromó, considera el “pisito” como su “bello ideal”, y se hunde en los abismos de lo ridículo hablando de ensueños de amor cuyo marco invariable es la “casa de muñecas”, donde el alma está encogida por el sentimiento de lo pequeño y de lo artificioso. Si se deja la casa por el piso, el casamiento se convierte en “pisamiento”, en aglomeración de cosas y personas que se atropellan por falta de espacio; la variedad de las actitudes desaparece y no hay medio de conservarles su gravedad ni su nobleza. He notado que todas las mujeres que se acercan a abrir la puerta de un piso, toman momentáneamente el aire de criadas. Aunque se tenga un exquisito gusto artístico y se atesore una rica colección de objetos de arte, el conjunto produce la impresión de un baratillo, porque se nota enseguida que falta la unidad; que el recipiente, el edificio, es de estructura prosaica.

En las casas antiguas, una mujer es una galería de

mujeres: cuando está en las salas bajas, recuerda los tiempos en que la reja era reina y señora de nuestras costumbres; en los patios, meciéndose en el balancín, toma matices orientales; en los salones grandes y destartalados, parece una figura arrancada de un viejo tapiz; asomada a lo alto de una torre, trae a la memoria la época de los castillos y las castellanas. Y nosotros, que tenemos en las venas sangre de árabes, de polígamos, nos forjamos la ilusión de que una mujer es un harén y vivimos, si no felices, muy cerca de la felicidad.

Mediten las mujeres.

XI

MONUMENTOS

Por todas partes por donde he ido he notado que las iglesias muy chicas están empotradas entre edificios muy altos, y que las iglesias muy altas surgen en medio de casas muy chicas. ¿Cómo es que lo grande engendra lo pequeño y lo pequeño lo grande? La catedral de Amberes, que es de las mayores y de las mejores, está rodeada de un cinturón de casas pobres, de fachada puntiaguda, de esas que llaman de piñón o españolas porque recuerdan nuestra época; por un lado tiene una plaza muy espaciosa, donde está la estatua de Rubens, y por otro una plazoleta, donde está el pozo del herrero-pintor Quintín Matsys: si se la mira desde la estatua de Rubens, parece bella y grandiosa; y si se la mira desde el pozo de Matsys, parece infinita, asustada. Los monumentos góticos hay que mirarlos desde^a muy cerca de la base, porque sus líneas se unen siempre en un punto ideal del espacio, y los del Renacimiento a gran distancia, para abarcar toda la amplitud de sus proporciones. Así, nuestra catedral, mirada de frente, exige que nos pongamos a distancia, y pierde gran parte de su majestad porque su ángulo más maci-

^a D suprime “desde”.

zo está enclavado en la parte más estrecha: el Pie de la Torre; en cambio, la fachada de la Capilla Real, cuyo estilo es más delicado y de remates más finos, está favorecida por lo estrecho y umbroso del paraje. La idea de dar vista por medio de los ensanches a los grandes monumentos debe, pues, subordinarse al conocimiento de la perspectiva, porque a veces lo pequeño es punto de apoyo para apreciar lo grande: de apoyo material si se compara la desproporción de los tamaños, y de apoyo moral cuando se piensa que en casas miserables donde los hombres tenían que encojerse para no tocar en el techo, se fraguó la idea de construcciones que aún hoy nos asombran por lo audaces. Y digo esto porque he visto funcionar empresas que se proponían librar iglesias y catedrales de la vecindad de casas pobres, con fines aparentemente piadosos y en el fondo utilitarios⁵⁷; que cuando un negociante se disfraza con el manto de la piedad es más temible que un cañón Krupp.

Otra cosa he notado: que de los monumentos antiguos, algunos quedaban sin acabar, y que^a los modernos todos están acabados: se nota la influencia de la economía, de la hacienda y del arte de fraguar presu-

^a D suprime “que”.

57. Ganivet se refiere al criterio restaurador, dominante en el siglo XIX por influencia de Viollet-le-Duc, que mejor sintonizaba con los métodos de la reforma urbana de la burguesía de los negocios: despejar el entorno de los monumentos para poder ver, desde una perspectiva más amplia, el esplendor *restaurado* de su arquitectura. Un procedimiento que comenzó a cuestionarse en los últimos años del siglo XIX.

puestos. ¿Qué es mejor? ¿Que el ideal marche libre y desembarazado y se quede a veces a mitad de camino, o que se subordine a un presupuesto riguroso? Yo he resuelto la cuestión de la siguiente manera: acompañando un día a un artista que visitaba Bruselas, nos detuvimos ante la iglesia de Santa Gudula⁵⁸ y nos lamentamos de que tan bella obra hubiese quedado sin concluir, sin torres, desmochada; yo, sin embargo, hice la salvedad de que, habiendo tantas obras concluidas en el mundo, una sin acabar tenía ya, por esto sólo, cierta gracia, aparte del mérito de revelarnos cómo se puede pecar por exceso de fe en las propias fuerzas, en vez de pecar, como hoy pecamos, por no acometer más que trabajos menudos, reservando siempre nuestras mejores energías para algo indefinido que no acaba nunca de llegar. Algún tiempo después, en un día de espesísima niebla, pasé por el mismo sitio y vi ahora la iglesia acabada, como sin duda la idearon, con sus agujas invisibles en el aire, envueltas en un manto gris, que con naturalísima delicadeza cubría los desmoches y desvanecía aquellas líneas duras en que la obra material declaraba su impotencia para subir más alto. ¿Qué importa lo material que al fin ha de morir? Basta que por un fragmento nos dejen adivinar toda la obra. La esencia^a del verdadero arte se afirma con más fuer-

^a A: "Lo esencial".

58. La iglesia de Santa Gudula había sido restaurada conforme a los principios de Viollet-le-Duc, ampliando su entorno no edificado para mostrarla como obra expuesta en el espacio urbano. Transformación que había sido criticada por Charles Buls en términos semejantes a los expuestos por Ganivet.

za cuando subsiste en las ruinas de la obra y se agarra desesperadamente al último sillar que formó parte del monumento; a la última estrofa, mutilada, que se salvó al perecer el poema; a un pedazo de lienzo que se libró al destruirse el cuadro. ¡Cuán diferente el arte de nuestros días, arte de coleccionistas y de baratilleros! ¿Véis ese palacio que dicen es un prodigio de arte? Sacad de él los tapices, los bronce y los cuadros; levantad cuatro tabiques, y tenéis una casa de huéspedes.

He notado también que de^a los edificios monumentales, los antiguos son: una iglesia, un convento, una casa comunal o una lúgubre prisión, donde se conservan piadosamente viejos instrumentos de tortura; y los modernos son: un banco, una cárcel modelo, un cuartel o un tribunal de justicia. La lucha sigue, pero el centro de gravedad de la especie humana se ha bajado desde la cabeza hasta el vientre.

Por todas partes se nota que los pueblos estiman a sus hombres, no por lo que han sido, sino por lo que han representado; de^b donde resulta que las estatuas de hombres contemporáneos representan héroes de la organización y de la fuerza, mientras que las estatuas de hombres antiguos representan héroes de la ciencia o del arte. Las ideas vienen antes que la fuerza, pero la fuerza se deja ver antes que las ideas. Para que un pueblo conozca lo que un organizador o un guerrero han representado, no se necesita que transcurra mucho

^a A suprime “de”.

^b D suprime “de”.

tiempo; y para que aprecie lo que representaron los hombres de ideas, han de pasar varios siglos. Existe, pues, una perspectiva para la ejecución técnica de las obras de arte, y otra perspectiva para su composición; y esta última no está en los libros ni en la percepción, sino que es obra del tiempo, en el cual la fuerza va hundiéndose y la idea levantándose. En la historia de Alemania, para poner un ejemplo, hay dos períodos idealmente distintos: el primero, el de la Reforma, fue el que constituyó el reino de Prusia; el segundo, el de la filosofía que arranca de Kant, y el del arte, coronado por Goethe, es el que ha traído el Imperio. Y mientras en este segundo período no se ha pasado aún de la glorificación de la fuerza, de los monumentos a las victorias, en el primero, ya definitivamente cerrado, todo aparece fundido y formando un cuerpo armónico. El monumento que más me^a ha interesado, entre tantos como hay en Berlín, es el consagrado a la Reforma, en Neuer Markt: es de proporciones modestas y, siendo obra exclusivamente alemana por su concepción, tiene más alcance que el aparatoso cuadro de Kaulbach, *La Reforma*, donde la figura de Lutero se sale de quicio⁵⁹. En el arte lo lógico es siempre muy

^a A suprime “me”.

59. Se trata del monumento a Lutero, en la plaza Neuer Markt, obra de los escultores Otto y Toberrentz, finalizado en 1895. Wilhelm von Kaulbach (1805-1874) había sido un famoso pintor alemán que trabajó en la corte de Luis I de Baviera, y dirigió la Academia de Munich. Fue autor de grandes frescos para edificios monumentales. Como hace Ganivet, Kaulbach había sido muy criticado por la presuntuosa teatralidad en la composición de cuadros históricos.

superior a lo alegórico. El monumento de Neuer Markt es lógico: es la evolución natural de una idea, y pudieran decirse de todas las ideas en el pueblo alemán, donde nada se improvisa, donde todo tiene su origen inmediato o lejano en la escuela; en primer término, a ambos lados de la escalinata, los paladines Ulrich de Hutten y Franz de Sickingen; en las gradas bajas del pedestal, los teólogos Jonas y Krugigen, Spalatin y Reuchlin, apechugados sobre sus libros, con caras de viejas comadres que se comunican sus secretos; luego, a ambos lados, de pie, Melanchton y Bogenhagen, la idea levantándose, la exégesis tomando vuelos imaginativos; y en lo alto del pedestal la figura arrogante, orgullosa, de Lutero. Nuestras ideas no evolucionan así; nuestros héroes deben estar siempre en lo alto de una columna con los ojos vendados.

Yo creo que no debían erigirse monumentos más que para conmemorar lo que los siglos nos muestran como digno de conmemoración; las improvisaciones son funestas en la estatuaria, y en España lo son mucho más, porque somos poco aficionados a rendir homenaje a nuestros hombres; y cuando nos decidimos a hacerlo, elegimos, por falta de costumbre, lo primero que cae a mano. Hace algún^a tiempo, nuestro crítico Balart⁶⁰ se quejaba^b de que mientras Madrid no

^a D: "poco".

^b D añade "con razón".

60. Federico Balart (1831-1905), fue un notable y muy influyente crítico literario y de arte, además de poeta.

había dedicado una estatua a Quevedo o a Lope, tuviese la suya un general, autor de un proyecto de reformas. Y por todas partes la historia se repite. En Francia, donde son muy dados al abuso de las estatuas, ha nacido el remedio de esta grave dolencia. En vez de decidir sobre el cadáver aún caliente de un hombre ilustre, si éste debe pasar o no a la posteridad, confían el juicio definitivo a las generaciones venideras, y se limitan a erigirle un sencillo busto, que sea, si así es de justicia, el germen de la estatua futura. He aquí algo digno de imitación. Si en nuestras plazas y jardines públicos consagráramos estos humildes recuerdos a los hombres que en la política, la administración, el arte, la enseñanza o la industria han trabajado en bien de Granada, contribuiríamos mucho a desarrollar los sentimientos de gratitud y solidaridad que tan desmedrados viven en nosotros. La misma modestia del homenaje permitiría tributarlo a los hombres más útiles para la prosperidad de las ciudades, a los que trabajan sin ruido y sin aparato y tienen más mérito que fama.

El embellecimiento de Granada no exige muchos monumentos, porque tenemos ya un gran renombre adquirido en todo el mundo con nuestra Alhambra; lo que se pide es que se rompa la monotonía de la ciudad moderna, y se procure que haya diversos núcleos, cada uno con su carácter. Así como los hombres nos esforzamos por crearnos una personalidad para no parecer todos cortados por la misma tijera, así las plazas, calles o paseos de una ciudad deben adquirir un aire propio dentro de la unidad del espíritu local y para dar

a éste más fuerza. Y esto sólo se consigue con los pequeños medios: la concesión de primas a los que construyan edificios de estilo local, que hay reconocido interés porque no desaparezca; los concursos de ventanas y balcones en tiempo de festejos, para hermostear las fachadas y para despertar la afición a la floricultura; la conservación de las fiestas populares; las reproducciones, en tamaño natural, de edificios notables con motivo de exposiciones o ferias, como las nuestras del Corpus. Son innumerables los medios a que recurren todas las ciudades de Europa, que tienen tradiciones artísticas, para embellecerse^a y para no caer en la monotonía y apocamiento de los pueblos adocenados, donde la vida, que ya es de por sí bastante triste, se hace angustiosa, insoportable e infecunda.

En cuanto a nuestro carácter monumental, dudo que pueda ser nunca otro que el arábigo, no porque sea nuestro, sino porque está encima de nosotros y fuera de nosotros. De la Alhambra pudiera decirse que está en toda Europa y fuera de Europa. Son muchas las ciudades, y entre ellas algunas de las que se acercan al Polo Norte, donde existe algo que lleva el nombre y es imitación mejor o peor entendida de la Alhambra; y este algo es un teatro de género ligero, una sociedad coreográfica, un café cantante, cosa artística, desde luego, pero en que lo esencial son los descotes y las pantorrillas. La idea universal es que la Alhambra es un edén, un alcázar vaporoso, donde se vive en fiesta

^a A: "embellecer".

perpetua. ¿Cómo hacer ver que ese alcázar recibió su primer impulso de la fe, siempre respetable aunque no se comulgue en ella, y fue teatro de grandes amarguras, de las amarguras de una dominación agonizante? El destino de lo grande es ser mal comprendido; todavía hay quien al visitar la Alhambra cree sentir los halagos y arrullos de la sensualidad, y no siente la profunda tristeza que emana de un palacio desierto, abandonado de sus moradores, aprisionado en los hilos impalpables que teje el espíritu de la destrucción, esa araña invisible cuyas patas son sueños.

XII

LO ETERNO FEMENINO

Para terminar esta conversación excesivamente larga que he sostenido con mis lectores, y considerando que hasta aquí todo ha sido retazos y cabos sueltos y que no estará de más defender alguna tesis sustanciosa, voy a sentar una que formularé al modo escolástico en los términos siguientes: —Supuesto que somos pobres y que no podemos adornar nuestra ciudad con monumentos de gran valor artístico, y supuesto que tenemos unas mujeres que son monumentos vivos cuya construcción nos sale casi de balde, ¿no habría medio de dar suelta a estas mujeres, de desparramarlas por toda la población, para que ellas, con su presencia, nos la engalanaran y embellecieran?

Caminando hacia el norte se nota un fenómeno curioso: las ciudades cada vez van siendo más tristes y cada vez van pareciendo más alegres. ¿Cómo se explica que aquí en el extremo norte, entre nieves y nieblas, con vegetación casi moribunda, la ciudad parezca más animada que ahí en Andalucía, donde la luz entra a raudales, los árboles alegran y los pájaros cantan? Es que aquí hay mujeres, es decir, están en todas partes las mujeres; no ya en el café o el restaurante o en el comercio de poca importancia, haciendo asomadas y sin atreverse a tomar posesión definitiva de su puesto

en la sociedad, sino en todas partes, por derecho propio, como los hombres. A cualquier hora del día o de la noche entran y salen, van y vienen solas o con compañía. En la universidad hay matriculadas más alumnas que alumnos, y por calles y paseos se ven bandadas de muchachas con sus libros bajo el brazo, que en unión de sus compañeros van a sus clases o vienen de ellas; hay licenciadas y doctoras en todas las profesiones; todo el comercio de mostrador está en poder de las mujeres; están en correos, aduanas, bancos y escritorios; hay barberías femeninas. En suma, el sexo es un accidente que no influye más que en el vestir y en la elección de algunos oficios que por su naturaleza exigen, ya la delicadeza de la mujer ya la fuerza del hombre. Hasta tal punto llega la despreocupación en esta materia que existen tipos sociales para nosotros inconcebibles. En España un hombre soltero que quiere establecerse en casa propia tiene que casarse; aquí puede encontrar fácilmente una mujer joven, entre los quince y veinte años, si así lo desea, de educación esmerada, que le dirija la casa y viva en ella bajo el mismo pie que una vieja ama de llaves, sin escándalo de la moral ni mucho menos.

Cuando yo llegué a Helsingfors⁶¹ después de un largo viaje, lo primero que se me ocurrió fue tomar un

61. Ganivet llega a Helsingfors, la actual Helsinki, en enero de 1896. En esa época la ciudad báltica, bajo dominio ruso hasta 1917, estaba experimentando un notable crecimiento a consecuencia de su estratégica situación geográfica y a su intensa actividad comercial e industrial. A principios del siglo XX comienza el estudio del plan para el Gran Helsinki, que culminaría Eliel Saarinen en 1918.

baño. Fui a un^a establecimiento, que resultó estar servido por muchachas muy puestas de uniforme. Una de ellas me cogió por su cuenta: me desnudó, me llevó a una pila de mármol y, como si fuera un niño recién nacido, en el estado más natural que puedan concebir^b mis lectores, me enjabonó, lavó y fregó de pies a cabeza, sin omitir detalle; luego me hizo pasar por una serie de duchas frías y calientes, me frotó y me hizo entrar en reacción, y me ayudó a vestir. No se podía pedir más. ¿Que esto es inmoral y hasta indecoroso? Yo digo que no me lo parece, visto de cerca. Estas jóvenes lavan a un hombre como las de ahí lavan unos calzoncillos, sólo con un poco de más tiento. Es un oficio como otro cualquiera, que por ser propio de mujeres, por exigir más minuciosidad y delicadeza, se ha reservado al sexo femenino. En sustancia, que muchas mujeres ganan en él el pan de cada día y que la gente anda muy aseada.

Desde luego me hago cargo de la diferencia de climas; de que aquí nieva durante ocho meses y se suele disfrutar hasta de 30 grados bajo cero. No he de proponer que se adopte tan interesante sistema. También las amas de llaves o *hushällerskas*^c demasiado jóvenes, me parecen peligrosas para nuestras costumbres, en las que el respeto a la mujer está aún en mantillas. Aquí la misma libertad, la facilidad de la seducción,

^a D añade “soberbio”.

^b D: “sea dable concebir por”.

^c D suprime “o *hushällerskas*”.

impide que haya seductores; y si los hay la sociedad se ceba en ellos con furia, no los aplaude ni “les ríe la gracia”. Donde no hay cerrojos que quebrantar, ni balcones que escalar, ni terceras^a que sobornar, ni vigilancia que burlar, no puede vivir Don Juan Tenorio.

Si he de ser franco, como me gusta serlo, he de confesar que ninguna faena de las que corren a cargo de las mujeres me entusiasma^b en cuanto a la ejecución, hasta el punto de pedir la supresión absoluta del hombre; poco más o menos las cosas resultan hechas igual. Lo que a mí me gusta y me interesa es que las mujeres se muestren, bullan por las tiendas y por toda la ciudad, sirvan de contrapeso al hombre y contribuyan a formar la vida íntegramente humana, tan diferente de la vida de cuartel, para hombres solos, que nosotros sin percibirlo arrastramos. Porque no basta que la mujer salga a paseo y se mueva como quien no va a hacer nada, como quien no tiene el hábito de andar siquiera; la mujer debe también andar por algo e ir a alguna parte, como los hombres. Los andares de una sola mujer son bellos, aunque carezcan de sentido utilitario, en particular los andares de nuestras mujeres, que tienen fama universal. Aparte los términos taurinos, las dos palabras españolas que yo he encontrado sin traducir en diversas lenguas son “pronunciamiento” y “meneo”, que no tienen equivalente y que quizá en el fondo sean una sola. Pero el movimiento de una

^a A, V añaden “personas”.

^b A: “entusiasman”.

ciudad en conjunto no es bello, sino a condición de que vaya encaminado en direcciones finales. Por esto un desfile de “paseantes que pasean” es aburridísimo.

Al llegar a este punto, algún estadista serio me interrumpirá exclamando: —¡Pero usted se ha propuesto divertirse a costa de los problemas sociales! ¿Conque un asunto tan grave y trascendental como el de^a los derechos de la mujer, a su juicio se reduce a que haya movimiento y a que éste sea más o menos animado^b? ¿No le ha interesado que los derechos civiles de la mujer sean iguales a los del hombre, hallarla^c dignificada por el saber y emancipada por un régimen liberal y justo? Estas cuestiones hay que “plantearlas en el terreno de los principios” y no tomarlas a chacota.

Sin duda parecerá^d que mi serio interruptor, que por la traza es “hombre de conocimientos generales”, está en lo firme. Pero no olvidemos que ese estadista y otros de su calaña, discutiendo todo lo discutible, han mantenido a España lo que va de siglo en período constituyente, y aún no han constituido nada que inspire un saludable y definitivo respeto. En España no se debe plantear nada en el terreno de los principios, porque el arte oratorio está muy desarrollado y no se acaba nunca de hablar. Hay que irse al bulto. Si se plantea la cuestión de los derechos de la mujer pasaremos un siglo discutiendo, se meterá la cizaña en la

^a D suprime “el de”.

^b D: “divertido”.

^c D: “al hallarla”.

^d D: “parecería”.

familia y no se sacará nada en limpio. Y las pobres muchachas, que seducidas por el ruido sonoro de las palabras “emancipación, dignificación, igualdad de derechos”, se declaren oradoras y propagandistas, no conseguirán más que ponerse en ridículo e incapacitarse para contraer matrimonio.

Con mi sistema no hay discusión posible. Existe un hecho evidente para todo el que tenga ojos en la cara: que la vida de^a las ciudades es más bella cuando la mujer acompaña al hombre en todos sus quehaceres, que cuando las mujeres están encerradas en casa y los hombres solos en las oficinas o^b comercios o industrias o en la calle. Falta sólo buscar el medio de que las mujeres se muestren, entren y salgan, vayan y vengán, puesto que no basta hacer las cosas por capricho, sino que hay que hacerlas por alguna razón que justifique este cambio en las costumbres y arranque poco a poco al hombre la llave con que aprisiona a la mujer, y a la sociedad la ligereza con que le mancha la reputación, por apariencias engañosas o por hacerle pagar cara su libertad.

En primer término, deben separarse en grupo distinto las mujeres casadas, que no deben disfrutar de las libertades generales sino en cuanto lo consienta la conservación de la familia, de la vieja familia. Esta no debe^c ser tan mala, cuando todas las mujeres aspiran a formar una; y yo opino que si por ministerio de la ley

^a A: “en”.

^b A: “y”.

^c A añade “de”.

se asegurara a todas las jóvenes un esposo medianamente trabajador y no excesivamente feo, ninguna hubiera pensado en la emancipación. Donde, como aquí, la mujer tiene, como el hombre, medios públicos y legítimos de vivir independiente, la soltera, cuando llega la hora de casarse, abandona el puesto a otra y se constituye en familia, en iguales condiciones que si hubiera estado encerrada siempre en su casa. Las mujeres que no se han casado todavía y las que no quieren o no pueden ya casarse, son las que necesitan moverse con entera libertad para vivir honestamente de su trabajo. El centro de la vida de la mujer no debe ser la esperanza del matrimonio; no debe pasar su juventud con esa sola idea, y el resto de la vida, si no se casa, en la inacción. El sentimiento cristiano es que tenga su fin en sí misma y que lo cumpla sola o acompañada. Otras veces el convento era un competidor de los enamorados, y había aquello de quedarse para vestir imágenes, pero hoy creo que no hay ya bastantes imágenes.

Lo difícil es dar^a el primer paso. En casi todas las naciones latinas se ha comenzado por colocar a las mujeres en lugares equívocos, allí donde la desmoralización es más probable y el descrédito cosa segura. Esto es peor que no hacer nada. La fortaleza inexpugnable de estas mujeres del norte es el mostrador: todo comercio, de cualquier artículo de que se^b trate, que

^a D suprime “dar”.

^b A suprime “se”.

exija tienda abierta, está en manos femeninas, y en manos no mucho más hábiles que las de nuestras mujeres. Hay más instrucción, sin duda; pero es más de superficie que de fondo. A primera vista, se creería que una muchacha que por setenta y cinco o cien pesetas al mes dirige la venta de un mostrador y lleva la contabilidad y la correspondencia en varios idiomas, revela dotes poco comunes en las españolas; pero el estudio más penoso, el de las lenguas, es aquí cosa muy al alcance de todo el mundo por hablarse muchas corrientemente^a: el sueco, el finlandés^b y el ruso tienen carácter oficial; aquí todo es trilingüe^c, y el alemán y el francés están muy generalizados^d. Así pues, separada la cultura que da de sí el medio social, todo se reduce a ciertas nociones técnicas que no exigen grandes desvelos, y a la práctica que da la misma profesión. Sin necesidad de someterse a una instrucción artificial e inútil, inspirándose más en la voluntad que en los libros, nuestras mujeres podrían abrirse ancho campo en el comercio y conseguir su positiva independencia.

Todo esto sonará a prosa en muchos oídos que oyen todavía con agrado las alabanzas del amor caballeresco; pero no se olvide que ese amor ha pasado a la historia, y que ya no hay caballeros andantes y casi podría decirse que ni caballeros parados. El hombre de nuestro tiempo no merece, ni por sus cualidades ni por sus

^a A: "corrientes".

^b D: "finés".

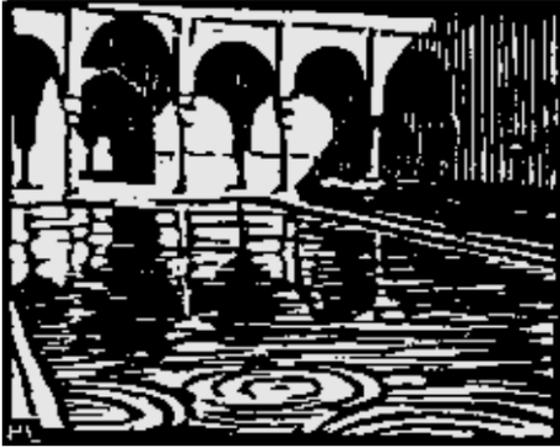
^c D suprime "aquí todo es trilingüe".

^d D: "divulgados".

acciones, que la mujer continúe en el encantamiento en que vive, en el cual, a falta de pensamientos altos, se convierte en ridículo muñeco. No se hable de la poesía, del recogimiento y del recato, ni se intente entonar la eterna canción de que nuestra proverbial galantería se opone a que el ídolo se manche en vulgares faenas: en el fondo de esos lugares comunes, lo que se oculta es el desprecio de la mujer, es la desconfianza en su honestidad. Donde la mujer es dueña de su destino, cuando ocurre que es víctima de un engaño, se considera el hecho como un accidente y se continúa respetándola; mientras que nosotros creeríamos que eso era lo natural y daríamos una vuelta más a la llave. Prosaico nos parecerá que las jóvenes hagan su aprendizaje en un oficio o en una profesión y se preparen a vivir por cuenta propia, sin esperarlo todo del hombre; pero hay en ese movimiento una promesa de poesía futura: la de la mujer con voluntad, con experiencia, con iniciativa, con espíritu personal, suyo, formado por su legítimo esfuerzo.

Helsingfors, 14 a 27 de febrero de 1896^a

^a D: "Desde Finlandia a 14-27 de febrero de 1896".



Hermenegildo Lanz.

Patio de la Alberca (Alhambra)

Granada la bella se terminó
de imprimir en los talleres de la Imprenta
de la Diputación de Granada
en el mes de noviembre
de 2008.